

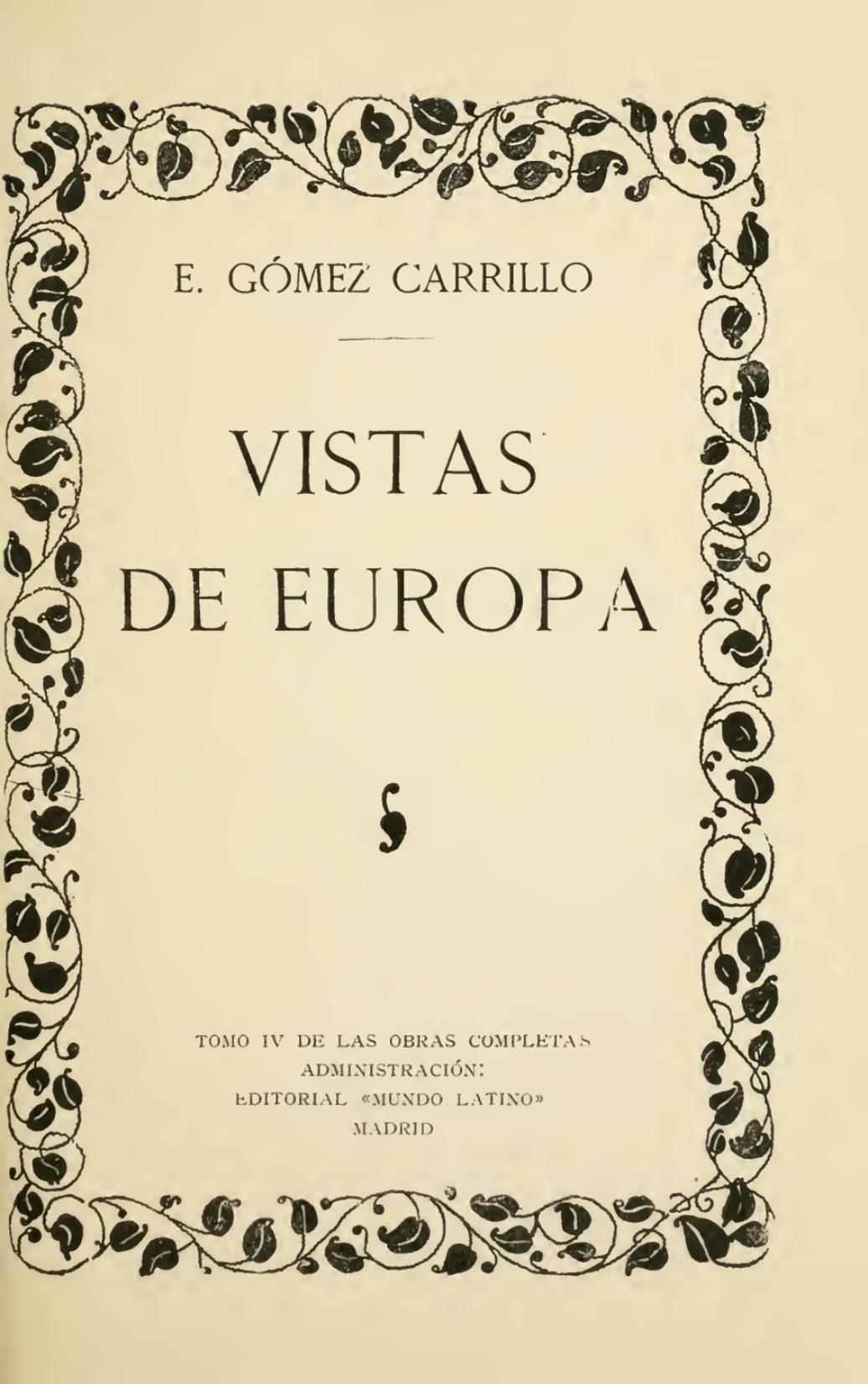
ornia
nal
y

LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA
SAN DIEGO

A decorative rectangular border composed of a dark, stylized floral and leaf pattern, framing the central text. The border features a repeating sequence of leaves and small circular motifs, possibly berries or buds, connected by thin, curving stems.

VISTAS DE EUROPA

ES PROPIEDAD

A decorative border of black ink-drawn vines and leaves surrounds the text. The vines are thin and curly, with small, dark, oval-shaped leaves attached. The border is rectangular and frames the central text.

E. GÓMEZ CARRILLO

VISTAS
DE EUROPA



TOMO IV DE LAS OBRAS COMPLETAS
ADMINISTRACIÓN:
EDITORIAL «MUNDO LATINO»
MADRID

De esta obra se imprimen cien ejemplares en papel especial, numerados.

Ejemplar núm.

DEDICATORIA

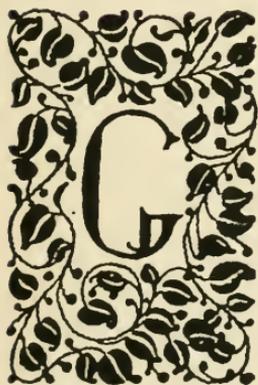
A D. Miguel Moya,

*maestro de periodistas,
espejo de caballeros,
modelo de amigos,
con toda mi admiración y todo mi cariño,*

E. G. C.

Madrid, Octubre 1919.

EL ALMA SUBLIME DE PARÍS



RACIAS al triunfo de las armas y de las ideas francesas, París se ha convertido en la metrópoli del mundo nuevo. Ya de todas partes suben hacia sus altares, entre el humo de los incensarios, los salmos que lo comparan con Atenas, con Roma, con Jerusalén, con todas las ciudades santas que en el transcurso de los milenios han sido... «Capital de la Confederación de las Naciones» - lo llaman lo americanos - . «Acrópolis de Europa» - dicen los orientales... Faro, antorcha, santuario, torre, baluarte... ¿Qué no es para los que se dan cuenta de la espiritualidad de su destino?... En las letanías en su honor, las palabras heroicas fraternizan gentilmente con los diminutivos de antifonario... Es la gracia bendita entre las gracias, la sonrisa que florece cual una rosa, el encanto que todo lo embellece... Y es, asi-

mismo, la idea, la pasión, la fuerza al servicio del derecho.

* * *

A muchos hombres muy cultos, según parece, esta transfiguración de París les sorprende. Acostumbrados a oír hablar, hasta hace cinco años, de los gustos bizantinos, de los escándalos y de los vicios refinados del gran emporio del placer fácil, los que sólo lo conocían superficialmente, creíanlo frívolo y venal, decadente y exaltado, muy propenso a convulsiones histéricas, pero incapaz de un esfuerzo tranquilo. Sus mismos admiradores tenían por él un afecto que ahora nos choca. Oid a este viajero ferviente que se acerca a sus muros lleno de entusiasmo literario: «¡París!... ¡París!... Ya está ahí. Ya lo vemos... Y a medida que nos aproximamos y que las cúpulas y las torres se destacan en el aire de la tarde, un estremecimiento sacude a los viajeros, de un confín a otro del expreso. Todos quieren percibir desde lejos el candelerero gigantesco de Eiffel, todos están impacientes, todos sienten en el fondo del alma la atracción alucinadora de la gran capital de los locos, de los artistas y de las cortesanas; de la ciudad de las lilas, de las rosas y de los escándalos; de la gran divertidora y de la gran preocupadora de la humanidad; de la villa nerviosa y multiforme que ríe y ruga y que no se duerme nunca com

ese sueño que hace olvidar a las demás capitales; del París, esfinge insondable, de la metrópoli mujer, que se entrega sin dejarse ver, que tiene algo de misteriosa cual Eleusis, que es campechana como Atenas, que es noble como Roma; que lo es todo; que es invisible, que es incomprendible, que es implacable; que levanta todos los días mil estatuas para derribarlas al día siguiente; que se vuelve loca ante el caballo negro de un aventurero y que apedrea a sus mejores ministros, que se acuerda con orgullo de haber guillotinado Reyes y Reinas, que es grande y pequeño a un tiempo mismo y que es divino en su caprichosa frivolidad. ¡París!... ¡París!...»

Este viajero era yo, hace veinticinco años, al llegar por primera vez, lleno de ingenuas ilusiones, a la capital que, en mi alma adolescente, aparecía cual un antro diabólico y tentador, todo músicas y canciones, todo sonrisas voluptuosas, todo embriaguez, todo espíritu sutil e ingenio exquisito, todo pecado elegante y gracia suntuosa...

* * *

— ¡Babilonia!— decían entonces los extranjeros.

Pero no era eso, no. Era París, era la villa incomparable que, por una coquetería singular, complacía en ocultar sus virtudes para no enseñar sino sus vicios. ¡Ah, si en las encuestas judiciales contra los que han traicionado a la Patria,

se quisiera tener en cuenta los crímenes literarios, más de un dramaturgo, más de un novelador, más de un cronista, irían a sentarse en el banquillo de los acusados! Evocad, en su conjunto, la visión que del teatro parisino se sacaba antes de la guerra, y veréis una ciudad ocupada únicamente en cultivar el adulterio, la intriga política, los negocios sospechosos, el juego y la galantería. ¿Cuáles son las parisienses típicas y representativas entre 1890 y 1913?... Clotilde, la heroína de Becque, y Zazá, y también Naná, y por fin, Claudine...

Los que, imbuídos de tal literatura, no pasaban en París sino algunos meses repartidos entre las noches de Montmartre, las mañanas del Bosque y las tardes del Bulevar, volvían a sus pueblos alucinados por visiones babilónicas, y contribuían a crear la leyenda de una Francia decadente, caótica, sin voluntad de lucha, madura, en una palabra, para ser conquistada por los bárbaros.

Verlaine, el más grande poeta de la raza y del mundo, decía:

«Je suis l'empire à la fin de la decadence,
Qui regarde passer les grands barbares blancs
En composant des achrostiches indolents
D'un style d'or ou la lumière du soleil danse...»

* * *

En realidad, París era ya entonces lo que ha sido siempre: la fuerte metrópoli del imperio moral

más puro de nuestros tiempos, cerebro y voluntad a la vez. Pero no tenía, no quería tener la fachada solemne y austera con que otros pueblos esconden sus vicios. Vivaz, ligero, risueño, galante, noveletero, voluptuoso, irónico, algo fanfarrón y muy tierno en el fondo, con un poder creador que no decaía nunca, con un sentido artístico impecable con un entusiasmo generoso por todo lo bello, por todo lo noble, no protestaba siquiera contra los que lo acusaban de frívolo. «El día que sea necesario demostrar mi fortaleza—pensaba—, el mundo se espantará.» Ese día llegó con la guerra. Y entonces el asombro del mundo fué inmenso... ¡Ah, aquellos momentos aciagos de Agosto de 1914, cuando se creía que la planta odiosa de los invasores iba a hollar el suelo parisiense!... Había dolor, sin duda; había rabia en el alma de la gente. Pero no hubo nadie, ni una mujer, ni un anciano, ni un niño, que no aplaudiera a Gallieni al saber que ese guerrero estaba dispuesto a defender palmo a palmo las calles de la ciudad.

* * *

Ahora que tras el sacrificio, tras el dolor, tras el luto, los franceses saborean las mieles de la victoria, París se convierte, por el voto unánime de los pueblos, en la capital del universo. Todas las leyes morales que han de regir a una Europa purificada por el fuego, en París se elaboran

poco a poco. Todos los resortes de la Sociedad de las Naciones, en París se fabricaron ya. Y es tal la grandeza que todo esto supone, que un poeta inglés decía, con razón, dirigiéndose a los parisienses:

—No podéis formaros una idea de lo que vuestra ciudad será en siglos futuros.

Es cosa que asombra, en efecto, pensar en lo que pasará mañana, cuando todas las familias que tienen un muerto en las llanuras de Flandes, o de Champaña, en las colinas de Lorena, en los bosques de Alsacia, hayan hecho, con sus preces y sus flores, un camposanto universal de la Tierra francesa.

* * *

A cada momento, en todas partes, oímos decir: «Si yo fuera muy rico, querría vivir en París». Pero un poeta suizo, por el contrario, escribe: «Si yo fuera muy viejo, muy pobre, casi sin hogar, ¿en dónde querría vivir? En París. Sí... Una de las más exquisitas noblezas de esta ciudad, está en su carácter hospitalario. El anciano que marcha vestido miserablemente, no es ahí, ni despreciado ni humillado. Cuando abre la portezuela de un coche, lo hace como un homenaje y como una súplica. Y la dama que se apea, le sonríe al socorrerlo...» Es cierto... ¿Que no es nada?... Es mucho, puesto que es uno de los aspectos del alma, a la vez grande y tierna, de la ciudad santa.

V I S T A S D E E U R O P A

Pero sin ir tan lejos como el soñador helvético, sin esperar la vejez y la miseria, todo aquel que conoce a París a fondo, dirá siempre:

—Pobre o rico, fuerte o débil, triste o alegre, si me preguntáis dónde quiero acabar mi vida, os contestaré que en París...

Y es que París es un mundo, es que en París hay cien ciudades y cien aldeas, es que París tiene todos los cielos, todos los climas, todas las bellezas, todos los contrastes... Encaminaos hacia la Estrella una tarde de estío, en la apoteosis del sol, entre los esplendores de los Campos Elíseos, y sentiréis en vuestro corazón las exaltaciones imperiales de los triunfos latinos... Subid hacia Montmartre una tarde de otoño y experimentaréis las más dulces impresiones provincianas con un intenso deseo de vivir dulcemente, ni envidiados, ni envidiosos... Id hacia los jardines del Luxemburgo un día de primavera, bajo un cielo color de flor de malva recién lavado por una lluvia tibia, y toda vuestra adolescencia os subirá a la cabeza cual un vino embriagador... Perdeos por entre las callejuelas venciables de la isla San Luis, a la sombra de las torres de Nuestra Señora, en un crepúsculo invernal, y sentiréis revivir a vuestro derredor la existencia de tiempos que hemos soñado con nostalgia...

¡Ah! París, París...

* * *

Un amigo me dice:

—Entre las grandes capitales de Europa no había más que una *citó*, en el sentido que los antiguos daban a esa palabra. Era París, la ciudad rítmica, homogénea, pequeña dentro de su inmensidad, muy armoniosa, muy compacta. Las otras metrópolis pobladas por más de un millón de habitantes, resultaban, o campamentos desordenados como Petrogrado, o federaciones vanidosas como Berlín, o amontonamientos monstruosos de p eblos, como Londres. Si París, con la demolición de sus murallas, se agrandase de manera inesperada, podría muy bien perder su carácter.

Estos temores no son de hoy. Cada vez que una feria universal ha llenado la tierra francesa de romeros cosmopolitas, los *boulevadiers* se han puesto a temblar ante la idea de la ruptura de los baluartes morales que constituyen la verdadera «cintura» parisina.

Pero son temores vanos.

Hay tanta homogeneidad, tanta elegancia, tanta fuerza en su espíritu; es tan serena su aparente fiebre; son tan ponderadas sus exaltaciones; es tanta su juventud, a pesar de sus termas milenarias, de su circo romano y de sus reliquias inmemoriales; su carácter es tan original, en fin, que ninguna invasión podría jams convertirlo en una metrópoli babilónica o babélica cual Nueva York.

* * *

París será siempre la Atenas de los tiempos modernos. Y ni la Victoria, con las riquezas y los esplendores que lleva siempre consigo, ni el formidable aumento de su población, ni el himno que todas las naciones cantan a su grandeza espiritual, lograrán nunca que su sonrisa clara, algo irónica, pero muy gentil, muy «sage», muy cortés, muy profunda, se trueque en un gesto teatral como el que Berlín, en su pedantería de advenedizo, adoptó en su apogeo. ¡Ah, no! No hay cosa más contraria al ánimo parisino que la vanidad solemne y el alarde de fuerzas amenazadoras o de virtudes farisaicas. Por eso antes que pasar por puritano, prefiere siempre parecer frívolo.

* * *

Pero ¿sabéis lo que es, en el fondo, esa tan glosada frivolidad? Es un velo muy tenue, muy claro, muy áureo, que sirve a la noble Lutecia para recatar los movimientos sublimes de su alma. Porque en la capital simbólica de Francia hay, lo mismo que en ciertos seres superiores, algo que puede llamarse el pudor de su grandeza moral. No le gusta que sólo le encuentren cualidades austeras. Quiere sonreír, quiere cantar, quiere mostrar su gentileza. ¡Es tan bello en el esplendor rosa de sus auroras y en la apoteosis púrpura de sus crepúsculos! Yo, que lo adoro con ternura casi religiosa; yo, que creo conocerle en sus intimidades;

yo, que en el transcurso de veinticinco años lo he visto cambiar cien veces de humor, pero nunca de carácter; yo, que me arrodillo ante su imagen por ser la encarnación del heroísmo, del patriotismo y del espíritu de sacrificio: yo, que nunca pronuncio su nombre sin fervor, digo ahora:

—¡París, corazón palpitante de la sublime Francia, capital de una Europa redimida por tu sangre, alentada por tu fe; París excelso, que, después de haber sonreído bajo la metralla, te coronas de rosas, discretamente, en pleno apogeo; París eterno, grande en la alegría y más grande aún en el dolor y en el esfuerzo; divino París, santificado por la gracia, la sabiduría, el amor y el esfuerzo, bendito seas entre los pueblos inmortales!...

EL ENCANTO DE NIZA



ER habían dicho que estaba muerta y quería verla en su sudario de luz, callada y abandonada, sin Casino, sin carnaval, sin cortejos galantes, sin derroches fabulosos de perlas, sin cascadas de champaña. ¡Niza la muerta!... En realidad era absurdo el pensario... Los pueblos que merecen ese nombre y que lo

ostentan con coquetería velada de tristeza, son, en general, antiguas metrópolis, cargadas de recuerdos gloriosos y de santas reliquias como Brujas, como Santiago de Compostela, como Cluny... En una playa sin historia, bajo un cielo de zafiro, una villa no puede morir sin haber vivido de un modo trágico y sobre todo no puede morir en un par de años. ¡Pero los periódicos lo decían tan a menudo!... «No hay que ir a Niza... Los que la conocen, no la reconocen en su melancolía... Los

que la aman la lloran al verla sepultada bajo sus flores...» Y yo me preparaba a todas las elegías, al apearme del tren... Pero lo cierto es que, por más que busco a través de sus alamedas y de sus jardines una sensación penosa, no la encuentro en ninguna parte. Muchos de sus hoteles y muchos de sus palacios están cerrados. Su casino también está cerrado. Su carnaval, que era la fiesta clásica de estos días, no existe. No hay desfile de coches adornados de rosas. No hay cortejos de damas iguales en lujo a la reina de Saba... No importa. En su relativa modestia, en su discreto silencio de tiempo de guerra, la divina ciudad conserva siempre su belleza paradisíaca, su gracia áurea, su encanto regocijado.

Sin duda, no es esta la Niza de los grandes duques y de las grandes hetairas, la Niza cosmopolita que canta en todas las lenguas y recibe los billetes de todos los bancos del universo, la Niza que, en una noche, juega la fortuna de cien familias y en un día corta las flores de cien huertos, la Niza de oro, de encajes, de intrigas, de fiebre, de voluptuosidad y de locura... Es otra Niza pasajera, llena de melancolía. ¿Acaso menos adorable así? A mí, por el contrario, me parece más seductora, más noble, más grande.

* * *

Desde la terraza árabe de Maeterlinck, en las alturas de los Beaumettes, contemplo la inmensa playa que extiende su curva armoniosa hasta la roca de Monte-Carlo. El gran poeta, que tiene por este rincón del mundo un cariño infinito, me señala, a lo lejos, los pueblecillos más pintorescos. Allá, en el flanco de la montaña, está Tourette, la extraordinaria aldea parda que parece un Toledo en miniatura... Más cerca se adivinan los torreones del castillo de Cagnes, nido de águilas de donde salió el linaje de esos príncipes de Mónaco que hoy no tienen en su escudo sino una ruleta guada y oro, pero que fueron, antaño, rudos guerreros colocados como centinelas en la ruta de las invasiones... Ese pinar negro es Casteguiers, un edén de sombra que las parejas amorosas conocen, y que ha oído decir te amo en todos los idiomas del globo... Aquel grupo de techos ennegrecidos es Utelle, cuya iglesia es una joya italiana y cuyas leyendas de los milagros de San Verán tienen el encanto fabuloso de las mejores páginas de Jacopo de Voragine... Del otro lado, Villefranche mira, con orgullo de genovesa desterrada, en el espejo de su rada, sus deliciosas murallas medioevales... A la izquierda, el cabo San Juan forma, en el azul del mar, un ramillete de flores que hace pensar en los jardines de Isola Bella.

La voz de Maeterlinck se suaviza y se enternece al hablar de esos lugares luminosos, donde él, venido, ya en plena madurez de sus oscuras Flandes, aprendió a conocer la belleza.

—Todos los años de mi vida anteriores a mi llegada a Niza—me dice—son años perdidos...

* * *

Y es que, verdaderamente, no hay nada en el mundo entero, ni Venecia, ni la ribera de Génova, ni la playa de Argel, que tenga la gracia y la belleza de esta costa de azul. Existen, sin duda, paisajes más grandiosos, horizontes más vastos, cuadros más patéticos. El Bósforo, rodeado de cúpulas y de alminares blancos; Río de Janeiro, con sus palmeras gigantes; Ceilán, entre sus jardines, Nápoles y su golfo, son mayores maravillas que Niza. Pero no hay, en ninguno de esos lugares, el *charme*, el encanto suave de este paraíso. Todo aquí nos acaricia, nos halaga, nos sugiere ensueños tiernos de amor y de dicha, de paz interior, de bienaventuranza tibia. Todo nos hace comprender que lo que se llama *la douceur de vivre*, no es una palabra vana... Yo mismo, que no he sentido nunca, en ninguna parte, el deseo de arraigarme para vivir y morir en el mismo *logis*, aquí noto, muy a menudo que mis instintos errantes, se calman, y que si una de las casitas blancas que trepan por las colinas fuera mía, me sería muy penoso abandonarla. ¡Ah! ¡Las veces que he hecho ese sueño! ¡Las veces que he pensado aquí en tener un jardín, en cuidar mis olivares, en dormir a la sombra de mis cipreses!... Entonces—

V I S T A S D E E U R O P A

y sólo entonces—he sentido la profunza tristeza de ser pobre, de ser errante, de ignorar la quietud del nido...

—Todos los artistas acabarán por venir a esta blecerse en esta tierra -me dice Maeterlinck.

* * *

Y es que para todos los hombres que, según el verso de Horacio, suspiran por Roma cuando están en la aldea y por la aldea cuando están en Roma, la bella Niza tiene el encanto de ser a la vez París y el campo, la paz y la vida intensa, la soledad y la sociedad... No hay nada más aristocrático, nada más mundano, nada más lujoso, que el centro. No hay nada más tranquilo, más azul, más florido que la playa y las laderas. Es la villa ideal, en el clima ideal, bajo el cielo ideal. Desde mi mirador, en estos momentos, veo recortarse en el esmalte azul del mar las blancas velas de las barcas de pesca. De los jardines, más numerosos y más frondosos que los de Damasco, suben hasta mí los aromas delicados de las mimosas y de las lilas. Los campesinos de las llanuras vecinas cosechan las rosas cual en otros lugares secosecha el trigo. Una brisa ligera y tibia me acaricia las sienas. Y, en medio de mi bienestar algo egoísta, pienso que a doce horas de distancia, en el formidable París, mis amigos no ven el sol sino de vez en cuando, entre nubes plomizas. Dentro

de un rato, cuando bajemos Maeterlinck y yo para almorzar en la plaza Massena, nos encontraremos, no con todo el lujo, con todo el bullicio del bulevar, pero sí con una sociedad muy escogida y muy amable. En las mesitas de las terrazas veremos mujeres elegantes sonriendo con la eterna sonrisa de la gracia francesa. No serán cortesanas de lujo, ni bailadoras de tango nocturno; serán actrices que descansan, serán americanas que acompañan a sus maridos convalecientes, serán italianas que se encuentran aquí como en una prolongación de su patria.

* * *

Más que en el mismo Paris, en efecto, la existencia *chic*, la vida callejera y *flaneuse*, conserva aquí sus fueros. Lo que ha desaparecido es el vértigo de la perpetua fiesta, de la perpetua orgía; no la animación, no el placer de vivir, de amar, de ver y de hacerse ver. Los que se quejan de que no hay «placeres», son los que sólo por la noche vivían en una atmósfera importada de Montmartre. ¡Qué saben ellos lo que es placer! Preguntadles lo que aquí veían, y os citarán nombres de bares nocturnos y de salas de bacarrat. Pero el mar, pero el cielo, pero los jardines, pero la eterna primavera que pone en las mejillas de las mujeres un reflejo de voluptuosidad sana, ni siquiera lo contemplaron jamás.

—No era fácil en medio de la fiebre suntuosa de la Niza de tiempos de paz dicen algunos.

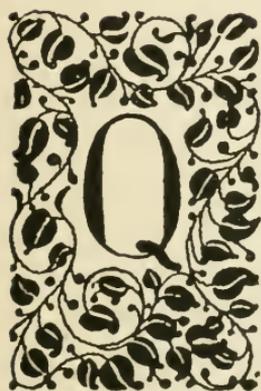
* * *

Evidentemente... Y, por eso mismo, la Niza actual, sin juego, sin bailes y sin carnaval, la Niza que no desconoce los deberes de la guerra, pero que tampoco sufre del invierno sin fuego, de las noches de bombardeo y de las luchas políticas, la Niza que sueña en vez de perder el sueño, que ama en vez de pecar, que bendice su sol, su cielo y sus flores, que respira en vez de asfixiarse, que juega con los niños en vez de jugar a la ruleta, que produce en vez de derrochar, la Niza purificada, en fin, es mucho más bella, mucho más amable que la Niza millonaria y convulsiva de antaño.

* * *

¡Ah! La casita blanca en la falda de una colina, el mirador frente al mar, el jardín poblado de rosas y de laureles, el nido, el paraíso soñado... Como un personaje de novela balzaciana de aquellos que, al llegar a París, le decían a la gran ciudad: «He de poseerte», yó le murmuro ahora a un jardincillo que me sonríe a pocos pasos: «Tú serás mío un día»...

LA CIUDAD DE LAS SEDERÍAS



QUIÉN ha dicho que esta ciudad es triste y huraña, y que tiene todos los defectos del puritanismo suizo sin ninguna de las virtudes de la gracia francesa?... De seguro los parisienses, esos grandes calumniadores de pueblos, que convierten a España en una pandereta y a Italia en un museo. Y lo más triste es que de tales calumnias, siempre queda, no «algo», sino hasta algo más de lo que en su origen puso el calumniador. Pasando de boca en boca, la leyenda adquiere adornos que la complican y la agrandan. El torero, el fraile y la maja, que en Gautier no son sino un aspecto de la vida española, tórnanse, poco a poco, en símbolo de toda España. En el cromó popular de Lyon, el hombre-tipo es un sedero taciturno y austero, algo vanidoso, algo fariseo y muy amigo de la buena vida, que se esconde en un palacio obscuro, mientras

sus esclavos, los proletarios de la fábrica, pasan, silenciosos, por amplias avenidas brumosas. Nunca un rayo de sol... Nunca una risa... Nunca una palabra agradable... Así los que, dóciles a las sugerencias. Llegamos aquí convencidos de que vamos a conocer la metrópoli del aburrimiento en una atmósfera de niebla, nos sentimos admirados de ver que, si no es la carcajada marsellesa, ni la sonrisa parisiense la que sale a nuestro encuentro, menos es la gravedad ginebrina. Colocada entre París, Marsella y Ginebra, Lyon participa del carácter peculiar de cada una de estas ciudades. No es ruidosa, pero tampoco es hosca; no habla a gritos, pero tampoco calla; no ostenta sus vicios, pero tampoco se pone una máscara de hipocresía evangélica; no es beata, pero tampoco se jacta de ser incrédula... Si fuera permitido comparar a un pueblo con un individuo, yo diría, recordando la frase célebre de Bourget sobre Baudelaire, que Lyon resulta mística, voluptuosa y razonadora a la vez. He ahí tres virtudes apreciables. Aún tiene otra mayor Lyon: la originalidad. En este país, sobre todo, donde las capitales de provincia no tienen más deseo que el de parecerse a la capital de la República, donde todo es una imitación de los esplendores de la Estrella o del Bulevar; donde cada café, cada tienda, cada casa es un remedo, no hay duda de que para resignarse a ser siempre provinciana, una localidad que tiene cerca de un millón de habitantes, y que es rica, y que podría, mejor que Nancy, mejor que Burdeos, me-

por que Marsella, transformarse a su antojo, según la moda, necesita poseer un gran orgullo mezclado con una gran modestia.

* * *

—Nosotros somos nosotros—murmuran los lioneses.

Y nadie puede decir, sin temor de equivocarse, si eso es jactancia o si es lo contrario, y menos aún si se trata de un estrecho localismo parecido al de las damas burguesas, que, no pudiendo ser tan elegantes como las señoras de las altas clases, se consuelan hablando de sus virtudes. No. No hay envidia en los compatriotas de Augagneur y de Herriot. Convencidos de que su abolengo es ilustre, no temen las comparaciones históricas. En cuanto a su situación material, mucho hacen con no proclamarla a cada paso, llenos de vanidosa satisfacción. Porque, habéis de saber que en este famoso Lyon de Francia, se da el caso increíble de que la hacienda municipal, lejos de verse cada año en un nuevo apuro, se halla muy a menudo ante el problema insólito de no saber qué hacer con sus inmensos sobrantes financieros. Los periódicos locales que cultivan la nota cómica, dicen que los ediles, por no romperse la cabeza buscando en qué emplear los fondos que les quedan después de cubrir el presupuesto ordinario, se contentan con construir cada año un nuevo puente en el Ródano o en el Saona.

—Cuenta usted los puentes — exclama ahora mismo un cronista que me sirve de guía.

Sin contarlos, veo que, realmente, hay muchos, muchos... Pero al mismo tiempo recuerdo que esta mañana, almorzando en casa del alcalde, no pudimos menos de quedarnos pasmados al oír enumerar las infinitas obras de solidaridad social que se crean aquí día por día. En cuanto algún utopista descubre alguna manera de proteger a los ancianos, a los pobres, a los niños, a los obreros, a los artistas, el infatigable y admirable Municipio la lleva a la práctica, con más o menos fortuna, pero con una fe siempre digna de aplauso. El Municipio es fabricante, es *entrepreneur*, es sastre, es almacenero, es concesionario de vías de transporte, es contratista... ¿Manía socialista?... Puede que sí... Sólo que, en el caso presente, tenemos que bendecir el socialismo, ya que, lejos de desorganizar, organiza, y lejos de destruir, edifica.

Hay, realmente, un espíritu lionés que no se parece al localismo de otros lugares, que no es estrecho, que no es exterior, que lejos de vivir de elogios, parece alimentarse de censuras, y que, sin vanas frases de orgullo, trabaja día y noche en favor de los intereses de la ciudad. Preguntad a cualquier comerciante si está satisfecho de su situación, y os contestará en el acto: «Si..., muy contento». Pero en seguida, con una modestia excesiva, agregará:

—Lyón es una de las poblaciones más aburridas del mundo... La bruma... Las calles estre-

chas... No es como París, ni siquiera como Marsella... Lo único que aquí nos recompensa de nuestros esfuerzos es la vida de familia... ¡Ah! eso sí... La familia..., el hogar...

* * *

Yo, naturalmente, no conozco la existencia íntima de esta gente. En cambio, conozco la existencia exterior, la del café, la del teatro, la de las grandes plazas, la de ciertas tertulias de redacción. Y, por más que hago, no logro explicarme el empeño que tienen todos estos señores en denigrarse, repitiendo, con aire resignado, lo que dicen los calumniadores parisienses de la metrópoli de la seda. ¿Triste Lyon?... ¿Aburrido Lyon?... De ninguna manera... Bajo un cielo gris, en un cuadro de altas casas sin carácter, entre calles estrechas que llegan siempre a algún puente, Lyon se pasea satisfecho, bien vestido, sin grandes preocupaciones y sin ninguna crispación nerviosa. Hay en este *flanear* algo de extraño por el carácter de los que deambulan y que no se parecen ni a los graves *promeneurs* de los países del Norte, ni a los ligeros y gesticuladores callejeros del Mediodía.

Pero ¿en cuál de sus manifestaciones la gran ciudad del Ródano no nos ofrece el mismo fenómeno singular?... Muy a menudo me pregunto, desde que estoy aquí, si me hallo en el Sur o en el

Septentrión. A un paso se encuentra Nimes, que es la esencia de la gracia meridional, con su perfume de naranjos, con su murmullo de cigarras, con su penacho caballeresco... Pero al mismo tiempo ahí está Ginebra, también a un paso, la austera Ginebra que se apoderó del alma de Calvino para darle en cambio a Francia el corazón de Rousseau, la Ginebra puritana, quieta, inflexible, enemiga del lirismo, y tan loca en su *sagesse*, que considera el amor cual un pecado. Entre una y otra influencia, Lyon parece siempre flotante, siempre indecisa, siempre perpleja. Sus hombres, orgullosos del bienestar tranquilo, dicen:

—Somos del Norte.

Pero sus mujeres suelen murmurar, sonriendo:

—Somos del Mediodía.

* * *

Y, por mi fe, si sólo vemos estos ojos oscuros, estos rostros pálidos, estos cuerpos ondulados, estos labios tentadores, tenemos que confesar que las mujeres no se equivocan. Las mujeres, en general, se equivocan, en todas partes, menos que los hombres, sin duda porque en vez de pensar y calcular, aman y sienten. ¿Qué puede la lógica contra la pasión? - decía Stendhal—. En Lyon, la pasión pertenece en apariencia a las mujeres y la lógica a los hombres. En el fondo... ¿pero quién se atreve a hablar del fondo de un pueblo cuando

apenas conoce su superficie? Así, contentándonos con lo que se ve y con lo que se adivina por las manifestaciones exteriores, no me parece arriesgado asegurar que mientras el lionés pone empeño en parecer impasible, la lionesa, más instintiva, tiene orgullo en mostrarse suavemente sensible y graciosamente meridional. Desde por la mañana, a la hora en que otros pueblos galanteadores duermen aún, Lyon comienza a flirtear. A las once, en los cafés *chics*, las chicas morenas, de mirar tentador, escogen sus rinconcillos cerca de las estufas. La penumbra que reina en todas partes les permite no temer lo que madame de Pompadour llamaba con espanto «la pasajera vejez de las primeras horas del día». A la luz velada de las lámparas eléctricas, sus mejillas, algo marchitas, adquieren esa tersura voluptuosa que en el resto del mundo sólo existe por la noche. Tras las damiselas, llegan los galanes, sin prisa, sin inquietudes, como seguros de no tener que temer nunca una sorpresa penosa. Las parejas se forman poco a poco. *Et c'est l'heure des premières idyles*—según canta Soulyard. —Pero no vayáis a evocar la imagen de París y de su Citerea montmartrense, ni la de Niza con su eterna fiesta galante, ni tampoco la de Milán con sus discretas saturnales... Hay algo de bruma, algo de intimidad de cuadro flamenco, algo de patriarcal y de íntimo en esos idilios pasajeros, sin fiebre, y con una especie de pudor en el que se nota un poco de despertar perezoso. Las damas sonríen a los galanes, mien-

tras los galanes se descubren ante las damas. A medida que me fijo en ellos, los encuentro más felices en su calma voluntaria. A medida que las examino, hallo en ellas algo de *nonchalance* soñadora y romántica, que me entenece de un modo vago, como si se tratara de criaturas ideales perdidas en un universo demasiado *terre à terre*. Siempre sonrientes, hablan armoniosamente, con un desmayo gentil y bajan la vista cuando alguien que no es el elegido del día, las mira. Y los minutos transcurren apacibles, cual si el gran reloj que domina el mostrador de la cajera anduviese muy despacio... Y la grata monotonía se prolonga sin cambios de actitud, sin exaltaciones vanas, sin impacencias inútiles. . Y cuando llega la hora sacramental del almuerzo, las parejas se marchan, una por una, para ir a poblar las salas tibias de los restaurantes cercanos.

* * *

Que Lyon es la ciudad más laboriosa y más activa de Francia, lo sabemos por las estadísticas. No hay, según parece, en el mundo entero, gente más trabajadora, más constante y más positiva que ésta. En todas partes del mundo, cuando se encuentra a un lionés, puede decirse que se ha visto un hombre consagrado a una obra fecunda y práctica. Vendedores, manufactureros, obreros, inventores, todos ellos nacen con la idea de aumentar el caudal familiar y de contribuir al en

grandecimiento local. Forman, en suma, una raza de voluntad y de ambición... Pero esto, a primera vista, no se nota. Desde las márgenes del Ródano hasta las riberas del Saona, toda la ciudad parece poblada de paseantes rentistas que sólo se ocupan de vivir y que sólo se preocupan de gozar. Las tiendas de frivolidades y los lugares de recreo, son aquí, tal vez, más numerosos que en París.

* * *

Para hermanar estos dos gustos del comercio y del paseo, del beneficio y del placer, los lioneses tienen, desde hace algunos años, una feria anual muy animada y muy pingüe, copiada de la de Leipzig. Sólo que esto último no hay que decirlo nunca a un lionés, porque en el acto os contestará con acento de enojo:

—¡No hay tal cosa!... Lo que hacemos no es copiar a nuestros rivales, sino resucitar una antiquísima institución local y nacional... Nuestro país, en efecto, fué el más «foráneo» de Europa... ¿No recuerda usted la importancia que tuvieron, desde el siglo XII, las ferias de la Champaña y de Brie?... Nosotros mismos, para luchar contra la competencia de Ginebra, creamos una feria que en el siglo XVI llegó a ser la primera del mundo, a causá de nuestra riqueza industrial y de nuestra situación geográfica en el centro de los caminos de Alemania al Mediterráneo. Del Norte, del Mediodía, de Oriente, hasta del Extremo Oriente, ve-

nían los mercaderes, vestidos con sus trajes peculiares, para ofrecer las más heterogéneas mercaderías a los comerciantes franceses. Los historiadores calculan en dos millones de escudos de oro la cifra de los negocios que cada año se trataban en nuestra plaza... Esto no es nada si se compara con los cientos de millones de francos que hoy representa nuestra sola industria sedera. Pero en aquellos tiempos era un «record»... Génova misma, Génova la «superba», no llegaba a tan pingües resultados con su feria. Formábanse caravanas en algunos países sólo para venir a comprar o a vender, y muchos de los que acudían con intenciones de ganar algo y marcharse en seguida, quedábanse en la ciudad de una manera definitiva. Así es como se formaron las principales colonias extranjeras del Ródano, o, según la palabra de la época, las primeras «naciones». Los italianos, sobre todo, llegaron a ser un verdadero pueblo dentro de nuestros muros. Casi todo lo que hay de artístico entre nosotros se lo debemos a nuestros florentinos del Renacimiento. En tiempos de Francisco I teníamos ochenta bancos toscanos. No se cambiaba una moneda en la plaza sin pasar por manos de esos banqueros...

No discutamos, pues, sobre la originalidad de la feria lionesa... No pronunciemos siquiera el nombre de Leipzig... ¿Qué importancia tiene eso después de todo?... Lo interesante, era triunfar y en eso no hay duda: Lyon ha triunfado en su empeño de crear la fiesta cosmopolita de todas las

industrias. Yo apenas he querido asomarme, un día, al barrio de la feria. No me atraen tales concursos. Y eso que el de aquí, con su discreción, con su lujo, con su elegancia, no se parece a los de Alemania ni a los de Rusia. Es formidable, pero no es ruidoso. Es babélico, pero conserva su gusto francés. Hay de todo en su recinto, pero todo está ordenado. Hay, naturalmente, maquinarias enormes y misteriosas cuyas ruedas giran vertiginosamente; hay construcciones metálicas de mil tamaños; hay muebles de cien estilos; hay vagones, automóviles, carros, tranvías victorias, motocicletas; hay conservas de todo lo que puede soñarse o imaginarse; hay papel para todos los usos; hay lo que uno quiere, en fin, y hasta lo que uno no quiere. Pero entre todo, lo que a mí más me atrae y más me interesa, lo que más me sorprende, mejor dicho, es la infinidad de objetos de lujo, frívolos, preciosos, inútiles y caros. ¡Esas cristalerías diáfanas en cuya superficie cabrillea la luz!... ¡Esas perfumerías tentadoras que nos embriagan!... ¡Esos encajes sutiles que parecen labores de hadas!... ¡Esas cintas, esas plumas, esos adornos!... ¡Esas joyas caprichosas, obras de artistas anónimos que merecerían fama imperecedera!... ¡Esas telas recamadas de plata, de oro, de perlas!... Y uno se pregunta, algo desconcertado, algo asustado, cómo la humanidad puede, al salir de la más espantosa tragedia que han visto los siglos pasados y verán los venideros, tener tiempo y humor para pensar en tanto lujo,

en tanta frivolidad, en tanta coquetería, en tanto derroche, en tanta gracia, en tanta pequeñez, en tanta delicadeza, en tanta alegría, en tanta elegancia, en tanta seducción... Es, en suma, la famosa feria, el mayor alarde de riqueza y de buen gusto que una metrópoli industrial puede hacer.

Pero, lo repito, no es eso lo que he venido a ver...

* * *

Es otra cosa... En medio de esta inmensa ciudad que parece un taller y una casa de comercio, existe el más raro, el más exquisito, el más ideal oasis de arte y de evocaciones. A decir verdad, los lioneses, que ponen un poco de coquetería en desdeñar lo que no es «negocio», no pensaron, al fundarlo, en la belleza, sino en el negocio. Lo que se propusieron, en buena prosa práctica, fué reunir el mayor número posible de modelos industriales para sus sederías. Y con el espíritu algo yanqui que los anima en sus empresas, emplearon sesenta años y gastaron 60 millones en traer de todos los países del mundo las piezas de seda que mejor representan los innumerables tipos del trabajo humano. Al fin, a principios de este siglo, cuando comprendieron que no les faltaba ya nada, dijeron con orgullo:

—He aquí la única galería completa de telas preciosas que existe en el universo.

Y, a fe mía, no exageraron. Pero si en vez de ser lo que son, hubieran tenido las vanidades estéticas que distinguen a los hombres de otras ciudades, hubieran podido agregar:

—Aquí tenéis también el lugar más propicio para reconstruir artísticamente los esplendores de antiguas épocas... Aquí tenéis el palacio del ensueño suntuoso... Aquí tenéis todo el lujo, toda la coquetería, todas las voluptuosidades de antaño... Aquí tenéis las mil y una noches de la historia...

Porque eso y no una escuela industrial es el museo de tejidos de Lyon. Y por eso y no por otra cosa, los que no somos ni fabricantes ni mercaderes, nos pasamos las horas en sus amplias salas, sintiendo la ligera embriaguez que los ricos ensueños producen en las almas.

¡Ah, los soberbios mantos de brocado, los cortinajes cuyos medallones brillan como custodias, los paños de altar en el centro de los cuales Jesús abre sus brazos de oro, los tapices de terciopelo labrado, con sus viejos blasones áureos, los estandartes orientales cubiertos de misteriosos signos de guerra y de piedad; las mitras incrustadas de zafiros y de esmeraldas, las casullas claras realizadas por los *clavi* y los *calliculae* tradicionales, las dalmáticas principescas con sus franjas de plata!... Todo esto atrae y seduce, todo esto nos habla de una vida que fué más grande que la nuestra, todo esto nos inspira nostalgias muy vagas y muy melancólicas. Pero aún hay algo mejor,

más humano, más viviente y más elocuente, en las galerías lionesas, y es el salón de los trajes antiguos.

El «vestuario de los recuerdos» llamaba monsieur de Bougreton a un museo parocido que existe en Holanda. Y eso es, en efecto: un vestuario de fantasmas, un guardarropa de muertos, algo que resulta a la vez sagrado y macabro, galante y espantoso. Reunidas en un magnífico cortejo, las damas sin cabeza, parecen la resurrección decapitada de un carnaval aristocrático. Todas las grandes épocas están aquí representadas, desde la Edad Media hasta el Directorio. Y como estas sombras son francesas, huelga decir que son elegantes, que son coquetas, que se empeñan en seducir aún más allá del sepulcro. Con una gracia algo beata, una damisela de tapicería caballeresca se inmoviliza en un ángulo con su largo forro de velludo que la moldea cual una estatua. De su cintura estrecha pende un rosario de cuentas negras y al pecho lleva colgada una cajita de reliquias. Eso no obsta para que su cuerpo proclame, en sus líneas redondas y finas, el amor con que, en medio de su misticismo, cuida de su carne pecadora. Detrás de ella aparece una rica hembra de la corte de Isabel de Baviera, descotada, con plastrón de armiño, con saya de brocado, con manto de terciopelo. Al lado de ella vemos a una contemporánea de María Estuardo, vestida cual una muñeca de fayenza, rígida, con cuerpo de campana y mangas de clown. Es un mal momen-

to en el almanaque de la moda, el que esta última muñeca encarna con tanto orgullo. Y lo triste es que tal momento se alarga hasta la época de María de Médicis, que, a pesar de su alma italiana, tiene un gusto de escocesa. ¡Qué falda la de la dama que lleva el traje de las favoritas de Enrique IV! Las amigas de Luis XIII tampoco se parecen a los modelos helénicos. Hay que esperar mucho tiempo para volver a ver los cuerpos en el esplendor delicado de sus líneas. Las cortesanas de Luis XIV, aunque magníficamente elegantes, dan a los trajes una amplitud detestable. No hay que verlas de cintura abajo. En cambio, de cintura arriba son verdaderas diosas, gracias al descote, a las mangas cortas, a la gracia ceñida del corsé. He aquí una de aquellas nobles compañeras de madame de Montespan. ¡Qué lujo! ¡Qué aire tan olímpico! ¡Qué telas tan ricas!... A su lado, una marquesita Luis XV con *panniers*, hace reír, a pesar de la linda guirnalda de rosas que adorna su pecho. Pasemos, pasemos... No nos detengamos ante los chales de la Revolución, para llegar pronto al Directorio, de donde nos viene el renacimiento griego, el amor de las curvas puras, el respeto del modelado natural. ¡Ah, las divinas figuras envueltas en clámides que veo aquí!... Las hay que son tanagras de encajes, de muselinas y de gasas... «Las maravillosas — me dice el director del museo lionés — pedían a los escultores que se convirtieran en modistos para vestir las cual ninfas, o más bien para dejarlas casi desnudas».

das bajo un envoltorio ligero.» Y en seguida, con un aire de satisfacción orgullosa, agrega: «Aquí vienen los modistos a inspirarse para crear nuevas modas, que, en general, no son sino modas antiguas resucitadas.»

Todo tiene, en efecto, entre estos muros, un interés práctico y mercantil. Todo está hecho para colaborar al trabajo inmenso de la ciudad. Todo se traduce en cifras y en datos precisos. Al describirnos un soberbio traje del Renacimiento cuya cola de púrpura y de azul arrastra a más de tres metros, dejando una huella de reflejos irisados, nuestro cicerone nos dice cuántas piezas de seda serían necesarias para copiarlo y cuántos miles de francos costaría. Mis compañeros toman nota de tales cosas, como si fueran compradores. Yo, en cambio, me contento con admirar, alucinado, el desfile de estos fantasmas que conservan, en un símbolo terrible de la existencia femenina, sus galas, sus atavíos, su coquetería, su lujo y su garbo, y que no tienen cabeza...

* * *

Pero hay tanto que ver y disponemos de tan poco tiempo, que no es posible deleitarnos largas horas en la sala de los trajes. Al lado se halla la galería de encajes, con sus ligerezas aéreas, con sus gracias feéricas, con sus fantasías tentado-

ras. «No debemos detenernos aquí—nos dice el director con algo de desdén—. Estas colecciones son inferiores a las de Brujas... Nuestra gran riqueza está en las sederías históricas... Vengan ustedes... En el mundo entero no hay nada que pueda compararse con esto...» Y atravesando un vestíbulo lleno de muebles antiguos, nos hace penetrar en la inmensa galería de las piezas raras. Colocadas en marcos, como lienzos de museo, las estupendas joyas de la colección lucen en la gran claridad del día, cubriéndose de cabrilleos y de reflejos. Todo el esplendor oriental, toda la riqueza de la antigua Italia, todo el brillo de la España morisca, toda la belleza florida y blasonada de la Francia regia, está aquí encarnándose en lo que más preocupó en otro tiempo a los hombres: en el lujo de los atavíos y de los adornos. Desde las primeras sederías coptas del siglo VII, que son como tapices de alta lisa, hasta los brocados áureos del imperio napoleónico, cada tipo de tela, cada moda, cada país, cada época, se halla representada con honra.

—La antigüedad—nos dice nuestro docto cicerone—no conoció la seda... En los tesoros de la reina de Saba, en las galerías de Cleopatra, en el tocador de Friné, en el palacio de Claudia, no hubo una sola pieza de esta materia.

En nuestra gran ignorancia, el simple dato nos sorprende cual un descubrimiento desilusionante. ¿Es posible que Nerón y Alejandro, Thais y Aspasia, Semiramis y las favoritas de Sesostris ha-

yan podido vivir privadas de los tejidos que para nosotros simbolizan el lujo en su verdadera magnificencia?... Yo, lo confieso, si hubiera tenido que vestir a una reina de Egipto, no habría dejado de atribuirle mantos de seda...

El director del museo sonríe irónicamente, adivinando mis pensamientos, y murmura:

—Los poetas suelen cometer el anacronismo de envolver en los brocados los cuerpos de las cortesanas antiguas... No me refiero a Thais, que vivió en el siglo IV o V y que tal vez conoció los primeros ensayos alejandrinos de mezclas de seda y lana... No. A Thais, Anatole France puede, sin enorme herejía, ponerla adornos sedeados... Pero ¿qué me dice usted de una emperatriz romana con un traje de terciopelo, tal cual yo la he visto en el teatro Francés?... Para mí, aquel error me hizo despreciar la obra, que era de un autor ilustre, no obstante... En nuestro país, si no me equivoco, los dramaturgos debieran aprender algo más de lo que saben...

Para este hombre eminente que vive en un alcázar de reliquias, la existencia se reduce a la seda. Ignorar una fecha de fabricación, desconocer un estilo, confundir dos telares, es cometer un pecado imperdonable. Con datos escrupulosos va haciéndonos asistir, en nuestro lento paseo, a las evoluciones de las telas preciosas, desde aquellas que un embajador de Harun el Raschid trajo a Carlomagno, hasta las que María Antonieta encargó a los artistas lioneses. En el fondo,

una vez la materia misteriosa que los gusanos hilan descubierta, el procedimiento general es siempre el mismo. Los telares de hoy están movidos por la electricidad y trabajan más de prisa que los antiguos. Pero el mecanismo no ha variado, ni puede variar. El progreso, en esto, como en casi todo, es una simple ilusión. ¿Dónde están, en nuestra época, los mantos dignos de compararse con la capa de Isabel la Católica que figura en el museo lionés?

—La verdad nos dice nuestro cicerone—es que en punto a artes suntuarias, decaemos de día en día por nuestra propia culpa. Ahora, en efecto, un gran pintor, un Anglada, un Besnard, se creerían rebajados si se les pidiera que se consagraran a hacer modelos de motivos decorativos para las sederías. En otro tiempo, los más gloriosos artistas, Mantegna, Ghirlandajo, Boticelli, el mismo Rafael, se dedicaban a tal labor con entusiasmo. Vayan ustedes a visitar una de nuestras grandes fábricas, y verán quiénes reemplazan en el siglo xx a tamaños maestros. Pena me da decirlo: casi no hay más que dibujantes anónimos en los telares... Todo es industria... Hay que producir mucho y de prisa... ¿Cómo quieren ustedes con tales métodos llegar a dar la vida a tesoros cual los que aquí conservamos?...

Y abriendo los brazos, nos señala en los dos extremos de la galería las vastas vidrieras en las cuales viven su vida eterna de esplendor y de delicadeza las figuras ideadas antaño por los pinto-

res para realzar las sederías. Todo lo que puede imaginarse de más luminoso, de más armonioso, de más exquisito, está aquí. Aquí se eternizan las madonas de plata en los pectorales bizantinos, aquí la opulencia del Oriente de las mil y una noches cubre de arabescos los mantos de púrpura, aquí se adormecen en actitudes de ensueño eterno las vírgenes del Renacimiento nimbadas de pedrerías, aquí los florecimientos de rosas y de lirios de la Francia antigua, convierten en jardines los cortinajes de los *boudoirs*.

—No hay nada más completo — exclama de nuevo, al despedirnos, el director.

Y yo pienso que, entre los muchos museos del mundo, quizá éste sea el más propio para que los poetas aprendan a evocar la existencia antigua en todo el esplendor de su coquetería.

* * *

Al salir del museo alguien me invita a visitar la más importante manufactura de brocados modernos.

—¡Ah! no —le contestó—. Después de lo que hemos visto...

El medita, sonrío. Luego, exagerando las nostalgias de tiempos antiguos que nos han sugerido las sederías del museo, me habla de esta guisa:

—Nuestros contemporáneos se llenan la boca hablando de progreso. Pero ¿dónde está el pro-

greso, a no ser en los discursos de los ministros que vienen a inaugurar puentes? Se cita la electricidad, los ascensores, los ferrocarriles, la higiene pública, las maquinarias, el telégrafo, el teléfono, la aviación... Muy bien... Todo eso es bonito como juguete... Prácticamente, en cambio, todo eso es no sólo inútil, sino perjudicial... ¿Qué hemos conseguido, en efecto, con las máquinas, sino fabricar más?... Compare usted las sederías de hoy con las de ayer... Vamos más de prisa, es indudable... Sólo que vamos por rutas menos suntuosas... La rapidez no nos deja ni contemplar, ni meditar, ni sentir. El progreso, pues, ha suprimido lo único hermoso de la existencia. ¿Ha visto usted el nuevo hospital que estamos construyendo? Dicen que será una maravilla científica. Yo he examinado los planos de su fachada y le aseguro a usted que será un horror. Los enfermos se morirán sólo al ver aquello... En cambio, allá, en la Edad Media... Ya verá usted...

* * *

Por las márgenes del Ródano marchamos lentamente, entre la bruma ligera de esta mañana primaveral. A lo lejos, en las faldas de una colina, surgen vagas siluetas de torres, de domos y de terrazas. En el interminable «quai» poblado de árboles centenarios, las hileras de casas grises y uniformes elevan sus fachadas escuetas con una

monotonía desesperante. No hay nada que revele un deseo de gustar, no hay un frontón diferente de otro, no hay un portal pintoresco, no hay ni siquiera balcones. La vida se concentra aquí en el interior, como en los países musulmanes, y para la calle no queda sino la tapia seca con sus ventanas rectilíneas. El cuadro es de una tristeza infinita, de una tristeza sin edad, que lo mismo puede datar de un año que de un siglo.

—Eso es lo que nuestros lioneses llaman una gran calle, eso es lo que se considera como grandes casas—murmura mi cicerone.

Pero luego, cuando llegamos a la entrada del puente de la Guillotière, exclama, cambiando de tono:

—Aquello ya es otra cosa...

Frente a nosotros extiende su armoniosa línea, coronada de cúpulas, el hospital del Hôtel Dieu, majestuoso, sereno, con una elegancia sobria que no hace pensar en su grandeza, sino en su gracia. A pesar de ser inmenso, en efecto, el edificio no tiene nada de colosal. Es cual un largo friso tranquilo en el que los ventanales repiten los mismos dibujos en una teoría perfecta de marcos simétricos. Su alta cornisa no tiene adornos y corre sobre el borde del techo cual una balastrada de jardín.

—Ahí tiene usted—me decía mi guía—lo que la caridad pública sabía hacer en otro tiempo para alojar el dolor. La gente de ahora habla de las malas condiciones higiénicas de esta especie de

monumentos. Para curar, en nuestro siglo, hay que meter a los enfermos en lugares horribles, entre armazones de hierro y de ladrillo refractario. Pero lo cierto es que, pese a la ciencia, aquí siguen realizándose milagros médicos que ningún sanatorio de los que tanto le gustan a los reformadores conoce. Nuestros socialistas, sobre todo, desearían echar abajo el Hôtel Dieu por lo que a sus ojos tiene de retrógrado. Con sonrisas de desdén que exasperan, recuerdan que Rabelais ejerció aquí su arte de cirujano, y agregan que hoy cualquier barraca de madera vale más que este vejestorio. Por fortuna, Lyon sabe respetar sus reliquias. Yo no creo, claro está, que la costumbre del siglo xv de meter en la misma cama a un herido y a un enfermo de fiebre infecciosa, sea digna de resucitarse. Sólo que no hay por qué pretender tampoco que así era todo antaño. No. Sin conocer la antisepsia, nuestros abuelos sabían curar llagas y conservar miembros amputados. Y, además, de lo que se trata es de estética. ¿Por qué, en nombre del progreso, para mí ilusorio, se ha de destruir la belleza, que es una realidad?

* * *

Mi guía se aleja, volviendo la espalda al ilustre hospital, y me dice que va a llevarme a ver la catedral. El trayecto es largo, y para poder pasar por algunas calles, de las que conservan antiguas

fachadas venerables, lo alargamos más, dando rodeos. En la rue Saint-Jean, es un balcón, florido vestigio de una vivienda del Renacimiento, lo que nos seduce. Luego, en la misma *rue*, encontramos una casita gótica, con un patio cual un claustro, con galerías ojivales dignas de ser conservadas en un museo, con puertas que sólo existen ya en los claustros famosos. Más lejos, el pórtico del antiguo Hôtel de la Tourette, con su verja y sus blasones, inspira a mi compañero de paseo amargos improperios contra los hombres de la Revolución, que, según parece, destruyeron muchos palacios como éste. «No hay más que el socialismo, con su manía de ensanches —murmura—, que sea tan criminal como los amigos de Robespierre. Aquí cerca, donde ha visto usted las ineptas casas nuevas de la burguesía, existió hasta hace poco el barrio Saint-Paul, en el que los nobles del siglo xvi habían edificado sus mansiones solariegas. El barrio San Juan, en cambio, queda aún lleno de reliquias. La casa del Chemarrier, por ejemplo, que perteneció a François Lestang, tiene el encanto de un diminuto palacio de canónigos enamorados de la penumbra y del silencio.» Muy cerca, en la plaza del Cambio, nos detenemos ante un edificio que hoy sirve de templo protestante, y que en su origen fué destinado a sala de asambleas comerciales; construído por Souriot, a principios del siglo xviii, tiene la belleza neohelénica que entonces estaba en auge. «No es una obra maestra—dice mi guía—;

pero así y todo, ya quisieran nuestros mejores arquitectos poder hacer algo por el estilo. Al alejarnos, una calle entera, una estrecha calle sombría, me recuerda las viejas ciudades españolas: es la Montée du Change, con sus fachadas desiguales, con sus torreones, con sus balconcillos caprichosos, con sus inmensos zaguanes episcopales, con sus tiendas sórdidas, con sus tapias enigmáticas.

* * *

Después de un largo trayecto, llegamos al fin a la plaza de la Catedral. Mi amigo se detiene, y quitándose el sombrero, exclama:

—¡Salud, santa iglesia!

Luego, temeroso tal vez de que yo me atreva a establecer comparaciones irreverentes, me dice:

—Sin duda, los historiadores pueden pretender con apariencia de razón que este santuario no es ni tan puro ni tan bello como los de Amiens y Reims... No tiene, en efecto, ni la abundancia de adornos ni la enormidad de líneas de esos sus hermanos mayores... Pero en su sobriedad puede muy bien figurar al lado de ambos, sin avergonzarse... Vea usted la pureza de su masa... Vea usted sus pórticos labrados cual custodias... Vea usted sus torres robustas, casi amenazadoras, casi militares, con los torreones que defienden sus flancos y que les dan un aspecto de fortalezas aéreas...

Vea usted su rosácea inmensa, puesta en la fachada como un joyel de esmalte en el pecho de un guerrero místico... Vea usted, en suma, lo que hay en ella de característico, de lionés, lo que puede servir para explicar el carácter de los que la edificaron y de los que se han formado a su sombra augusta... Los críticos, en general, no se ocupan de esto. No hay nada, empero, tan monstruoso como una de esas flores artificiales de la arquitectura, que ni hablan ni pueden hablar al corazón del pueblo en que nacen... Para que un templo sea verdaderamente sagrado, es preciso que responda a las palpitaciones del organismo en que vive. Aquí un cofre cincelado igual al de Milán, o una majestuosa y suntuosa alhaja parecida a la de Reims, no estaría en su sitio. Póngale usted las flechas de Colonia a este santuario y en el acto las verá perderse en la bruma. Llene usted de medallones sacados de Bourges esta fachada, y no podrá verlos en la penumbra de nuestros otoños. Lo que necesitábamos era una ciudadela santa, rítmica en sus grandes líneas, pero no delicada, no ligera, no afiligranada... Somos un pueblo positivo, frío, grave y creyente... Por eso nuestra catedral es la que mejor se adapta a nuestra mentalidad y a nuestra sentimentalidad...

—¿Entramos? —le pregunto.

—No—me contesta —, no. Una hora no es suficiente... Los monumentos góticos, entre cuyas naves se amontonan las sombras de los siglos, no están hechos para viajeros con prisas... Hay algo

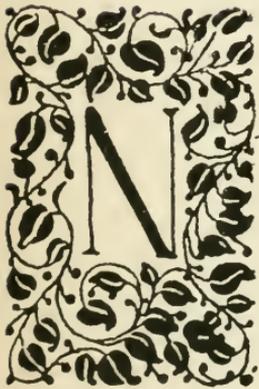
de irreverencia artística en esos paseos rápidos durante los cuales se contemplan las cosas santas con miradas curiosas y distraídas... Una existencia entera bastaría apenas para sentir palpitar el organismo vivo y eterno de un alcázar místico... No entremos si usted no tiene empeño en ello.

Y hay tal convicción de sinceridad en este cate drático, a quien yo creía únicamente preocupado de teorías históricas y de detalles arqueológicos, que no me atrevo a insistir. Su rostro, en apariencia frío, se ha animado poco a poco con una especie de fiebre visionaria que palpita en sus labios y en sus ojos. Se ve que no son las «bellas artes» en general y de un modo abstracto las que le interesan, sino lo que en ellas representa la vida misma de su comarca con todo su pasado y todo su porvenir.

—Aquí—me dice cuando nos alejamos del atrio de la catedral—tenemos menos edificios ilustres que en otras capitales de provincia, pero cada uno de ellos encarna algo de nosotros mismos. No hay nada que sea postizo en nuestra guirnalda arquitectónica.

Es cierto. No hay, en realidad, en Lyon, en su arte, en su existencia, nada que no sea muy lionés y muy sincero.

LOS DÍAS Y LAS NOCHES DE BARCELONA



o llevamos sino unas cuantas horas en Barcelona, y ya hemos pronunciado muchas veces la palabra admirable... Las calles, las plazas, los jardines, las casas, los cafés, los teatros, las músicas, las risas, las canciones, todo nos sorprende, todo nos entusiasma... Verdad es que hemos tenido la buena o la mala suerte de llegar el día de San Juan y de caer en medio de una verbena como no hay muchas en el mundo...

Y mi compañero me dice:

—Tú, que con tanto amor cultivas el arte de viajar, vas a pagar mañana con crueles decepciones la alegría de hoy.

—Puede que sí... Pero, por lo mismo —le contesto—, gozemos ahora del espectáculo inesperado de esta ciudad inmensa, que no termina nunca, que

no se parece a ninguna de las que conocemos, que tiene algo de artificial en su belleza y algo de teatral en su lujo, que canta al son de músicas innumerables y que enciende tantas luces, tantas luces, que sus resplandores iluminan el cielo...

—Gocemos...

* * *

Y como dos romeros desconcertados y encantados, seguimos andando al azar, entre las olas humanas, que suben, que ondulan, que se cruzan, que parecen, a veces, perderse en la sombra de los jardines, y que, en seguida, reaparecen para continuar la ronda de las grandes arterias de luz. De un modo vago, me parece reconocer las avenidas vistas hace diez o doce años y que entonces no me sorprendieron sino por el mal gusto de algunas de sus arquitecturas. ¿Es esta la Rambla? Sí; aquí no es posible equivocarse... Como los Bulevares parisinos, como el Brodway neoyorquino, como las Sierpes sevillanas, como la Florida de Buenos Aires, como la Cannebiere de Marsella, la Rambla es inconfundible, hasta para los que apenas la conocemos. Las otras vías nuevas, en cambio, nos parecen, esta noche, con sus faroles y sus músicas, con sus árboles y sus sillas, una sola y única alameda sin fin. De vez en cuando leemos, en las esquinas, rótulos complicados, mitad en castellano

mitad en catalán, que nos hacen saber que estamos en la *carrere de les Corts*, o en la calle del Marqués del Duero, o en la Ronda de San Pablo, o en la Diagonal, o en el paseo de Gracia... Son los nombres los que cambian. En cuanto a la calzada, es siempre, al menos a esta hora, en este día de regocijo, una única, inmensa, laberíntica y magnífica vía.

A medida que la noche avanza, y que las orquestas se exasperan, y que, en el horizonte, los fuegos artificiales rayan el cielo aterciopelado, dijérase que las grandes alamedas se embriagan, exaltándose, haciéndose más ruidosas y más nerviosas. De las callejuelas laterales, sombrías y estrechas, como de arroyos subterráneos, salen raudales de gente, que aumentan sin cesar la gran corriente humana. Y cada uno de esos seres trae una nueva risa, un nuevo canto, una nueva piqueta para la inmensa farsa.

—¡Yo que creía a los catalanes tan serios!— murmura mi amigo.

¿Serios?... Son alegres, son ruidosos, son infantiles, son noveleros, son risueños. Pero tienen, en medio de sus diversiones callejeras y nocturnas, una cordialidad grave y suave que en el resto de España es desconocida. No hay aquí nadie que moleste a nadie, en efecto. De trecho en trecho, bajo guirnaldas de linternas venecianas, unas cuantas parejas de bailadores ocupan todo el espacio. La corriente de los paseantes tuerce su curso para no interrumpir el vals comenzado,

y continúa su camino alegremente. Sentadas en los bancos, bajo los faroles, las parejas idílicas se besan cual si estuvieran en sus alcobas. Los que ven esos cuadros sonríen sin fariseísmo hostil. Chiquillas muy adornadas, modistas tal vez o tal vez cupletistas de *music-hall*, pasan provocantes y descotadas. Nadie tiene para ellas un gesto malo ni una mala palabra. Entre los que suben y los que bajan hay, a cada paso, codazos involuntarios. Jamás uno de estos tropiezos degenera en choque. Se ve, en suma, que, con una filosofía muy ateniense, muy parisiense, muy gentil y muy poco española, todo el mundo piensa en divertirse y no en molestarse ni en molestar.

— Se siente uno bien en medio de esta masa — exclama mi compañero.

Y es exacto. Nos encontramos muy bien, muy a nuestras anchas. Pero, ¡ay!, nos encontramos lejos, terriblemente lejos del círculo de nuestro imperio moral. No evocamos, ante los espectáculos a que asistimos, ningún recuerdo español. Pensamos más bien en fiestas francesas, en ferias de Montmartre o de la Barrera del Trono, en multitudes de Exposición universal, jocundas, pacientes, sin malos nervios, sin vino pendenciero, sin donjuanismo impertinente, sin asomos de chulería. En Buenos Aires mismo, en las noches de holgorio popular, cuando bajo los arcos luminosos de la Avenida de Mayo se amontonan millares y millares de personas, algo de muy español y

hasta de muy madrileño, algo que revela en el acto el «compadrismo» galante y envidioso de la raza, se nota sin dificultad. Aquí, no. Aquí los piropos son raros y suenan claro, y no van nunca envueltos en insolencias, ni acompañados de tentativas de presa.

* * *

No sé por qué yo me figuraba, sin embargo, que los catalanes, en noches de fiesta popular, tenían que ser algo vulgares, algo pesados, hasta algo groseros... Y he aquí que, muy por el contrario, me siento entre ellos como en un escenario inmenso, en el cual se representara la farsa más animada y más ordenada del mundo. En todas las esquinas hay una orquesta... En todos los espacios libres se organiza un concierto... Todos los cafés están llenos de risas y de canciones... Todos los teatros, todos los *music-halls*, todos los circos brillan cual ascuas... Y hay kilómetros y kilómetros de músicas, de alegría, de locura... Y las horas transcurren sin que se note el menor cansancio en el gentío... ¡Qué digo!... A medida que la madrugada se acerca parece que el ruido y el movimiento. crecen... Palpita en el aire, en el cielo, en las ramas de los árboles, en las guirnaldas de linternas, en los ojos de las mujeres, en las bocas de los hombres, una grande y leal alegría, un bienestar gozoso, una plenitud de bienaventu-

ranza familiar. Como yo no entiendo lo que dicen, no sé lo que a cada instante los hace reír. Pero sé, eso sí, que la risa es sana, fresca, sensual y sin malicias.

—Hemos encontrado al pueblo feliz —le digo a mi compañero.

—Las ciudades de trabajadores—me contesta—son así: se divierten como locas una noche, y luego trabajan días y días en silencio... Mañana veremos, sin duda, el contraste... Deja pasar a San Juan...

* * *

Ha pasado San Juan... Y detrás de su cortejo han pasado asimismo otros santos de los que, nadie sabe por qué razones misteriosas, no tienen, al menos en nuestras comarcas, derecho a verbenas... Han pasado San Pelayo, y San Ladislao, y San Benigno... Pero contrariamente a lo que me anunciaba mi amigo, no hemos aún logrado ver a la Barcelona fabril y formidable, que trabaja «mientras el resto de España duerme la siesta», según la expresión de D. Emilio Junoy... Como en Madrid, como en París, como en Buenos Aires, veo muchas tiendas, muchos escaparates llenos de objetos de lujo, muchas perfumerías, muchos bazares, muchas camiserías; sobre todo, muchos cafés... Cuando Jean Lorrain vino, hace treinta años, a buscar *dans Barcelone, l'Andalouse au*

scin bruni, en todas las casas había una *boutique de coiffeur*. Hoy, los peluqueros se han subido a los entresuelos, y los cafés ocupan las plantas bajas. Mas esto mismo no tiene nada de sorprendente, ya que apenas hay gran ciudad donde no pase lo mismo. Lo que sí me sorprende desde que comencé a pasearme por las calles, es el buen gusto, la elegancia, la sencillez de lo que se vende y se expone... ¿Dónde están los géneros catalanes que hacen reír a las señoritas elegantes de Castilla?... En las telas es justamente en lo que más arte y suntuosidad descubro. Hay vitrinas cubiertas de linos pintados, de percales impresos, de velos bordados, que seducirían a cualquier pintor extranjero. Y en las exposiciones de las modistas, también me encanta la sencillez de las líneas, la gracia de los tonos, la sobriedad de los adornos.

* * *

Pero ¿no es pecado buscar en las vidrieras de las tiendas lo que puede verse en las mujeres?... Porque aquí no sólo los escaparates hacen pensar en París; las muchachas también. Y cuando digo muchachas, ya comprenderéis que no es de las damas aristocráticas, ni de las ricas burguesas de las que quiero hablar, sino de las chiquillas que vemos por todas partes, a todas horas, ondulantes, ligeras, risueñas, ejerciendo con una consciencia

cia escrupulosa, su papel de animadoras y de embellecedoras de la gran ciudad... ¿Modistillas? Sí, las que llenan de gorjeos la Rambla y la calle Fernando a la hora en que los talleres se cierran, son, de seguro, obreras... Pero hay otras, muchas otras que ríen en los *cines* del Paralelo, o murmuran en los *music-halls* del Conde del Asalto, o se pasean, ondulosas y tentadoras, bajo los árboles del Parque... Y hay otras también que no duermen nunca para poder alegrar durante toda la noche los innumerables *super-tangos* que aquí florecen... Y sin querer ofender a ninguna de esas categorías, debo declarar, a fuer de pintor leal, que todas son, en lo exterior, iguales, deliciosamente iguales e igualmente deliciosas; que son todas finas, esbeltas, morenas y pálidas, de una palidez de rosa té, que no he visto sino en rostros catalanes; que son todas elegantes, de una elegancia algo uniforme y muy distinguida, sin el menor detalle de mal gusto, sin la más pequeña exageración, sin nada, en fin, que pudiera chocar en el Boulevard des Italiens...

* * *

—¿Son o no son preciosas estas barcelonesas?
—digo a mi compañero.

—Sí—me contesta—, son hermanitas de las parisienses en el vestirse y, probablemente también en el desvestirse... ¡Bien protestan contra eso las

personas serias, en nombre de la moral!... En otro tiempo, si he de creer a un prohombre de la Lliga, la verdadera belleza de la mujer residía aquí en su salud y en su espíritu de familia. Hoy, como todas tienen obligación de llevar zapatitos muy finos y trajes muy caros, los rostros van poniéndose ojerosos, y el sentimiento de la familia va decayendo...

Mi amigo agrega:

— Verdad es que en todas partes se dice lo mismo...

* * *

Es cierto. Además, yo no tengo derecho a meterme a escudriñar misterios de psicología social. No soy sino un peregrino apasionado, que pasa respirando rosas, recogiendo imágenes expresivas y corrigiendo prejuicios estéticos. La muchacha de las Ramblas me encanta, porque no se parece a ninguna de las catalanas tradicionales que el mundo conoce. No es ni la «bien plantada» del gran Xenius, ni la danzadora de sardanas de los teatros extranjeros, ni la «rica moza» de cuyas «pesuñas» habla, sin reverencia, un refrán local. No es la catalana clásica en suma...

Y yo, que busco a esa catalana de frondoso seno, que anda pisando fuerte por las imaginaciones, me pregunto: «¿Dónde está?... ¿Dónde se la ve ponerse en jarras?... ¿Dónde se escucha su voz de

madame Angot traducida?... ¿Dónde se la oye respirar cual un fuelle?... Estas interrogaciones se las he hecho a Angel Guimerá Y Guimerá me ha dicho: «Yo casi estoy ciego...» Se las he hecho a Ignacio Iglesias, e Iglesias se ha contentado con sonreír con su fina sonrisa profunda... Se las he hecho al maestro Morera. Y Morera me ha respondido algo que no he entendido...

En todo caso, puesto que la bien plantada se esconde en su casa o en el campo, yo me consuelo admirando a las barcelonesas innumerables que, como los gorriones de las Tullerías, o como las palomas de San Marcos, no huyen nunca del hombre que les sonríe, y que participan de la vida callejera con la misma clara independencia que sus hermanos, paseándose sin dueñas, yendo a las fiestas sin miedo, llenando los cafés sin gestos hurraños...

Repito que no hago más que observar lo que veo en la calle.

—Más adelante—me dice mi amigo—conocerás a damas que encarnan otras clases sociales.

—Si son gordas y «bien plantadas»—le contesto—, prefiero no conocerlas.

—Son deliciosamente finas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque las veo en los teatros serios, adonde tú, gran callejero, no vas...

* * *

Que sea aquí, que sea en Tokio, que sea en Nueva York, mis visiones más agradables son las callejeras. Y ni siquiera tengo prisa por ver los lugares históricos, por conocer los monumentos famosos, por enterarme de los mejores puntos de vista.

Sentado en una terraza de café, o paseándome sin rumbo, me parece que me confundo con la multitud, y que formo parte del alma de la ciudad. Todo me interesa, todo me gusta. Las desilusiones mismas me halagan. Y así, después de haber creído que ésta era, como Chicago, una metrópoli de trabajo febril, en la cual cada ciudadano iba de prisa, llevando una herramienta al hombro y una codicia en el alma, he ido notando poco a poco que la gente barcelonesa no piensa sino en divertirse, en tomar horchata, en ir al *cine*, en aplaudir canciones, en bailar tango y en charlar bajo las enramadas de sus magníficas avenidas.

—Es que las fábricas están lejos... — me han repetido mucho.

Lejos, en efecto, muy lejos, en el extremo de la calle del Conde del Asalto, en pleno Paralelo, he encontrado hoy, no sin sorpresa, cuatro altísimas chimeneas de fábrica. Para verlas, me detuve largo rato, evocando imágenes de una Cataluña ruda, fuerte, laboriosa, que sólo piensa en producir, en amasar millones, en invadir el mundo con los productos de sus manufacturas. Mas de pronto, ¡ay!, noté que no salía humo de estas chi-

meneas. Y bajando de nuevo los ojos vi en la amplia avenida la fila interminable de fachadas de teatros, de *cines*, de *music hulls*, de bailes públicos, de cafés...

* * *

En todos los rincones, en efecto, hay un «lieu de plaisir» que generalmente no se cierra en toda la noche. Porque, o mucho me equivoco, o en el mundo entero no existe sino una localidad que ha descubierto el secreto de no dormir nunca, de cantar a todas horas, de reír a todas horas, de cultivar la galantería a todos horas... Me refiero, claro está, a Barcelona. Yo, que vivo en la Rambla, figuréme, al principio, que la vigilia era exclusiva a esta alameda céntrica. Luego he notado que no es una calle, sino muchas calles las que velan. Con cualquier pretexto, los teatros dan espectáculos que duran hasta el amanecer. Mi compañero y yo fuimos, poco ha, al Goya a saludar a Thuillier con motivo de su beneficio. «Llegando a las dos de la mañana — pensamos — le cogeremos ya despintado y dispuesto a marcharse.» A esa hora estaba aún en escena. Y cuando preguntamos si era el último acto, nos contestaron:

—De esta comedia, sí... Sólo que luego hay otra en tres actos.

Mi compañero, asustado, se marchó. Yo me quedé solo, curioso de ver hasta dónde llegaba la

resistencia de los actores y la paciencia de los espectadores. Mas a la cuatro de la madrugada, advirtiéndome que las risas duraban aún, también me fuí.

En el camino, un vendedor de periódicos me dijo:

—Señorito, la *Guía Nocturna*... dos reales...; es una obra indispensable para conocer la ciudad...

Y como yo me acordaba de otra famosa Guía parisiense que llevaba el mismo título y que causó en tiempo de la última Exposición Universal un escándalo enorme en el mundo, compré el cuadernito que me ofrecían.

—No será sino una pálida imitación de su modelo de París—pensé.

Al cabo de algunos minutos, hojeándolo en una sala de *restaurant*, animada por muchas bellas bailadoras de tango, vi que imitación sí lo es. Mas no pálida... ¡Ah, no!... En verso y en prosa, el librito nos habla de la ciudad condal y de sus placeres, con una llaneza que hace pensar en los primeros capítulos del *Satiricón*. Pone espanto en el ánimo lo que se esconde entre las sombras de una gran metrópoli. El moralista, que sólo ve los actos, se indigna o se irrita. El sociólogo que ve el móvil, que ve el germen de lo que es la comida nocturna de las fieras, se entristece. Mi Guía secreta tiene la terrible ventaja de no detenerse en los lugares de lujo, donde los velos de seda envuelven las escenas, y de ir hasta el fondo sórdido del drama. ¡Cómo querría yo que todos los legislado-

res españoles conocieran este librito que tiene algo de infernal en su sencillez escueta de señas y de cifras!

* * *

En realidad, no hay necesidad de Guía para sentir la intensidad y la fiebre de la vida nocturna barcelonesa. Calles enteras existen en las cuales cada casa abriga un concierto, o un bar servido por mujeres, o un *souper-tango*, o un *souper-cho-tis*, o un *souper-sardana*... De lo que se trata es de atraer a los hombres con el olor penetrante de la lujuria. Lugares he visto en las inmediaciones del Paralelo, en los cuales, si no se exponen las mujeres mismas en los escaparates como en el Japón, al menos se exhiben sus retratos. ¡Y qué retratos!... Los más castos son los desnudos... En la puerta de un café he leído un enorme rótulo, que dice: «60 camareras espampanantes, 20 servidoras, 20 tanguistas, 20 papillonas. Todas sin novios...» Y como en la vecindad hay un teatrillo de estilo pompeyano, en el cual se representan obras de una obscenidad que haría ruborizarse a la mismísima *Chelito*, durante los entreactos las papillonas y las tanguistas tienen más pretendientes que las hijas de los reyes de leyenda.

* * *

Todo esto los catalanes serios lo ven sin indignación, y cuando alguien les habla con espanto de la perpetua orgía nocturna, se contentan con sonreír enigmáticamente. Nótase que, en el fondo, no les disgusta demostrar que, aun en lo frívolo, Barcelona es muy grande, muy parisiense, muy babilónica, sobre todo muy diferente del resto de la infeliz España que vive tiranizada por el fari-seísmo...

—¡Bah! - parecen decir -. Esos son juegos naturales en una metrópoli que, después de trabajar el día entero necesita lugares alegres para pasar algunas horas de la noche...

* * *

Yo, personalmente, confieso que, lejos de encontrar alegre el *souper-tango* en que ahora observo la «noche» barcelonesa, lo hallo siniestro con sus risas nerviosas, con sus músicas adormecedoras, con su ir y venir de mujeres descotadas, con su murmullo de borrachera... Es el más elegante, el más «chic», el más parisiense «cabaret», según parece... Una muchacha que se ha sentado a mi lado y que trata de convencerme de que no hay otro restaurante nocturno tan delicioso cual éste, me cita los nombres de los noctámbulos ilustres y de las noctámbulas famosas que nos rodean.

Hay aquí mujeres de cincuenta otoños y muje-

res de quince abriles... No sé cuáles me dan más pena. Lo que sí sé es que el lugar en que unas y otras ondulan coqueteando, con sus cigarrillos en los labios, no me divierte.

* * *

Lo que más me extraña al pensar en esta fuerte atmósfera de pecado y de intriga fácil, en estos soplos frívolos y penetrantes de aventura moderna, es que aquí no exista una literatura local que reemplace las traducciones de las novelas montmartresas.

—Pero, señor — os oigo decirme—, ¿en estos momentos en que el mismísimo París lucha contra sus novelas y sus comedias nocturnas, quiere usted aclimatar tal género entre nosotros?]

Querer, no es exacto... Lo que hago es extrañarme de que ese género no exista. Pero ya que de la conveniencia de cultivarlo se trata, no tengo reparo en decir que si a París las novelas de Francis Carco o de Henri Duvernois pueden hacerle daño, a nosotros algunas obras análogas podrían, al contrario, servirnos para demostrar que la galantería española, tal cual los extranjeros la comprenden, no es sino un embuste romántico. Hoy precisamente he leído un libro admirable sobre España, el de Chambige. En cada una de sus páginas he encontrado frases como éstas: «Estudiando el amor andaluz se comprende el arte que nació en Sevilla, arte cruel y

lúgubre, arte de sangre y de fanatismo...» «En este país la gente, a la par más bárbara y más refinada que en Europa, concibe aún el amor de un modo heroico, sombrío, religioso y sanguinario...» «La sensación de crueldad obscena va siempre unida a la voluptuosidad...» Ahora bien, con lo impresionable que es el mundo bastaría, tal vez, que Barcelona produjera unos cuantos novelistas capaces de pintar su vida erótica cual es, tan tolerante, tan risueña, tan alejada de toda idea de honor calderoniano, tan deliciosamente frívola, para que los franceses, y los ingleses y los yanquis comenzaran al fin a cambiar de modo de pensar y dejaran de compararnos con los árabes antiislámicos de los tiempos de Antar...

Pero lo cierto es que no sólo no hay novelas de esa especie, sino que tampoco hay libros sobre la vida barcelonesa en general. En Nápoles, cuando uno se detiene ante alguna de las raras librerías de la ciudad, lo primero que encuentra son las *Matinatti napoletane*, de Salvatore de Giacomo, *La vita napoletane*, de Onorato Fava, y diez obras más de la misma índole, firmadas por escritores de talento. En Barcelona, donde hay centenares, tal vez millares de librerías, y donde hasta en los quioscos de los diarios se venden libros, no se ve nunca en una cubierta el nombre de la ciudad, a no ser en el pie de imprenta o en el título de las Guías. ¿Por qué este desdén tan especial, tan local?... La literatura de impresiones y de evocaciones no es muy pobre en el resto del país. Sevi-

lla, Granada, Toledo, Salamanca, inspiran cada semana un nuevo tomo. Sólo la capital de Cataluña no inspira nada. Y necesariamente tenemos que preguntarnos: ¿Es acaso que hay menos escritores que conozcan esto que lo otro?... No. ¿Entonces?... Debe ser más bien porque nuestros peregrinos apasionados no encuentran en la llamada prosa de la existencia catalana ninguno de esos elementos de pandereta que les sirven para fabricar sus trianerías...

* * *

— Verdaderamente — me dicen algunos catalanes —, ¿no nota usted que esta es una ciudad que trabaja más que ninguna otra de España?

— No — les contesto —; no lo noto, verdaderamente... Lo que sí noto, es que se divierte mucho...

Y en seguida agregó:

— Esto no demuestra sino una cosa, y es, a saber: que las metrópolis más activas y más laboriosas son las que más parecen divertirse. ¿Hay colmena igual a ese París, de donde sale todo lo que es lujo, elegancia, buen gusto?... Pues París, en tiempos normales, no cesa de reír y de cantar... ¿Hay emporios de negocios más formidables que Nueva York y Buenos Aires?... Pues tanto en Buenos Aires como en Nueva York la gente no aparenta ocuparse sino de gozar de la vida... En Barcelona debe pasar lo mismo...

En general, mis amigos no se contentan con estas excusas. Querrían que yo hablara según las estadísticas, y no según mi alma y mi conciencia. Y recitándome párrafos de la guía local, me dicen:

«El barcelonés es activo, y en materias industriales y mercantiles no tiene rival en España. Reflexivo por naturaleza y previsor en todos los casos de la vida, algo receloso en sus amistades, trabajador, fiel cumplidor de sus promesas, olvida pronto los beneficios que da, así como los agravios que recibe. Por su tipo, su acometividad en las empresas y su excelente golpe de vista en toda clase de negocios, se le ha llamado al barcelonés el yanqui español. Como sucede con los norteamericanos, el espíritu de asociación está en él muy desarrollado. Es extraordinario el número de Sociedades obreras, Casinos políticos y recreativos que tienen vida en Barcelona. La clase trabajadora es culta como la que más, demostrándose a cada paso en los numerosos mítines y reuniones en que toma parte. El trabajador barcelonés es amigo de instruirse, y por lo mismo ama entrañablemente la ciencia y las bellas artes; es generalmente hacendoso y aseado y le gusta discutir de lo que entiende. Su afición a las óperas y al arte filarmónico en general y las numerosas Sociedades corales existentes prueban la pasión que siente por la música, cualidad que le ennoblece y le distingue ante el mundo entero.»

Después de este elogio psicológico para uso de

agentes del Centro de atracción de forasteros, completan su discurso de esta manera:

«La ciudad de Barcelona ha sido en todo tiempo la primera de España y una de las primeras de Europa en implantar los grandes descubrimientos científicos, colocándose siempre a la vanguardia del progreso y la civilización, y, lo que es más admirable, muchas veces, en medio de crisis nacionales, guerras y devastaciones, como lo testifican una infinidad de datos estadísticos: Barcelona ha establecido el primer Tribunal de comercio (1279). También ha sido la primera de Europa en establecer los seguros marítimos (1430). Se construyen buques de gran porte (1330). Se inaugura la primera casa bancaria de Europa (1401). Se escriben las Ordenanzas y Reglamentos de los gremios (siglo XIII). Se funden cañones de grueso calibre (siglo XV). Se funda la Academia de Buenas Letras (siglo XVII). Se inaugura el primer servicio de comunicación en diligencia de España (1818). Se aplica el gas al alumbrado (1626). Se instala la primera fundición de hierro (1832) y la primera fábrica con fuerza a vapor (1838). Se inaugura el primer Museo de Antigüedades (1835). Se establece el primer servicio higiénico de coches fúnebres, y se fleta el primer vapor (1836). Se fabrica la primera máquina de vapor (1838). Se inaugura el primer ferrocarril de la Península (1848). Se instalan los primeros Institutos Industrial (1848) y Agrícola (1851). Y, finalmente, todas las modernas innovaciones que la ciencia ha dado a la indus-

tría, al comercio, a la higiene de los pueblos civilizados, Barcelona ha sido la primera en asimilárselas, debido al carácter activo y emprendedor de sus habitantes, que consiguieron en 1888 celebrar la primera Exposición Universal de España, de transcendental importancia.»

—¡Amén!—digo yo...

•
* * *

Pero lejos de encaminarme luego hacia los suburbios manufactureros donde los barceloneses ganan el oro necesario para mantener y desarrollar el lujo de la ciudad, me asomo a mi ventana de la Rambla, que es el más delicioso de los miradores. Bajo los magníficos castaños que dan sombra a la calzada, un gentío inmenso circula a todas horas. No hay, tal vez, ninguna calle europea cuyo movimiento sea tan intenso y tan continuo. Ante la ola humana que sube, que baja, que ondula, pensé el primer día que la ví: «Debe ser muy difícil atravesarla». Pero cuando me confundí con la multitud, noté que, gracias, a la buena voluntad de todos, el trayecto, en cualquier sentido, es un paseo. ¿Cómo se explicarían, de otro modo, esos innumerables puestos de flores, ante los cuales siempre hay compradoras, esos quioscos llenos de ilustraciones parisienses, que la gente contempla entretenida, esas largas filas

de sillas en las que, día y noche, los que están desocupados, o los que están cansados, gozan del espectáculo de la existencia?... Y si del centro mismo de la población vamos hacia las avenidas más nuevas y menos comerciales, hacia el paseo de Gracia, hacia la Gran Vía, hacia la Diagonal, hacia las Rondas, hacia el paseo de Colón, hacia cualquiera de los admirables bulevares poblados de palacios que dan a Barcelona su esplendor moderno, advertimos en el acto que la circulación es ahí tan intensa y tan amable como en las Ramblas.

¡Ah! La alegría suave, sonora, cordial y risueña de la plaza de Cataluña... ¡Ah, las buenas romerías entre las terrazas del Paralelo!... ¡Ah! las curiosas, las inolvidables horas pasadas en las ventas de la Barceloneta!... Sinceramente, no recuerdo otra población en el mundo donde la vida corriente, sin placeres extraordinarios, sin motivos especiales de júbilo, la simple vida del que se contenta con los goces cotidianos, sea tan grata cual en ésta (1). ¿Es el cielo azul, diáfano y

(1) Ya en el siglo XIV, el cronista Montaner, que conocía el mundo entero, escribía sobre el bienestar de Cataluña estas palabras: «Y nadie piense que Cataluña sea pobre provincia, antes bien quiero que todos sepan que el pueblo de Cataluña es más rico que ningún otro pueblo que yo sepa o haya visto en provincia alguna, si bien la mayor parte de las gentes del mundo lo cree pobre. Verdad es que Cataluña no tiene aquellas grandes riquezas de moneda de ciertos hombres señalados, como sucede en otras tierras, más la comunidad del pueblo es más próspera que pueblo alguno del mundo, y aquí vive la gente mejor y más ordenadamente en sus albergues, con sus mujeres y con sus hijos, que pueblo que en el mundo haya.»

clemente?... ¿Es la abundancia de árboles, de flores, de sitios pintorescos?... ¿Es el bienestar material que se refleja en todos los rostros?... ¿Es la gracia voluptuosa y pálida de las mujeres?... Es todo eso, probablemente, y es también algo más que no acierto a explicarme, un soplo misterioso, un encanto secreto, un sentido peculiárrimo, un «no sé qué», en fin, que hace saborear lo que tiene de dulce la existencia...

* * *

Respirando ese soplo de bienaventuranza, veo esta tarde, desde mi ventana, el constante desfile. Todo el pueblo está representado en la masa palpitante. Hay ahí militares, clérigos, gente joven, gente vieja, pobres, ricos, burgueses, muchos burgueses, y también muchos obreros. Hay, además, para embellecer el conjunto con las notas claras de sus trajes, mujeres, casi tantas mujeres como hombres... Y yo pienso, con tristeza, al evocar disturbios pasados: ¿Es posible que bajo esta superficie tan serena se escondan siempre amenazas de convulsiones terribles?... ¿Es posible que este pueblo sea, desde hace muchísimos años, la capital de España más agitada, más peligrosa, más dispuesta siempre a cambiar sus canciones en rugidos?... No hay en el mundo muchas ciudades que se encuentren en iguales condiciones. Su tranquilidad, según dicen, está a la merced

de un Comité de huelga, de un grupo regionalista, de cualquier cosa... Y, no obstante, nadie parece inquieto, nadie parece siquiera pensar en otra cosa que en divertirse...

* * *

Quéjense los castellanos y los andaluces aquí establecidos de la especie de barrera moral que los obliga a vivir aislados. Uno de ellos, editor y millonario, escribíame poco ha con un poco de melancolía y también con un poco de orgullo: «Treinta y cinco años llevo en Barcelona, y me siento tan forastero cual el día en que llegué». Las observaciones de esta especie han acabado por convertirse en lugares comunes. No hay hombre venido de otras regiones de España, en efecto que no proclame, con acento de queja, su soledad moral. Y naturalmente todos ellos sacan de sus casos particulares una conclusión general que puede condensarse así:

«Los catalanes ven con ojos hostiles a los que no son nacidos en Cataluña, a los que no hablan catalán, a los que no comulgan en la fe catalanista.»

¿Es esto exacto?... Para saberlo a punto fijo habría que preguntar a esos mismos forasteros que viven al margen de la sociedad indígena:

— Pero vosotros, ¿estáis seguros de haberos mostrado fraternales?... ¿Estáis seguros de no ha-

ber herido los sentimientos más delicados y más sagrados de esta gente?... ¿Estáis seguros de que vuestro tradicional espíritu de burla ridículamente orgulloso, no ha mortificado el amor propio catalán?... No olvidéis que aquí os encontráis, no en vuestra propia patria, sino en un país hermano, cuyos usos y costumbres debéis respetar. No perdáis de vista esto que escribe Rovira: «Para nosotros, catalanes, los demás reinos de la Península son simples vecinos, por el mismo título que el reino de Francia. Y a pesar de la unión política con los aragoneses, nuestros abuelos consideraban a éstos como gentes de otra raza, de otra nación. El sentimiento de la diferenciación era notorio y arraigado. Este sentimiento perduraba en el siglo xvii. Dice Melo en su *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*, que los catalanes juzgaban como extranjeros los que no eran ellos mismo.» Daos, en suma, cuenta de que sois extranjeros... ¿Esto os duele?... A mí también. Pero, ¿qué podemos contra la realidad?... En el alma de todo catalán, el castellano es un extraño. Ahora, de lo que se trata es de no ser un enemigo, de ser un hermano. Y para esto, ante todo, habría que evitar las burlas que, por lo común, no sólo son odiosas, sino además injustas...

En efecto, aunque los castellanos a quienes así hablo no quieran dar importancia a «esas niñerías», no hay duda de que las sátiras, las caricaturas, las frases de las comedias, las anécdotas de

mesa redonda que se cuentan en toda España imitando el «asento» de Barcelona, son, tal vez, las causas que más agrían al pueblo catalán en sus relaciones con el resto de la Península. Hasta los hombres superiores como Cambó, como Rodés, como Junoy, sufren, según parece, de las sonrisas que sus discursos provocan en el Parlamento de Madrid. Y es en vano decirles: «¡Si lo mismo les pasa a los que hablan con acento sevillano o malagueño!...» Ellos saben que no es lo mismo... Ellos se dan cuenta de que en el modo de caricaturizarlos, hay una hostilidad incurable, una mezcla de desprecio y de envidia, algo, en fin, que denota una antipatía notoria.

Aprovechando el tipo grotesco de algunos viajeros de otro tiempo, que son a Cataluña lo que los aguadores de sainete son a Galicia, se ha creado un fantoche que va diciendo, con voz cavernosa: »*Barchelona ech bonna si la bolcha sonna*», y que llena de gestos truculentos los escenarios cómicos de España y América. Porque es todo el imperio castellano el que colabora en esta obra. Ahora mismo se representa en Buenos Aires una deliciosa comedia de Julio Escobar, en la cual el protagonista es un tabernero *catalá*, que no puede dar un paso sin aplastarle el pie a alguien, ni logra decir una palabra sin hacer temblar los cristales de su tienda...

* * *

Y lo curioso es que no sólo no son así los catalanes, sino que son lo contrario. Buscad en Barcelona al viajante grotesco que habla a voces y que gesticula a puñetazos, y notaréis que es tan difícil encontrarlo, como descubrir a la «bien plantada» de las tetas y las pesuñas proverbiales. Yo me he propuesto, aprovechando mi cosmopolitismo, penetrar; no en los hogares, pero sí en los círculos de hombres solos, en los «medios» más burgueses y más representativos del espíritu culto, en esa amplia escala social en la que fraternizan los impresores convertidos en editores con los manufactureros de abolengo, y los funcionarios provinciales con los periodistas y los intelectuales. En todos ellos, aun en el calor de las discusiones más animadas, he notado siempre una suavidad campechana, un deseo de convencer sin molestar, una gran tolerancia y un sentido de la ironía y de la socarronería, que no se notan en el resto de la Península. Más que a los castellanos y a los andaluces, estos hombres se parecen a los franceses del «midi», amigos de la charla familiar, catadores de buen vino, comedores de ricos bocados, conocedores sibaritas de amenos «rincones», y tan seguros de sí mismos, que desdeñando la vanidad es «añola», se contentan con el orgullo de ser de donde son. Llenos de sentido positivo, no sólo no les agradan los halagos exagerados, sino que ni siquiera dejan pasar sin reservas los elogios que no son exactos. «¡Esto es más hermoso que París!» —decía anoche, en una tertulia, un

cubano. Y todos los que lo oían protestaban de un modo muy sincero contra tamaña alabanza. Pero así como son incapaces de atribuirse bellezas que no tienen, así son tercos e inflexibles, en cuanto se trata de defender sus virtudes o sus ideales. Yo les he dicho, repitiendo una frase de Altamira: «No es lo grave el separatismo político, que podrá siempre resolverse con un federalismo amplio; lo grave es el separatismo espiritual». Ellos, todos ellos, los aristócratas y los plebeyos, los pobres y los ricos, me han contestado siempre con la mayor dulzura: «¡Qué quiere usted! Eso no puede discutirse... Eso es asunto de alma, de raza, de tradición, de sentimiento .. Aun estando seguros de que nuestro separatismo espiritual habría de arruinarnos, no podríamos remediarlo. Somos catalanes».

Luego para ver si tocando una cuerda aquí muy sensible, la del americanismo, lograba hacerles renunciar a sus reivindicaciones de independencia lingüística, les he dicho:

—Renunciando, cual lo hacéis, a la lengua castellana, perdéis el derecho a ser considerados como compatriotas por los hispanoamericanos. Vuestros libros, escritos en español, penetrarían en Cuba, en la Argentina, en Chile, y de seguro influirían en la intelectualidad de aquellos países aumentando vuestro prestigio. ¿Por qué no cultiváis, pues, el idioma de nuestro imperio? Nada perderíais con ello moralmente ni espiritualmente. En cambio, ganaríais lo que va de dos millones

a cien millones de lectores para vuestra esfera de influencia...

Y todos, todos, todos, poniendo sus pasiones por encima de sus intereses, me han contestado:

—Sí...; puede que nos conviniese más hablar la misma lengua que la América latina... Pero es imposible... No la conocemos bien... No podemos... no queremos poder... Y si de algo nos quejamos, no es, por cierto, de que se hable poco el castellano entre nosotros, sino de que se habla demasiado (1).

(1) Ya el caballero Libio, en los «Coloquios de la Insigne Ciudad de Torlosa», publicados el 1557, dice: «—Por esto yo me escandalizo al ver que hoy tan absolutamente se adopta la lengua castellana, hasta dentro de Barcelona, por los principales señores y otros caballeros de Cataluña, recordando que en otros tiempos no daban lugar a este abuso los magnánimos reyes de Aragón. Y no digo que la castellana no sea gentil lengua, y como tal considerada; y también confieso que es necesario que la conozcan las personas principales, porque es la española, que en toda Europa se conoce; pero condeno y repruebo que sea ordinariamente hablada entre nosotros, porque de eso se puede derivar que poco a poco se arranque de raíz la de la Patria, y así parecería que ésta ha sido por los castellanos conquistada.»

Cincuenta años más tarde, el poeta Calça dice lo mismo en estos versos:

«Los catalans, ¿per què deixem la llengua?
català fonch lo Benaventurat.

.....
La Galla, fonch sciencia nomenada
pels catalans antichs de gran renom;
és gran dolor no entendre per què i com
casi per tots és greument menyspreuada.
En castellá tolhom se dóna a esclure,
tenint per cet que e's serà més profit
y donaràn així major delit,
emperó mols no han donat més que rlure.

Esta coquetería de no saber el castellano está tan arraigada, que parece una consigna. El primero que, hace muchos años, me sorprendió asegurándome que era incapaz de escribir en español, fué Santiago Rusiñol. Ahora es Ignacio Iglesias quien me dice lo mismo, y no con dego catalán, no, sino con un purísimo acento como ya quisiera tenerlo para hacer olvidar su historia de renegado D. Joaquín Salvatella. En cuanto a Guimerá, todos saben cuán absoluta es su intransigencia en este punto. «No hablemos de eso»—me dice a menudo sonriendo.

—Es triste—suelo contestarle yo.

Y los que me oyen, en coro, con un poquito de burla—exclaman.

—Puesto que los únicos perjudicados somos nosotros, que nos dejen tranquilos... El sacrificio lo hacemos con gusto, si hay en ello sacrificio...

* * *

En los escritores el sacrificio existe y se nota, mejor que en ninguna parte, en Barcelona misma... Porque nos encontramos con un absurdo que, bien meditado, podría tranquilizar a los castellanos que viven inquietos pensando en el problema catalán desde el punto de vista literario. Hay aquí, en este momento, sin exagerar, cien salas de espectáculo en las cuales se habla o se canta. Hay teatros de ópera y de opereta; hay

teatros de comedia en los que actúan los más eminentes actores madrileños; hay *music-halls*, y hay, sobre todo, cafés conciertos poblados de cantadoras. Pues bien; buscad entre esos lugares, en algunos en los cuales se pueda oír algo en catalán y no los encontraréis... Hay diarios de todos los matices políticos: grandes diarios ilustrados y grandes diarios llenos de informaciones... Uno solo, entre ellos, se publica en catalán, y, según todo el mundo, es el que menos se lee... Hay centenares de casas editoriales y de librerías, librerías francesas magníficas, llenas siempre de gente; librerías castellanas innumerables; librerías internacionales también... Buscad librerías catalanas y no encontraréis sino una que es al mismo tiempo papelería y en la que, por lo general, no se ven muchos compradores...

Diréis:

—Pero es, sin duda, que no hay actores, que no hay autores, y que el público tiene que contentarse con lo de fuera.

A esto nos contesta en su libro sobre *El arte dramático en el resurgir de Cataluña*, D. Francisco Curet:

«Asistid a cualquier representación teatral catalana, que no tenga carácter político o solemne, y contaréis con los dedos de una mano a los primates catalanistas que se dignan honrar el espectáculo con su presencia. Los que faltan los hallaréis en los toros o en cualquiera de los teatros en donde se representen obras castellanas. Dos casos

edificantes, rigurosamente verídicos: una personalidad preeminente del regionalismo alegaba como excusa para no asistir a las funciones del teatro lírico-catalán que se daban en el Tivoli, el estar abonado al género chico, que tenía su sede en el teatro Eldorado. Más recientemente un prestigio, también nacionalista, de la izquierda, al inaugurarse la temporada del Sindicat d'Autors Dramàtics Catalans en el últimamente referido teatro, dejó el abono de nueve butacas que tenía constantemente en dicho coliseo mientras se representaba en castellano».

¿Quiere esto decir que, literariamente, espiritualmente, los catalanes no son tan nacionalistas como políticamente?...

No.

* * *

Muy a menudo, en el curso de nuestros paseos por la ciudad, mi compañero me dice:

—Hay algo aquí que me hace pensar en París.

—A mí también—le contesto.

Pero mientras él no se refiere sino al lujo de los escaparates, a la alegría de los conciertos, al esplendor de los cafés, a la abundancia de los árboles, a la elegancia de las mujeres, yo, por mi parte, pienso en las calles estrechas y negras que de la Rambla van hacia el paseo de la Industria o hacia el mar, formando, alrededor de la Catedral y de

las Casas Consistoriales, un laberinto pintoresco, extraño y anacrónico, en el cual la vida moderna, muy activa y muy laboriosa, se desarrolla en un marco medioeval. Porque lo admirable y lo singular, aquí cual en París, es que nada está muerto, nada se halla apartado de la corriente de la existencia actual, nada se inmoviliza con languideces de relicario. «¡Qué hermosos palacios!», piensa uno contemplando fachadas blasonadas y balcones dignos de figurar en los museos arqueológicos. Y se acerca... Y por las ventanas entreabiertas, ve que aquello que parece mansión solariega está convertido en oficinas de Compañías navieras, o de Bancos, o de Sociedades de Seguros... El comercio no es en Barcelona incompatible con el antiguo linaje. Los condes que son armadores y los marqueses que tienen tiendas, inspiran al pueblo mucho más respeto que los aristócratas que no hacen nada. Y no creáis que esta gente sea enemiga de la nobleza. Al contrario. En ninguna otra capital española suena tanto un título. Lo que pasa, es que cuando al nombre se puede agregar un adjetivo industrial, resulta como si el que lo lleva ostentase un cuartel más en su escudo. Lo mismo sucede con las calles. Por legendarias que sean, si no tienen tiendas y oficinas, no inspiran gran simpatía. El «¡Arriba los muertos!» del guerrero francés, es, en Cataluña, un grito simbólico de progreso. Y si alguien viniera a decir «Ponedle siete cerrojos al sepulcro de D. Jaime el Conquistador para poder ver hacia adelante», nadie com-

prendería tal «boutade». En este pueblo fuerte, de los sarcófagos de piedra que guardan las cenizas de los héroes locales, sólo salen lecciones de energía, consejos de lucha, salmos de vida y esperanza... Es un espectáculo moral de una grandeza extraordinaria, en efecto, el que contemplamos cuando nos damos cuenta de lo unidos que aquí van el pasado y el presente. Paraos ante una estatua o ante una lápida y pedid a un burgués cualquiera que os hable del personaje cuyo nombre está eternizado en el mármol o en el bronce. Lo primero que notaréis, si se trata de un héroe catalán, es que no os dice nunca «ese fué», sino «este es»... Este «es» Fivaller, este «es» mossen Borrà, este «es» Rocafort, este «es» Pablo Clarís, este «es» el capitán Cabanyes, este «es» Berenguer de Entenza, este «es» Gralla... Y en cada historia, descubris sin dificultad lo que sigue siendo, como elemento psicológico, una amenaza, una lección, una promesa, un consejo...

—Este Fivaller que veis aquí tan humilde—nos dicen—es uno de los concellers de la ciudad. Cuando el primer rey de origen castellano que en Barcelona hubo, el famoso Don Fernando de Antequera, quiso violar nuestras leyes negándose a pagar el impuesto de la carne, sus compañeros del Concejo delegaron a Fivaller para ir a Palacio a pedir al monarca que cumpliera, como todos los demás, lo que mandaban las Ordenanzas, y que recordara que antes de ceñir la corona había jurado respetar los privilegios de la ciudad. Y tan

bien y tan enérgicamente habló nuestro conceller, que el Rey, después de amenazarle, acabó por inclinarse y pagar...

Sin duda ninguna, a los catalanes les halaga que un conceller de la ciudad haya humillado así a un rey de origen castellano. Pero hay que hacerles la justicia de que, cuando se trata de defender sus fueros o sus leyes y de hacer triunfar el derecho, ni a sus más amados monarcas nacionales perdonan. Con el mismo orgullo con que todos hablan del acto municipal de Fivaller, los historiadores de Don Jaime el Conquistador dicen:

«Des de Montpeller D. Jaume havia enviat una carta al vescomte de Cardona requerit-lo novament per no haver entregat els castells de Cardona, Gastellví, Cubells i Camarasa.

»El vescomte de Cardona li digué que estava disposat a mostrar ses cartes i drets al bisbe d'Oscaca, per a demostrar-li que ell estava dintre la justícia dels usatges.

»El plet del monarca amb els barons s'empitjorà quan D. Pere pretengué que les dones no podien heretar, denguet passar en aquest cas els feus a la corona real.

»Apoiant-se aquesta nova costum, reclamava a Bernat de Orriols unes terres que Guillem Pons de Torroella li havia donat com a dot de la seva filla.

»El barons, per a defensar els usos i costums de la terra, es reuniren a Solsona disposats a fer armes si el monarca continuava atropellant-los.

»A l'arribar a Girona, D. Jaume s'enterà de lo que succeïa, desaprovà lo que son fill havia fet, i demandà als barons que depossessin la seva actitud, pero els barons li digueren que ells estaven disposats no a protestar de la disposició de don Pere sinó a defensar els costums i usos, que tampoc acatava el monarca al fer presió per a que Ramón Fole-li entregués els castells de Cardona i altres, que des de fei més des trecents anys la seva familia tenia en franc alou i que mai havien sigut entregats.

»Al cap de poc, el rei es trobava a Barcelona i rebé un missatge dels barons en el que li demanaven el retorn dels castells presos, sometent-se al fallo de la Cort i entregant-los si aquesta decidia que fessin l'entrega.»

¿Queréis otra página igualmente bella? Hela aquí tal como la encuentro en un libro popular:

«En tiempos de Aifonso III, la esposa de éste, Leonor de Castilla, había obtenido la donación de algunas villas del reino de Valencia para su hijo, a lo cual se opusieron los valencianos, alegando las leyes de la tierra. Acudió al rey una diputación de éstos, y en su nombre habló Guillermo de Vinatea, quien discutiendo el caso con Alfonso III, le dijo: «No podéis hacer nada contra nosotros, porque como hombre no estáis por encima de nosotros y como rey lo sois por nosotros y para nosotros.» La reina Leonor, que estaba presente, no pudo contener su ira ante aquel libre lenguaje, y exclamó, en lengua castellana: «No

oiría eso el rey de Castilla, nuestro hermano, sin mandarlos degollar a todos en seguida.» A lo que el rey catalán replicó: «Reina, reina, nuestro pueblo es libre y no esclavo como el pueblo de Castilla. Ellos nos tienen a Nos como señores y Nos a ellos como buenos vasallos y compañeros.»

»Y así uno de nuestros monarcas pudo pronunciar ante las Cortes estas palabras: «Ved vuestras constituciones y privilegios, y decidme si no sois el pueblo más libre de la tierra.»

—¿Y este Claris, de quien habláis tanto?...

—Este—contestan con un resplandor de orgullo en las pupilas—, éste es uno de los grandes concellers de Barcelona... Durante nuestra guerra con Castilla, en tiempo de Felipe IV, él fué quien firmó con Francia el famoso Tratado de alianza de 1640, y el que, poco después, hizo proclamar al rey francés Luis XIII conde de Barcelona, con tal que respetara los pactos y libertades del Condado. Por desgracia, en la batalla de Montjuich, que fué una victoria barcelonesa, sucumbió este sublime representante de nuestros derechos...

* * *

Tan grande amor por los héroes que encarnan el ideal nacionalista, explica que en esta ciudad, donde no hay un teatro catalán, ni novelas escritas en catalán, se encuentren a cada paso histo-

rias populares de Cataluña admirablemente hechas para los fines que persigue el nacionalismo. La última, la que ahora compran todos en los quioscos de la Rambla, es un modelo de literatura popular. Cada capítulo contiene una leyenda o un cuento, en el cual aparece siempre glorificado el carácter local. Lo malo para su expansión en el resto del país es que está en catalán. Por eso, en mi deseo de sondear el espíritu orgulloso de este pueblo, he preferido recurrir a otro librito, también muy reciente y muy popular, que se titula *La grandeza de Cataluña*, y en cuyo prólogo leo:

«En tiempo en que España ocupaba el 34° de latitud septentrional hasta el 53 de latitud meridional, es decir, una extensión de cerca de 6.000 millas a lo largo, o sea la mitad de la superficie de la luna, Francia, Rusia, Inglaterra y Austria se repartieron todas sus colonias y los castellanos no protestaron; claro, les prometieron, a cambio, permiso para asesinar a los catalanes.»

Refiriendo luego el sitio de Barcelona por las tropas de Felipe V, el mismo librito dice:

«Los sitiadores perdieron más de 10.000 hombres, 4.000 en el último asalto, y los sitiados 3.000, entre ellos 543 individuos del Clero.

»Los generales Villarroel y Armengol, el marqués de Peral y otros jefes fueron encerrados en duras prisiones; otros fueron descuartizados y sus cabezas puestas en jaulas de hierro en el mismo sitio donde habían peleado.

»El Consejo de Ciento quedó disuelto; las le-

yes, fueros y privilegios fueron quemados por manos del verdugo, y se estableció un nuevo Gobierno igual al de Castilla. Algún tiempo después privóse a Barcelona de su Universidad, y en los barrios marítimos, los más hermosos, se derribaron más de 600 casas para levantar una ciudadela.

»A los ciudadanos se les obligó a que entregaran sus armas (el cuchillo que servía para cortar pan fué unido a una cadenilla, clavado en el canto del extremo de las mesas); en Viella y Valle de Arán aún existen, y, uniendo el escarnio al rigor, «se prohibió hablar y escribir en catalán, »obligando a que el venerable traje de los antiguos concellers fuese usado por los maceros del Ayuntamiento.»

»El día 2 de Octubre se publicó un bando imponiendo pena de muerte al catalán que injuriase a un castellano.»

Todo esto, claro está, no resulta muy apropiado para reconciliar a los catalanes con el resto de España. Pero cuando preguntamos a los nacionalistas si no sería mejor que obras como *Las grandezas de Cataluña* no existieran, nos contestan:

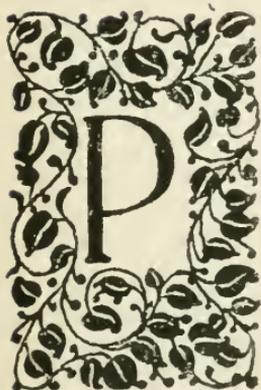
—En el fondo lo mismo daría... Nuestro pueblo no necesita de libros para aprender su historia. En las casas más humildes, lo mismo que en los palacios señoriales de nuestros millonarios, se habla a cada instante de nuestro pasado, uniéndolo a nuestro presente y *pidiéndole* lección para el porvenir.

¿Qué esto es lamentable desde el punto de vista

de la unidad espiritual del país?... Sí que lo es... Y los que experimentamos el orgullo de pertenecer al vasto imperio de la lengua castellana, debemos sentirlo... Pero al mismo tiempo tenemos necesidad de convenir en que, con tal manera de mantener siempre viva la llama de la tradición, Cataluña da al resto de España una magnífica lección de nacionalismo bien entendido y noblemente practicado. Lo que hay que aprender aquí, lo mismo que en Francia, es la continuación de la vida espiritual a través de los siglos, la unión del pasado y del presente, la familiaridad con que el pueblo sigue viendo a los antiguos *cancellers*, la orgullosa convicción que cada catalán abriga, en fin, de que un día u otro habrá de encontrarse en el caso en que se encontraron sus más gloriosos abuelos, y que entonces, animado por la llama del patriotismo, heredada de los Favillers y de los Claris, no se conducirá menos bien que ellos...

Todo esto, que en el paseo de Gracia no se nota, se ve muy claro, muy claro, en el laberinto animado de las calles antiguas, a la sombra de las viejas iglesias y de las Casas Consistoriales, en la colmena activa y anacrónica donde los que acarician ideales de «nacionalismo integral», formado por la colaboración de los muertos y de los vivos dentro de una tradición nunca interrumpida, viven sintiéndose tan contemporáneas del rey Don Martín el Humano como del más yanqui de los yanquis de estos días...

SEVILLA Y SU ENCANTO



ERO ¿no conocía usted esto?—
me preguntan, llenos de extra-
ñeza, los amigos que ven
mis curiosidades y mis entu-
siasmos callejeros.

Yo les contestó:

—No lo conocía...

Porque, en efecto, la Sevi-
lla que yo vi en días de feria,
y que dejó en mi alma una
imagen adorable de locura,
no se parece a la que ahora me seduce. «Sevilla,
Sevilla», decíame, a veces, en mis noches de nos-
talgias remotas. Y al conjuro de esta palabra má-
gica, un panorama de oro, de púrpura y de zafiro
aparecía ante mis ojos alucinados. ¿Me pregun-
táis qué panorama es ese? Pues el que ven
todos los extranjeros: el panorama universal de
los cromos de pandereta. En el fondo, una Giral-
da color de rosa y de oro, destácase sobre un

cielo terriblemente azul. Más cerca se alzan las murallas almenadas del Alcázar, por encima de las cuales asoman sus esbeltas siluetas verdes, los cipreses inmóviles... En un balconcillo florido una muchacha morena, con un cigarrillo en los labios, se pone un clavel sangriento en el peinado, mientras un torero con traje de luces cierra sigilosamente la cancela de un patio lleno de sombra, de misterio y de frescura... ¡Ah! linda Sevilla de exposición universal y de cartel de toros, Sevilla para zarzuelas muy alegres y muy suntuosas, Sevilla que haces soñar a los estudiantes de Oxford y que llenas de suspiros nostálgicos el pecho de los adolescentes germánicos, cuánto te hemos admirado todos en nuestra ignorancia!... Pero, por desgracia, o por fortuna, no eres así. No... No tienes ni ese cielo uniforme de crudo ultramar, ni ese aspecto de feria perpetua, ni esa atmósfera color de llama, ni ese modo algo petulante de reír. No, no, mil veces no... No eres ni teatral ni violenta. Tu encanto, por el contrario, es todo de suavidades, de delicadezas, de matices, de armonía, de sonrisas, de discreción. Y por no tener nada de lo que se ve en los cromos, ni siquiera eres azul y oro.

* * *

Cerca de una semana llevo aquí, efectivamente, y aún no he visto un día luminoso bajo un cie-

lo de ultramar. Los colores crudos han desaparecido entre las pálidas muselinas del otoño, para dejarnos disfrutar de la exquisita tiranía de los matices. Que esto indigne a los yanquis buscadores de apoteosis áureas, lo comprendo. Pero yo confieso que, aun admirando mucho a la otra Sevilla, la del cromo de la feria, no la cambiaría nunca por esta que ahora veo, y que es discreta, y que sonríe y no ríe, y que hasta se da el lujo de ser gris de un suave gris, de flor de malva y de flor de lino, gris como Atenas; y que vive una vida laboriosa, serena, algo altiva, muy dulce, muy elegante, muy aristocrática dentro de su familiaridad; y que no se funde en la soberbia reverberación del sol, sino que deja ver todos sus detalles de claro obscuro y de penumbra, segura de no perder nada al ser observada muy de cerca, calle por calle, rincencillo por rincencillo; y que no está poblada, en fin, de jinetes jacarandosos, de señoritos de chaquetillas con alamares, de mujeres que o van de luto envueltas en mantillas lúgubres de Viernes Santo, o se retuercen, serpentinas y petulantes, dentro de sus mantones ceñidos como fundas policromas...

* * *

Me acuerdo que un día en París Manolo Machado me dijo.

—Yo, para vivir a gusto, o aquí o en Sevilla...

—¿Los dos extremos?—preguntéle.

—No lo crea usted... Mucho más se parecen Sevilla y París, que Madrid y París o Barcelona y Madrid...

Yo atribuí estas palabras a un deseo natural en el gran cantor andaluz de defender a su pueblo contra la perpetua calumnia de los que, exagerando su alegría, su color, su ritmo, la convierten en el marco obligado de todos los cuadros «flamencos». Pero confieso humildemente que me equivoqué, y que ahora encuentro, como Machado muchos puntos de contacto entre Sevilla y París.

En esta atmósfera tibia y traslúcida, suave con suavidades sanas, sin nada de morboso en su languidez, experimento la sensación de encontrarme, realmente, en una de las pocas ciudades del mundo donde se puede vivir. Hay otras, muy bellas, en las cuales se goza con intensidad mientras duran los días de los descubrimientos, pero que, una vez conocidas a fondo, resultan inhabitables para los forasteros. Venecia es una de ellas; Brujas, otra; otra, en Oriente, la divina Damasco... Y es que con esto de las ciudades pasa como con las mujeres. ¿No os acordáis de las palabras evangélicas de Balzac? El gran doctor en ciencias del corazón humano decía: «No perdáis de vista que las mujeres pueden seducir un día, un mes, un año, con sólo su belleza, pero que para adueñarse de toda una vida necesitan tener

un alma fina y activa». De igual modo podemos asegurar que no son los santuarios muertos, por suntuosos que parezcan, los que mejor logran, con el prestigio único de sus reliquias, ofrecernos un refugio durable. Es preciso que a la sombra de las torres antiguas, entre las tapias vetustas, junto a los parques centenarios, las arterias sigan palpitando llenas de sangre nueva.

* * *

Contraste curioso: yo me figuraba a Sevilla perezosa y febril, ocupada en gastar sus nervios cantando, bailando, gesticulando, discutiendo, pero incapaz de una labor seria. ¿Por qué? En parte, por el recuerdo de los días de feria; en parte, también, por culpa de los poetas de la tierra, empeñados, como los novelistas parisienses, en no hacer ver sino lo pintoresco, que muy a menudo es lo convencional de cada pueblo. Pero hoy la realidad de la vida cotidiana se impone y me obliga a convencerme de que, lejos de tener un alma de dejadez vocinglera, esta ciudad es tranquila, es risueña, es cortés, más cortés que ninguna otra de España, y, además, es laboriosa.

* * *

—Vea usted las estadísticas de nuestra industria, de nuestro comercio— me dicen todos.

No hay para qué. Con ver el humo que sube de

las chimeneas en los barrios obreros, con asistir a la salida de los talleres, con asomarme a los laboratorios y a los almacenes, tengo bastante para darme cuenta de que estos meridionales son de los que trabajan y no de los que duermen la eterna siesta de las quimeras.

Pero no es eso lo que más me interesa en mi diletantismo de artista. Que otros cuenten los centenares de manufacturas que, de algunos años a esta parte, se han creado a orillas del Guadalquivir. Yo me contento con pasearme, sin rumbo, sin guía, sin método. Como no conozco los itinerarios urbanos, me pierdo en cuanto me alejo de mi hotel, y no sé si me hallo en barrios pobres o ricos, nobles o plebeyos. Hay aquí, además, si no me equivoco, cierta democracia que nos permite encontrar en las mismas calles, fraternalmente unidos, palacios y caserones burgueses, viviendas pobres cuyo único lujo es un balconcillo florido y edificios magníficos. Una suerte milagrosa ha salvado a la ciudad de la arquitectura extranjera. No hay aquí estilo inglés, ni estilo vienés, ni estilo belga. No hay más que fachadas sencillas, líneas seculares, tapias armoniosas, ventanas ligeras, techos alegres... Hasta las construcciones muy altas, las «maisons de rapport» hechas para alquilar cuartos «con todo el *confort* moderno», tratan de esconder su fealdad, matizando de rosa o de celeste sus muros exteriores. Pero estas grandes *batisses* comerciales son raras y viven sin prestigio a pesar de su «calefacción

central», de sus cuartos de baño y de sus ascensores eléctricos.

Las familias sevillanas prefieren siempre la independencia antigua, la de la casa entera, con su patio y su fuente, su galería y su cancela, a la pajarera moderna, importada de ciudades que carecen de espacio. Y en esto, aunque no lo parezca a primera vista, los parisienses, que viven en compartimientos de inmensas cajas de piedra, se parecen a los sevillanos. ¿Por qué, en efecto, los tenderos de Lutecia trabajan veinte, treinta años, economizando *sous à sous* su peculio? Porque quieren, al retirarse de los negocios, tener una casita en las inmediaciones, una casita gris, con su indispensable escalinata de piedra, con sus imprescindibles persianas, muy verdes, y con su jardincillo ritual... En la metrópoli de Andalucía, lo indispensable es la fuente en el patio y la cancela en el zaguán. Lo mismo da... Yo me enternezco igualmente en Bois Colombes ante el *chalet* donde Bonafoux pensaba morir tranquilo, que en el barrio de Santa Cruz, a la puerta de la casita en la cual Augusto Breal soñó en vivir toda su vida.

* * *

Mas, en realidad, no es una fachada ni cien fachadas, ni es un palacio ni cien palacios lo que constituye el carácter de una ciudad. ¡Cuántos

pueblos han perdido el estilo tradicional de su arquitectura, sin dejar de conservar incólumes su alma y su abolengo!... Sevilla, que tiene la suerte de vivir en un marco delicioso, y que además sabe engalanarlo con delicadas coqueterías floridas, es una de las raras poblaciones del mundo que une bien lo antiguo a lo nuevo, lo poético a lo práctico, lo legendario a lo positivo. Esto no lo ven los que sólo vienen en primavera, trayendo como guía la traducción francesa de *Sangre y arena*... Esto no lo vemos sino los que, sin prejuicios de color local, nos resignamos a abrir los ojos en estos días de otoño que no se prestan a los engaños pintorescos.

—En el fondo—me dice un poeta de los que no cultivan el cante hondo—somos mucho más complicados de lo que nos figuramos nosotros mismos. Los forasteros ven nuestras fiestas y se van luego juzgándonos como juzgaría a París uno que no hubiera visto más que los bailes de la Opera en tiempo de Carnaval. Para conocernos habría que penetrar en nuestras almas, que son serias, ardientes y enamoradas de lo positivo.

Yo, lo confieso, no he visto las almas. Pero lo que observo en la existencia ordinaria del pueblo, me demuestra que hay una Sevilla de la que no se tiene idea en el resto del mundo, ni siquiera en el resto de España. Decid en Madrid: «La existencia sevillana es tan laboriosa como la vuestra, tan europea como la vuestra, tan intelectual como la vuestra», y se echará a reír la gente. Porque

la gente que se figura, en cuanto oye decir Sevilla, que el cromo de una pandereta va a animarse en una atmósfera de fuego. Y, sin embargo, es verdad que, con una elegancia coqueta que se complace, lo mismo que la de la de los parisien- ses, en hacer creer que lo único importante es sonreír, soñar, admirar a las mujeres y decir bromas, los sevillanos trabajan con el cerebro y con los brazos, y son muy formales siendo muy galantes, y son muy activos siendo muy finos, y mientras el mundo les cree sólo ocupados en cul- tivar la poesía de las coplas, se consagran a la prosa de los olivares, de las dehesas, de las fábric- as, de los talleres, del puerto... y también a la del estudio...

—Pero—os oigo murmurar—esa Sevilla no pa- rece ni siquiera española. Es una Sevilla pálida, sin sol, sin esmalte...

* * *

No hay que exagerar. Cuando digo que no es azul y oro, sólo quiero protestar contra las visiones tropicales que encontramos en los cro- mos. Hoy, justamente, gozamos, en pleno otoño, de un clima que la misma Niza envidiaría. El cielo está claro y el aire matinal es tibio. Un re- flejo ligeramente rosado juguetea en las cornisas de ladrillo y acaricia el barro de las macetas. ¡Y cómo vive la ciudad en esta luz, cómo palpita su alma legendaria!... Allá a lo lejos, no muy lejos

aparece, por encima de los techos, por encima de las arboledas, dominando el espacio, una torre maravillosa. Es la Giralda tutelar. Sin que nadie se lo diga, los recién llegados lo saben. Es inconfundible. Es el faro ideal de la población, es el símbolo de la grandeza sevillana. Y así como es inconfundible, sería insustituible. Me acuerdo de que el día en que se derrumbó el Campanile de Venecia, una bailarina de Triana, que acababa de leer la noticia en un periódico parisiense, exclamó poniéndose pálida:

—¡Pensar que hubiera podido ser la Giralda!...

Pero ésta era la única pesimista que existía. Los demás sevillanos saben que la torre admirable no puede derrumbarse nunca. ¿Qué sería Sevilla sin su Giralda?... De sólo figurárselo mi amigo José Nogales se espantaba, hace años, de un modo lamentable. La misma catedral parecía menos digna de ser amada que la Giralda. Y, sin embargo, Dios sabe con cuánta admiración aquel artista cantó siempre la gloria de la gran iglesia. «Cuando el crepúsculo la ilumina —decía—, alza en el azul del cielo sus cresterías caladas, sus finas agujas grises, todo el encaje de granito de su áurea silueta que hace de la piedra oración; del conjunto, plegaria.»

Hablando de este templo, el buen Gautier, que todo lo veía con ojos paradójicos, dice que «no hay pagoda india tan monstruosamente prodigiosa como él». En realidad, si lo de prodigio está bien, lo de monstruoso está mal. Porque todo en

esta Notre Dame andaluza es rítmico, todo en ponderado, todo es claro. La ponderación en la grandeza, he ahí, a mi ver, el carácter monumental de Sevilla. Sólo que esto, los pintores habituales de sus fiestas no quieren notarlo. Yo mismo confieso que no lo hubiera visto, si mi querido compañero Machado no me lo hubiese hecho sentir cuando, pocos días ha, me sirvió de docto cicerone por las calles hispalenses

—No se deje usted influir por sus fantasías de parisiense—decíame—ni les haga usted caso a los hacedores de vistas para abanicos. Aquí no hay nada de moro ni de flamenco en el mal sentido de esas palabras. El aire mismo es suave y tiene caricias de una delicadeza exquisita. En cuanto a la existencia, cuando ha pasado la suntuosidad fúnebre de los cortejos de Semana Santa y la algarabía algo artificial de la feria, es tranquila sin tristeza, noble sin altanería, lujosa sin ostentación. Nuestro único orgullo consiste en enseñar a los forasteros los divinos relicarios de piedra que guardan el recuerdo de nuestros esplendores pasados...

* * *

No son esos relicarios los que a mi más me entusiasman. Edificios grandiosos, en todas las viejas poblaciones españolas los hay. Lo que no se halla sino aquí, es esta gracia risueña en lo que constituye el marco de la vida ordinaria. Ved las

casas, las grandes como las chicas, las linajudas como las plebeyas: sus muros no son blancos, de aquel blanco moruno de Tánger, que hiere la vista; sus balconcillos no están cubiertos de enredaderas románticas; sus azoteas no ostentan toldos de púrpura a la manera de las terrazas venecianas. Un matiz muy suave, malva, celeste, rosado o gris, cubre sus fachadas. En las ventanas hay unas cuantas macetas con más verdura que flores. Los patios, en fin, los célebres patios, son muy sencillos, mucho más sencillos de lo que los sevillanos mismos se figuran.

El verdadero lujo de este pueblo aristocrático y refinado está en lo que no atrae con brusquedades de relumbrón, en detalles que sólo los artistas notan, en el encaje de las cancelas y de las mantillas, en la concha de las peinas, en el reflejo de los azulejos, en el cuero de las botas, en el mármol de los pavimentos, en el trabajo de los alfareros... Esto lo he visto en mis largos paseos por ciertas calles inconfundibles, suaves y limpias, que tienen una poesía penetrante y profunda... Lo he visto cuando, sentado en un café cualquiera de las Sierpes, contemplo el ir y venir grave de la gente. Lo he visto en las iglesias, muy discretas en su lujo, y en los jardines, muy correctos en su esplendor... Lo he visto, en fin, en los barrios bajos, entre gente alegre que, aun después de beber, sabe hablar con dignidad airosa sin levantar nunca la voz...

* * *

¡Ah! ¡Si los ingleses, y los franceses, y también los españoles, quisieran ver con sencillez lo que yo veo, y seguir mis pasos por las calles sevillanas, la visión de la pandereta no tardaría en desaparecer de la retina del mundo! Yo les diría, tratando de imitar el lenguaje pintoresco de los cicerones de otro tiempo:

—Damas y caballeros, seguidme sin temor de que os lleve hasta la casa del señor Monipodio... El señor Monipodio ha muerto, y su Sevilla también. La que yo enseño, es otra Sevilla, es la tierra de María Santísima, la ciudad que todos deben ver antes de morir, para no irse con remordimientos al otro mundo. En días como los actuales, que no son de luto ni de jolgorio, que son días de fiesta y de trabajo a la vez, días de sol que no incendia pero que alegra, días sevillanos, en fin, es cuando hay que ver esto. La puerta que os abro, aunque no tiene la grandeza histórica del antiguo arco imperial de Triana, hace, con su solo nombre, que las verdaderas evocaciones andaluzas comiencen a encantarnos. Es la puerta de la Macarena, la puerta por donde entran los fieles de la Virgen del pueblo, la alegre puerta, perpetuamente sonora de cascabeles de mulos y de risas de niños. Luego, aquella calle ancha y larga, algo polvorienta y muy silenciosa, es nada menos que la de San Luis. Vamos por ella y veremos la fachada de Santa Marina, tan venerable en su vetustez gótica, tan austera en su perfección... Pero no os detengáis ante esas piedras... Llegad hasta

Santa Catalina, bajad por la Apodaca, recorred toda la población, observad, oid y, sobre todo, sobre todo, olvidad lo que habéis leído en las novelas... La Sevilla que ahora veis, es, sin duda, menos bulliciosa, menos llena de claveles, menos sonora de guitarras, que la de cualquier caja de pasas... Mas no por eso es menos bella. ¡Qué digo! Al contrario, en su gracia verídica encontraréis un atractivo tan suave, tan fino, tan noble, que de seguro no os atreveréis a compararlo con el encanto exótico de las poblaciones levantinas que ríen con sus bocas sensuales en los marcos de los bazares, sino que la pondréis en un rincón muy escogido de vuestras visiones íntimas, entre una imagen de Florencia, pintada por Anatole France y un aguafuerte de Toledo, ejecutada por Maurice Barrés...

EN GALICIA

Los árboles.



Lo primero que nos sorprende al penetrar en Galicia, es la gracia risueña del paisaje. Después de las secas llanuras castellanas, después de las rudas montañas leonesas, estos valles verdes, con huertas que parecen vergeles, con senderos como pascos de parque, con sotos encantados, nos hacen creer que no hemos salido del centro de la dulce Francia. Pero de vez en cuando, un inmenso camelio todo cubierto de camelias blancas o un magnolio gigantesco constelado de magnolias color de rosa, nos obligan a darnos cuenta de que realmente nos hallamos en la tierra de la perpetua primavera. En efecto, estos árboles floridos que son del tamaño de un roble y que tienen la gracia de un arbusto

de invernadero, estos árboles que son como ramilletes para la boda de una titana, estos árboles de una belleza casi artificial por lo extraordinaria, estos divinos árboles que son verdaderos milagros vegetales, no existen, en Europa, sino en esta península. Aun en la otra, en la itálica, que, sin embargo, es patria de flores, son menos grandes, menos bellos, menos frondosos. «Los magnolios de España hacen llorar de entusiasmo» decía Jean Lorrain, que sólo conocía Cataluña y Andalucía. ¡Qué hubiera dicho aquí, donde existen los más bellos ejemplares de la raza!

Pero no son sólo los árboles floridos, de una belleza femenina y aristocrática, los que en Galicia resultan admirables. Los negrós encinos, los altos chopos, los temblantes álamos, los esbeltos pinos, tienen también aquí una majestad armoniosa que no se les conoce en otros climas. ¡Y qué decir de los castaños, con sus hojas recortadas y sus claros frutos redondos! Como un *leit motif* de la gran sinfonía verde, aparecen a la vuelta de cada recodo, en lo alto de cada colina, en el centro de cada valle. Desde la ventanilla del tren, los veo pasar, corriendo, en gentiles grupos que parecen buscar los sitios más armoniosos para colocarse. ¡Qué admirable ciencia decorativa la de estos árboles! El más hábil paisajista podría aprender de ellos el arte de la composición. No hay uno solo que esté mal situado. En las márgenes de los ríos o en los bordes de las rutas, en las laderas que suben por las montañas o en el fondo de los ba-

rancos, entre las parras clásicas o en medio de los manzanos opulentos, en todas partes, en fin, los lindos árboles tutelares se agrupan, o se yerguen solitarios, o se alinean en frisos temblorosos; y en todas partes su gracia nos encanta.

— Ya los verá usted relleándose en las rías— me dice mi compañero de excursión.

Villagarcía.

Suavemente recostada en las márgenes de la ría de Arosa, que es una taza de esmalte ante cuya belleza los lagos italianos palidecerían, dijérase, con sus casitas blancas y sus alamedas verdes, una estación de voluptuoso descanso.

—«Elles sont trop belles pour travailler» —murmuran los franceses hablando de ciertas mujeres.

Villagarcía no sólo es muy bella, muy bella, sino que además parece muy frágil, muy ligera, muy incapaz de todo esfuerzo. Su atmósfera es tan transparente, su cielo tan puro, su playa tan dorada, que tiene aspecto de un juguete de Sajonia en un plato de Sévres.

Pero eso no es sino la apariencia.

La realidad es otra, y es muy otra. ¡Como que se trata de la ciudad más importante del mundo, así cual os lo digo, sin exageración ninguna! Considerad, en efecto, que sus habitantes no pasan de cinco mil. Y ahora decidme si conocéis una villa tan pequeña que tenga lo que ésta tiene, que

produzca lo que ésta produce, que trabaje lo que ésta trabaja. En primer lugar, ya que es mi oficio el periodismo, os diré que en Villagarcía hay dos diarios; no tan importantes como *The Times*, claro está, pero tampoco tan dejados de la mano de Dios que no pudieran figurar honorablemente en Madrid. Además de estas hojas que los chiquillos venden todas las noches en las calles, existen tres periódicos semanales. ¿Puede enorgullecerse de igual riqueza periodística otra villa de cinco mil habitantes?...

—¿Tendréis, por lo menos, un par de imprentas? —le dije al amigo que me acompañaba por las calles de la población.

—¿Qué diría usted si le enseñara esta misma mañana ocho? —preguntóme.

—Diría— contestéle - que casi le toca una imprenta a cada quinientos habitantes...

—En todo somos así --concluyó con orgullo.

Es cierto, en todo Villagarcía, es grandiosa. Sus oficinas de telégrafo se cierran a las doce de la noche, lo que en París no se ha podido conseguir aún. Sus bazares, son dignos de una gran capital. Sus tiendas están llenas de objetos de ujo. Sus fotografías son casi tan numerosas como sus imprentas. Sus hoteles, son diez o doce y tienen, en general, mesas admirablemente servidas.

¡Y qué decir de los cafés! En Roma, no hay más que tres: el Aragna, literario y legendario; el Greco, discreto y artístico, y el de la plaza Vene-

cia, cosmopolita y mundano. En Villagarcía también hay tres. Y cualquiera de los tres es más grande que el más grande de Roma. Y en uno de ellos, desde las ocho de la noche hasta las dos de la madrugada, existe una música que ameniza las partidas de dominó y que suaviza las discusiones políticas. En cuanto a los «bares» a la inglesa, con sus altos mostradores de pino luciente y sus camareros vestidos de blanco, son aquí seis, ocho, tal vez diez, que cierran sus puertas muy tarde. Porque los villagarcenses resultan tan noctámbulos como los madrileños. En estos días autumnales en que las noche son tibias, hay grupos callejeros hasta que las primeras luces de la aurora comienzan a esmaltar las aguas de la ría.

¿Y los teatros? Tres hay. Y entre los tres, uno podría muy bien compararse con cualquiera de los de Madrid por su elegancia.

¿Qué otra población de cinco mil almas puede enseñar lo mismo al viajero? Villagarcía, os lo repito, es, relativamente al número de sus habitantes, la primera población de Europa.

Gallegos y gallegas

¿Dónde está el gallego pesado, triste, solemne y terco, que hace reír a los niños con su hablar rudo, con su andar tardo y con su comprender

difícil?... ¿Dónde está el gallego de los chascarrillos, el pobre gallego que se deja engañar por todos, que no piensa sino en guardar avaramente los ochavos ganados a duras penas, que casi no entiende lo que se le dice y que tiene unos tristes ojos espantados?... ¿Dónde está el gallego taciturno y sórdido, el gallego que trabaja como una bestia y que luego se inmoviliza en su rincón miserable, el gallego de los aires de gaita llorona, el adusto gallego de todas las morriñas y de todas las tonterías?... ¿Dónde está el gallego legendario?... En Madrid, en las zarzuelas, se le ve todos los días ejerciendo de mozo de cordel o de ministro, siempre cómico en su seriedad, siempre grotesco en su lenguaje, casi siempre ridículo de aspecto. Pero aquí, en Galicia, por más que lo busco, no lo encuentro. Encuentro, sí, al gallego humilde, que suda en el campo o en el puerto, que hace alarde de su fuerza tranquila y que pena bajo el sol sin quejarse. Encuentro también en las ciudades al gallego de la burguesía, dependiente o funcionario, capitalista o industrial modesto, siempre atento, siempre limpio, siempre activo. Encuentro asimismo al gallego intelectual y cosmopolita, joven por lo común, muy joven y muy culto, lector entusiasta de libros franceses, filósofo y artista a la vez, curioso de todo y de todo enterado. Encuentro, a la postre, al gallego aristócrata que vive en su *paço* o en su *torre*, entre piedras centenarias, en algún lindo rincón de viñas y de castaños, contemplando sin amargura los

campos en los cuales alguno de sus antepasados se distinguió luchando en las filas del duque de Lancaster, del rey de Portugal o del príncipe-obispo de Santiago. Y a decir verdad, en todas estas clases sociales, lejos de ser motivo para que los madrileños rían, véolo para que envidien. Porque tanto el campesino como el burgués y tanto el intelectual como el aristócrata, es aquí muy superior al de Castilla y hasta muy superior al de todo el resto de España, con excepción de Cataluña.

Los nombres de Emilia Pardo Bazán, de Alfredo Vicenti, de Valle Inclán, de Camba, de Rey Soto, de Pérez Lugín, de Murguía, de Linares Rivas, de Carracido y de otros muchos, muchos, que figuran en primera línea en las avanzadas de la cultura española, demuestran lo fecunda que es esta tierra en fuertes cerebros. Pero no es la *élite* lo que me sorprende en la Galicia real, donde ahora me encuentro, sino la generalidad de la gente, tan distinta de su caricatura, que no acierto siquiera a darme cuenta de la causa de la deformación que el tipo ha padecido al pasar de lo vivo a lo pintado. ¿En dónde han visto los fabricantes de zarzuelas y los hacedores de chascarrillos a su *auvergnat* español, tan pesado, tan obtuso y tan risible como su colega el *auvergnat* francés?... ¿Dónde han oído esas frases siempre terminadas en ú, esos acentos siempre llorones, esas coplas nostálgicas siempre pueriles?... Yo, por mi fe, no hallo aquí sino un pueblo claro, que sabe trabajar

y reír, que habla armoniosamente, en un tono musical muy parecido al de América, que comprende todo, que de todo se ocupa con inteligencia, que de todo charla con buen sentido y con noble gracia.

Marta y María.

Nada tienen que envidiarse las dos hermanas enemigas. Viviendo cada una su vida, podrían, en vez de odiarse, ser ambas felices a su modo. Porque, aunque situadas en la misma provincia, aunque colocadas en una misma costa, aunque bañadas por el mismo mar, poseen dos almas distintas. La primera, Pontevedra, es una soñadora, una enamorada de las imágenes, una adoradora de la tradición. La otra, Vigo, es una ciudad de prosa. Pontevedra se ve en las aguas de su ría, y encontrándose bella, se embriaga de orgullo. Vigo no tiene tiempo de pensar en contemplar su imagen, y además ni siquiera sabría dónde mirarla, porque los barcos enturbian perpetuamente las linfas de su puerto. Pontevedra adora la política y aloja en su recinto a diez ex ministros que se entretienen en organizar mítines y banquetes, y en preparar elecciones, y en pronunciar discursos. Vigo lo que aloja son banqueros y armadores y comerciantes, y en vez de oír el ruido de las palabras, complácese en escuchar el retintín de los escudos de oro. Pontevedra es todo

fantasía y Vigo todo positivismo. Pontevedra vive en una perpetua ebullición de ideas sociales generosas y de espléndidas utopías políticas, a la manera de todas las ciudades atenienses, mientras Vigo, que se acuerda de haber sido fundada por los fenicios, lleva una existencia de labor, de esfuerzo y de realidad. Pontevedra se contenta con ser hermosa. Vigo quiere ser poderosa. La ría de Pontevedra es como un lago italiano, en el cual se oye el murmullo rítmico de los remos. La ría de Vigo es una abra de hierro que sabe mezclar el humo negro de sus barcos con los vapores blancos de sus nubes. Pontevedra podría ser la hermana bonita y Vigo la hermana rica. Y juntas, muy unidas, completándose la una a la otra, en vez de detestarse como se detestan, debieran formar la más admirable pareja.

La alegría gallega.

Desde hace quince días me pregunto por qué los gallegos tienen fama de tristes. Y esta fama no se puede decir que es una invención de los franceses, como tantas otras famas españolas. No. Son los gallegos mismos los que se la han creado. «Somos tristes»—escribe doña Emilia Pardo Bazán... «Somos tristes»—escribe Alfredo Vicenti... «Somos tristes»—escribe Murguía... «Somos tristes»—escribe Valle Inclán... Pero la verdad es

que yo encuentro a este pueblo tan alegre, tan risueño, tan ameno, tan feliz, que tengo ganas de preguntar a los ilustres escritores a quienes acabo de citar:

—¿A qué hora sois tristes?... ¿En dónde sois tristes?... ¿Cuándo sois tristes?...

En verano, desde luego, no lo son. Son, por el contrario, regocijados. Son parleros. Son optimistas. Y si no dan voces ni hacen gestos de mal gusto como los madrileños, es porque están muy bien educados.

—Tienen algo de franceses en la apariencia—decíame mi compañero de veraneo.

Mucho tienen, en efecto, de franceses, no sólo en la apariencia, sino en el fondo. La culpa de esto, según Menéndez Pelayo, la tuvo aquel celebrísimo obispo Gelmírez que, en plena Edad Media, se empeñó en afrancesar a todos sus súbditos. «Acrecentóse el influjo francés y aun llegó a verdadero afrancesamiento—dice el glorioso autor de la *Historia de las ideas estéticas*—en la corte de Alfonso VI. Transformó el monacato, puso en moda las costumbres feudales, cambió el rito, cambió la letra de los códices, inundó de extranjero la iglesia española y alcanzó su apogeo en tiempo de don Diego Gelmírez, francés de corazón más que gallego e idólatra de aquella cultura, que quiso imponer a su pueblo.» ¿Es cierto esto? En todo caso el afrancesamiento es efectivo. En la cultura, en la lengua, en las maneras, en todo se nota; hasta en cierta ligereza risueña

y suave que no se encuentra en ninguna otra región de la Península, ni aun en San Sebastián, tan fronterizo.

«¡Galicia, Galia de España, amiga de risas galas! —, me veo a punto de exclamar a cada instante. Pero la idea de que estoy en desacuerdo con todos los gallegos, me desconcierta y me obliga a enmudecer. Porque todos, todos, todos ya sean de Santiago o de Pontevedra, de Vigo o de la Coruña, todos, todos, me dicen:

—Somos un pueblo triste, un pueblo de melancolías, de nostalgias y de morriñas... Nuestro cielo mismo es así. ¿No lo ha visto usted los días de niebla? A veces nos llegamos a creer habitantes de algunas Flandes ibéricas.

Esto último, a fe mía, es cierto. Hay aquí tardes del Norte, tardes de clima septentrional, tardes en que el sol es lívido como un agonizante. Pero esto no influye en el carácter de la gente. Y además, ¿quién ha dicho que los pueblos de más luz son los más alegres y los de más bruma los más tristes? En una aldea de Bélgica, en la penumbra del más turbio otoño, hay más regocijo, más *joie de vivre* que en cualquier ciudad oriental luciente cual un ascua.

—Lo que os pasa— he dicho a algunos gallegos—es que confundís la alegría de la naturaleza con la alegría de la gente. Sin duda en Sevilla hay, en el cielo, en el aire, en la tierra misma, mayor alegría que en Pontevedra o en Villagarcía. Pero la gente sevillana es menos alegre que

la gente gallega. ¡Qué digo! La gaita misma es menos triste que la guitarra, porque, si realmente la gaita llora, en cambio la guitarra gime y se desespera. ¿No lo creéis así?...

En honor de la verdad debo decir que todos, muy finamente, aunque muy categóricamente, me contestan:

—No...

¿Es por culpa de Santiago?...

Porque, eso sí. Santiago es triste, triste... Pero Santiago no es Galicia. Santiago es una ciudad santa como Damasco, un sepulcro sagrado como Jerusalén, un relicario secular como Brujas...

Mi compañero me había dicho:

— Ahí tenemos que ir a pie...

Y a pie, cual los antiguos romeros que venían desde lugares remotos cargados de pecados y de conchas, hemos entrado en este inmenso claustro de granito. No es, ciertamente, el misticismo, ni la voluntad de penar, lo que nos obliga a apearnos de nuestro coche en las inmediaciones de Sar. Es un simple deseo algo novelero y hasta algo *snob*, de decirnos que donde ponemos hoy nuestras plantas profanas millones y millones de peregrinos, envueltos en sus capas y sonoros de sus reliquias, experimentaron, al percibir a lo lejos las torres del santuario compostelano, emo-

ciones inefables. ¡Ah, el recuerdo de aquellas legiones oscuras, de aquellas lastimeras multitudes que pasaban por aquí, entre preces y cánticos, con las almas llenas de zozobras y de esperanzas! En ellas no había curiosidades artísticas como las que a nosotros nos animan. Santiago no era, para ellas, ni un antro de evocaciones, ni un lugar de encanto estético, ni una estación de remotas soñaciones. Para ellas, en este valle verde, no había sino un sepulcro en una cripta y una ilusión de milagros en la atmósfera. Mas, por lo mismo, ellas sentían lo que nosotros no podremos sentir nunca: el soplo divino, la locura sublime, la fe en la bienaventuranza...

Mejor que en ninguna otra parte del mundo, es aquí donde se nota la terrible metamorfosis de las almas a través de los siglos. En Jerusalén, en Roma, en Lourdes, aún se ven desfiles dolorosos que dan a los creyentes una idea vaga de lo que fué antaño la verdadera religiosidad. En Santiago ya no hay sino turistas risueños que, en vez del báculo, traen en la diestra un ejemplar del Baedeker. El viejo historiador Murguía que nos sirve de cicerone en nuestro paseo, y que se duele del abandono en que las almas europeas tienen este santuario, trata de poblar el espacio vacío con imágenes milenarias para disminuir nuestra melancolía y nos recita de memoria una página de su crónica compostelana.

« ¡Ah!—dice—lo que esto fué, en la Edad Media, nadie se lo imagina. Desde mucho antes de

que el obispo Gelmírez llegara a inspirar celos a la propia Roma, la ciudad compostelana vió llamar a sus puertas en demanda de perdón o de consuelo, verdaderas multitudes, que venían a postrarse ante el altar de aquel a quien unos llamaban hermano de Cristo y todos su apóstol. Por cuantos caminos conducían al «lugar apostólico», por mar y por tierra, solos o en grandes caravanas, llegaban diariamente, y depositaban ante el altar que guarda el venerando sepulcro, las penas que los afligían o las ansias inmortales que la piedad o el remordimiento levantaban en sus corazones ingenuos. Sus plegarias resonaban en infinidad de lenguas bajo las bóvedas de la catedral, y en sus fiestas y procesiones tomaban parte hombres de cien naciones distintas. Pero las rosas que ceñían sus frentes y las esperanzas que llenaban sus almas, esas sólo crecían bajo el cielo de Compostela; como sólo bajo su cielo también, se alimentaban los profanos proyectos que le prometían desde luego la supremacía sobre lo más importante de la provincia gallega. Y tan seguras eran las promesas, y tanto se cumplieron, que antes de terminar la décima centuria tenía ya un nombre conocido en el orbe católico, y figuraba como uno de los tres Santos Lugares del mundo.»

En efecto, aquí hubo una segunda Jerusalén, aquí hubo una segunda Roma. Envuelta en perpetuas nubes de incienso y animada sin cesar por el rumor de los rezos, la mística ciudad parecía, entre el resplandor de los cirios, un altar inmenso

de piedra y de oro. Los más gloriosos reyes, los príncipes más ilustres, los más eminentes preladados acudían a sus jubileos trayéndole maravillosos presentes para embellecerlo. Cada joya, cada imagen, cada relicario, cada colgadura, cada lámpara, guarda el recuerdo de las manos augustas que lo colocaron en su sitio. El cuerpo de Santiago el Mayor, que yace en la cripta, había hecho ya de la ciudad el divino lugar de los milagros, cuando la reina doña Urraca logró rescatar la cabeza de Santiago el Menor, para enviarla también aquí. «El día en que el obispo Gelmirez, seguido de todo su pueblo, fué a recibir la santa cabeza—dice la crónica—es uno de los que mayores y mejores cosas vió el mundo.» A cada ceremonia compostelana corresponde, en la leyenda antigua, un súbito florecimiento de prodigios celestiales. Lo que hoy se ve en Lourdes, no es sino un pálido reflejo de lo que aquí pasaba antaño.

—¿A qué atribuye usted—preguntó a mi amable cicerone—la decadencia de las peregrinaciones a Santiago?

—En primer lugar—me contesta—a la decadencia general de la fe religiosa. Muchos de los pueblos que aquí venían en cortejos infinitos, pertenecen hoy a la Iglesia protestante. Además, desde hace largo tiempo, las publicaciones contrarias a la tradición compostelana se han popularizado en Europa. Los trabajos eruditos de monseñor Duchesne, demostrando que el apostolado de Santiago en España es una pura invención, son muy

conocidos ya, y, naturalmente, nos hacen daño. «¿Por qué—pregunta Duchesne—la tumba gallega ha de considerarse como la del apóstol, puesto que nada prueba que lo sea?» A esto podría contestársele que si no hay nada que lo pruebe, tampoco hay nada que lo niegue. La f ase que San Jerónimo pone en labios del Señor, cuando habla de los apóstoles, es neta. «Estos pescadores—exclama Jesús—están reparando sus redes para ir a predicar el Evangelio desde Jerusalén hasta Iliria y España.» La Iliria fué patrimonio de San Pablo y España de Santiago. En la Edad Media, nadie dudó del sepulcro. Carlomagno vió en el cielo el camino de Santiago, cuyas estrellas unían al reino de Aquitania con el reino de Galicia.

Esta cuestión del apostolado de Santiago y de la autenticidad de sus restos, que tan poéticamente trata Murgía, es una de las que más preocupan aún a los doctores en hagiografía. La historia eclesiástica ha tenido que esperar la bula de León XIII para dar fe a la leyenda. Pero la leyenda es tan poética, que no tuvo ni necesidad de apoyos pontificios para arraigarse en las almas de la Edad Media. Y la leyenda dice:

«Después que el afortunado discípulo, testigo del sublime espectáculo del monte Tabor, hubo predicado el Evangelio en Damasco, vino a Galicia a instruir en la nueva fe a los paganos.

«Aquí permaneció el apóstol Santiago durante siete años, al cabo de los cuales continuó su santa misión por tierras de Aragón, en donde gozó de

la aparición de la Virgen, que los naturales de aquel país tanto honran con el nombre de Virgen del Pilar. Siguió por las llanuras castellanas y Andalucía, retornando a Jerusalén, donde fué degollado por orden de Herodes.

Sus discípulos, guiados por un ángel, condujeron, durante la noche, el cuerpo de Santiago hasta la ciudad de Jopa, y desde este puerto se dieron a la vela, aprovechando una embarcación que providencialmente encontraron, la que fué impulsada por vientos siempre favorables sobre una mar tranquila en la que tan sólo resonaba el aleluya de los sacerdotes. Así navegó la embarcación hasta llegar al puerto de Iria Flavia, próximo a Santiago.

«Un anacoreta vió una noche un lucero que iluminaba el lugar donde el cuerpo había sido depositado por sus compañeros de navegación.

»Notificado el suceso al obispo de Iria, a cuya diócesis pertenecía el monte, quiso comprobar el hecho por sí mismo y se dirigió prestamente a dicho monte, acompañado de los sacerdotes de su iglesia y de mucha otra gente.

»Al día siguiente de la llegada, que según la mayor parte de los historiadores, era el 25 de Julio del año 813, el obispo Teodomiro «Foy a aquel lugar onde estaba o alto Robre, desfacendo e cortando a espesidume dos Robres fasta que chegaron onde estaba a Santa Coba. e entrou dentro e viron que estaba labrada e con dous arcos, e o Moymento debaixo dun altar pequeno e encima

unha Pedra e a os lados outros dous Moymentos, que non eran de tanto altor, e puseronse en orazon e jajuon todo o pobo e abriron e vieron ser o Santo Corpo do Apostolo que tiña a cabeza courtada, e o Bordon dentro nun letreiro que decía: Aquí jaz Jacobo Filho de Zebedeo e de Salomé, Hirmao de San Juan, que matuo Herodes en Jerusalem e veu por mar co os seus discípulos fasta Iria Flavia de Galicia, e veo nun carro e bois de Lupa». Tal es lo que con referencia a la invención de los santos cuerpos se lee en el libro de la «Hermandad de los Cambeadores», que D. Alfonso II estableció en el siglo IX «en honra do Apostol e de Santo Ilafonso».

Hoy, por desgracia para las almas piadosas, Santiago entero es un sepulcro de palacios, de torres y de pórticos. Su vida, que había nacido junto a un cuerpo santo, se ha desvanecido al viento de la incredulidad moderna. Y en vano los Gobiernos se esfuerzan por animar esta tumba con el rumor de las Universidades. La misma vida estudiantil tiene, bajo este cielo, entre estos claustros negros, a la sombra de estas torres milenarias, algo de espectral, algo de helado.

Varias horas llevamos recorriendo las calles. A cada momento algún pórtico blasonado, alguna tapia carcomida, algún ventanal labrado, alguna columnata incompleta nos hace detenernos para admirar los vestigios del esplendor antiguo de la metrópoli gallega. Joyas de arte, altas y puras joyas de una belleza severa, las hay por todas

partes, alrededor de la maravillosa catedral. Con sólo el hospital, y el colegio de Fonseca, y el convento de San Francisco, y el palacio de Gelmírez, bastaría para que Compostela tuviese derecho a figurar entre las más ricas «villes d'Art» del mundo. Con sólo el Pórtico de la Gloria, prodigio de prodigios, hay lo suficiente para que su catedral caótica e incoherente desde el punto de vista de la arquitectura general, pueda rivalizar con las más extraordinarias basílicas de Europa. Con sólo su atmósfera, tan propicia a la evocación de tiempos legendarios, hay lo suficiente para que Santiago se proclame la hermana de Toledo...

Pero la tristeza de la ciudad es tal, su silencio es tan augusto, que llega uno, poco a poco, a sentirse angustiado en su recinto. Al anochecer, sobre todo, cuando entre los portales de sus calles los raros transeuntes toman vagas formas de fantasmas, cuando el aire se llena de melancólicos rumores de avemaría, cuando la penumbra envuelve las torres dándolas una grandeza de arquitecturas de ensueño, cuando todo es recogimiento, en fin, algo hay de medroso en el aire que se respira. Sólo que, lo repito, Santiago no es una ciudad de Galicia, sino un santuario de la humanidad...

Las mujeres de la Coruña.

Mi compañero de viaje me pregunta:

—¿Has visto algo más bonito que esto?

Y sinceramente le contesto:

—No...

Porque en realidad no hay, en ninguna parte del mundo, un espectáculo como el de estas tardes coruñesas. Hay, sin duda, en Madrid, una calle de Alcalá por la cual pasan, envueltas en los resplandores del crepúsculo, la más lindas damas de Castilla. Hay en Niza, bajo las enramadas de la Promenade, un desfile perpetuo de bellezas cosmopolitas. Hay en Estrasburgo, en el Broglie umbroso, todo un enjambre de parleras muchachas siempre alegres, siempre sonrientes. Hay en San Sebastián, en las mañanas estivales, entre los frágiles tamaris de la playa, cortejos femeninos que se destacan como frisos antiguos en el esmalte del espacio. Hay en París, en fin, no en los Campos Elíseos, no en el Bosque de Bolonia, sino allá del otro lado del Sena, en el amable bulevar Saint-Michel, en el bullicioso país latino, un incesante y alucinante ir y venir sin prisa de delicadas niñas cuyos ojos hablan de amor con ingenuidad y sin pudor... Pero lo que hay aquí de encantadoramente provinciano, de suavemente tentador, no lo hay en ninguna otra parte, os lo repito.

Aquí, desde que el Poniente enciende sus llamas sobre el mar, las estrechas calles céntricas empiezan a poblarse de mujeres exquisitas que no parecen ir a ningún sitio definido, ni buscar nada, ni pensar en nada, ni desear nada.

—Se pasean— dícame mi amigo.

Sólo que esto tampoco es exacto. El paseo supone ciertas condiciones. Se pasea por el Prado, por el Prater, por el Bosque de Bolonia. Mas en estas calles estrechas, no se explica el paseo, sobre todo cuando hay, un poco más lejos, amplias explanadas y jardines admirables y playas de ensueño, siempre desiertas.

—¡Así son nuestras mujeres!— exclama mi compañero.

¡Mujeres singulares y divinas!

Aunque digo mal. Singulares, sin duda lo son. En cuanto a divinas, no. Son, por el contrario, muy humanas, muy voluptuosamente humanas, con sus cuerpos esbeltos, con sus bocas frescas, con sus ojos tentadores. Como si renegaran de su origen céltico, no tienen en las pupilas esa gota de mar glauco que en Bretaña y en Irlanda hace pensar en el infinito del cielo. Pero si no son hermanas de las muchachas de Osián, tampoco parecen serlo de las heroínas de Lope. Nada, en efecto, hay en ellas de español. El tapado iría muy mal a sus pechos floridos y las dueñas no podrían seguir sus pasos rítmicos por estas estrechas calles hormigueantes.

— Es cierto—me dice mi amigo—que los sombreros, los vestidos, los zapatitos, las medias, todo lo exterior, en una palabra, viene de París y es parisiense. Pero el fondo es muy español...

¡Qué tiene que ver con el fondo un caballero que no hace más que contemplar a las mujeres por la calle! Que sean muy castizas como alma,

allá ellas. El alma no se lleva en la *toilette*. Lo que sí se lleva, que es el tono, la gracia, el *chic*, lo que se enseña, lo que se ostenta, mejor dicho, eso aquí, en esta capital de provincia, es mucho más parisiense que en la orgullosa Madrid. Con la mano en el pecho, juro que no hay, fuera de Barcelona y de Sevilla, en toda España, una mujer tan elegante, tan discreta, tan bonita y tan airosa como la bonita gallega de la Coruña. Sin nada de nerviosidad, es, en el andar, en el moverse, en el ondular, de una gran delicadeza rítmica. Su delgadez fina, sería celebrada en Francia cual un triunfo de la línea pura. Sus ojos son maravillosos de expresión inteligente, y en sus labios hay tanta voluptuosidad unida a tanta gracia suave, que uno no puede, por más helada que tenga el alma, dejar de sentirse emocionado al hallarse prisionero en esta red infinita de sonrisas que en las estrechas calles, a la hora del ir y venir crepuscular, nos aprisiona, y nos encanta

La casa de Rosalía.

A media hora de la ciudad, en las márgenes de un río plateado, entre parras frondosas y manzanos fragantes, hay una casita baja, que trata de ocultarse detrás de unos cuantos rosales.

—Es la casa de Rosalía Castro—me dice mi cicerone.

Y de pronto, ante esta visión idílica, en este cuadro paradisiaco, veo surgir en mi mente la tierna imagen de la gran poetisa gallega, no vestida de noble dama, sino con un traje de aldeana, igual a su alma aldeana. Porque aquella mujer extraordinaria que escribió con una perfección académica en su lengua natal, cuando aún el renacimiento gallego no estaba sino iniciado, y que para los eruditos de la Coruña pasa por un doctor del sabio decir, no fué, en realidad, sino una campesina que cantaba sus penas y sus goces con una inconsciencia de pájaro libre. Mi amiga muy ilustre, doña Emilia Pardo Bazán, asegura que no hay en Galicia poeta más correcto, más pulido y que con más «ciencia» haya escrito, que la autora de *Follas novas*. Yo, que apenas sé gallego, no puedo hablar de perfecciones retóricas. Mas lo que sí puedo es decir que con todo y su sabiduría, la buena Rosalía no fué sino una hermana de los rosales y de las parras de su huerto, una planta humana, tan espontánea, tan natural, tan sin artificio, que apenas se concibe que haya escrito. Sus cantares suenan mejor oídos, que leídos. Son suspiros o caricias, lamentos o bendiciones. Y aun en los días en que la gran poetisa quiere mostrarse impersonal, y en los cuales, abandonando su suave lirismo, nos habla de amores o de trabajos ajenos, sus palabras conservan algo de confidenciales. No es una narradora como su hermano Mistral. Es una contadora de cuentos. La sutil Pardo Bazán sintió esto en la época en que los

demás críticos gallegos pensaban de modo distinto, y lo expresó con una gracia llena de poesía:

«Lo que ha de conservar - dijo—en Rosalía eterno frescor - como esas hierbas que todos los años, la víspera de San Juan, echamos a serenar en agua y nos producen la ilusión de que no existe el invierno, y sólo remanece la primavera germinal y amorosa—son las églogas sencillas y robustas a la vez, donde parece que respiramos el prolífico aroma de la tierra removida; la página de amor del Romeo y Julieta campesinos, que no acaban de despedirse por más que los gallos han cantado anunciando el día; la oración de la moza soltera a San Antonio bendito, pidiéndole con mucha necesidad un hombre, aunque sea tamaño como un grano de maíz; los terrores supersticiosos de la aldeana que ve al fatídico «moucho» al lado de la fuente de la Virgen, cerquita del cementerio, mirándola de hito en hito con sus ojos encendidos como brasas; la desterrada que pide a los aires de su país que la lleven allá, porque se va quedando descolorida y morena como una mora, como si chuponas brujas le bebiesen la sangre; la pobre madre de familia, rodeada de su pollada de criaturas, lavándolas, diciéndoles los requiebros sublimes que sólo las madres saben discurrir, pero lamentándose al mismo tiempo de que los higos están duros, de que el gato y el perro le roban la comida, de que las gallinas del vecino se cuelan en su corral a vivir de prestado; la socarrona vieja mendiga, sorda de conveniencia,

que, fingiendo humildad, sabe coger el mejor sitio y apartar la mayor tajada en la fiesta nocturna de los ricos montañeses. Esto, las romerías con tan gajo colorido pintadas, la alborada, cuyas notas breves y regocijadísimas parecen gorjeos con que las aves saludan a la aurora, la cómica silueta del gaitero, Tenorio engañador de «nenas», y otras mil cosas no menos genuinas y gallegas, son, lo repito, la sal sabrosa, la miel de panal nuevo que los versos de Rosalía destilan.» Esta humanidad, que tan gentilmente evoca doña Emilia, es, en efecto, el humilde universo en el cual se mueve Rosalía Castro. Esos personajes de aldea, esos galanes, esas brujas, esos mendigos, esos labriegos, tienen, para la gran poetisa, más importancia que los señores académicos de la Coruña. Viviendo con el pueblo, era la encarnación humilde de las virtudes del pueblo.

—No me extraña—le digo a mi amigo—que su casita se haya convertido en un santuario para los gallegos.

Mi amigo sonríe con amargura.

—Pero, ¿quién cree usted me pregunta—que ha adquirido esa casa?... ¿Quién cree usted que ha reunido en ella las reliquias de la gran poetisa?... ¿Quién cree usted que sirve de vestal para que el fuego del recuerdo no se consuma?

—No sé... Probablemente el Municipio... o la Academia gallega... o los poetas regionales...

—No... no...

—Entonces será alguna admiradora muy rica y muy generosa...

—Una admiradora es. Pero no muy rica. Y sobre todo, no es una gallega, no es ni siquiera una española, sino una inglesa... ¡Si; asómbrese usted; pásmese usted!... Ha sido necesario que una rubia dama venida de Londres se enamorara de la poesía de esta región, y considerara a Rosalía cual la más grande de nuestros poetas, para que la casita que usted acaba de ver no fuese vendida a un comerciante que la habría convertido en granja de labor. ¡Y si viera usted la sencillez con que esta extranjera lo ha hecho todo! Primero compró la finca con los muebles que habían pertenecido a Rosalía. Luego se consagró a reunir todas las reliquias poéticas que sirven a mantener vivo el recuerdo de un ser superior. Cual si se tratara de Goethe o de Víctor Hugo, buscó los retratos, los tinteros, los papeles, las plumas y libros que habían pertenecido a la ilustre poetisa. Una vez que todo estuvo en su sitio, abrió discretamente las puertas al público. Todo el que quiere respirar la atmósfera de nuestra buena cantora de *Follas novas*, puede penetrar libremente. La casita es del fantasma querido y sus amigos tienen derecho a visitarla.

Tristemente mi amigo exclama:

—¿Cree usted que esto podría pasar en otro país del mundo?

—Sí—le contestó—. Sí, en muchos otros...

Y para consolarlo, le refiero la historia de aquel

buen paraguayo que habiendo un día oído decir que ningún francés había aún tenido la piadosa idea de plantar junto a la tumba de Musset el sauce pedido por el poeta, hizo el viaje hasta París, llevando en su sombrero el arbolito llorón que hoy vemos todos en el cementerio donde el poeta de *Las noches* duerme su sueño eterno.

Las hadas.

Mi compañero de excursiones me lleva a visitar una huerta en las inmediaciones de Villa Juan, a media hora de Villagarcía. En un patio obscurido por la sombra de una higuera centenaria, recíbenos gentil y campechanamente una anciana, cuyos ojos claros brillan, entre los párpados arrugados, con fosforescencias misteriosas.

—¡Buenos días, abuela! —dícela mi amigo.

—¡Buenos, rapaz! —contesta ella.

Y tratando de incorporarse, deja en el banco de piedra donde está sentada el libro que leía.

—¿Siempre el *Libro de San Cipriano*? —la pregunta mi compañero.

—Siempre, rapaz, siempre... A mi edad no se lee otra cosa... Ya ves que apenas logro moverme... Las peras se caen de las ramas sin que yo pueda ir a recogerlas, y las flores del huerto se marchitan sin que yo las vea... De aquí no me muevo sino para meterme en casa... Pero tú, que

eres mozo, lleva a ese señorito a que pruebe las frutas; los melocotones están buenos ya tú sabes dónde...

Bajo las ramas, cargadas de olorosos duraznos, de manzanas tentadoras, de ciruelas aterciopeladas, mi amigo me pregunta:

—¿Conocé usted el *Libro de San Cipriano*?

—No —le contesto.

—Es la biblia de nuestros campesinos... Doña Emilia habla de él con algo de desdén, llamándolo catecismo de patrañas cabalísticas. Pero en realidad es la obra más interesante que hay en el mundo. El mismo mariscal Ney, que se había reído a menudo del *Oráculo* que Napoleón consultaba en los momentos graves, encariñóse aquí con nuestra obra de hechicería hasta el punto de no separarse de ella durante toda su campaña de Galicia. «¡Que San Cipriano me asista!» —solía decir—. Pero claro, que el patrón de nuestras hadas no podía ser propicio al que tantos horrores cometía en estas comarcas; y así, en vez de enviarle *boas fadas*, rodeábalo de *malas meigas*... A los gallegos de buena voluntad y de alma pura, en cambio, el santo no deja nunca de recomendarlos a las *mouras*, a las *tantomangas*, a las tronantes o a las lumias... Y estas hadas, por lo general, son bondadosas, aunque tienen tanto poder para el mal como para el bien. Nuestro gran historiador Murguía ha hecho ver, en efecto, apoyándose en documentos dignos de fe, que el rasgo principal de nuestras *fadas* es la bondad. Aquí, en nuestras

rias, no encontrará usted ninguna leyenda como la de aquella extraña hija del rey de Is, que en la hermana tierra de Bretaña causó el más inútil y el más terrible de los cataclismos. No... Nada de complicaciones de perversidad, nada de inquietud enfermiza, nada de refinada dureza en el alma sutil de nuestras *meigas*. Todas sus maldades se reducen a ejercer venganzas contra un individuo determinado, o a lo más contra una familia. Pero aun para esto es necesario que se las provoque con graves ofensas. Cuando nada las irrita, se pasan la vida cantando dulces romanzas o mirándose en un espejo de plata. La copla popular dice que *A fada fadiña—c'a sua basquiña—pasa a mañan—aliña que aliña*. Esta coquetería, que no existe en las hadas del Finisterre francés, da a las nuestras una dulzura encantadora. Aliñándose, las *lumias*, las *tantomangas* y las damas, no piensan en torturar a las muchachas enamoradas, ni en secar las ubres de las vacas, ni en matar a las gallinas, ni en trastornar a los pescadores. El único ser sobrenatural de esta región que no hace más que daño, es el *tardo*. Sólo que, a decir verdad, más que un verdugo, este señorito alado es un humorista. Pregunte usted lo que hace cuando penetra en las casas, y verá que no es nada grave. En general, conténtase con obligar a reír a las muchachas en los momentos más serios, o con quitarle el sueño a la gente grave. Mas la prueba de que su perversidad no es grande, la tenemos en que basta dejarle un puñado de trigo en un

plato, para que se entretenga contando los granos y no piense en molestar a las buenas personas. Yo conozco un hada admirable...

—¿Usted?—le pregunto a mi amigo viendo la seriedad con que me habla—. ¿Usted tan escéptico?...

El sonríe.

—Verá usted—me dice—. En Galicia, aun los más escépticos, tenemos nuestras creencias sobrenaturales, y estamos seguros de haber visto alguna vez a un ser fantástico. Interrogue a la gente de todas las clases sociales, y se convencerá de ello en seguida. De un modo abstracto, muchos se reirán de las historias que cuentan los lectores del *Libro de San Cipriano*. Pero en cuanto empiecen a evocar recuerdos íntimos, misteriosos y lejanos, contarán cosas estupendas. Yo, por mi parte, aunque se ría usted de mi ingenuidad, le repito que conocí a una hada encantadora allá en mi juventud. Era una dama blanca que me visitaba durante mis sueños para inspirarme divinas fantasías. Y si me dice usted que esto no es sino una ilusión, le contestaré que lo mismo da... Ilusión es también lo que la buena anciana de esta huerta se figura, y esa ilusión es la que le hace vivir. Toda Galicia, créame usted, vive protegida por hadas bondadosas y admirables. Es el pueblo de las ilusiones...

La casa de Carolina.

Muy cerca del jardín lleno de rosas de Rosalía Castro, mi compañero me enseña la casita donde nació Carolina Otero.

—Aquí vive siempre su madre—me dice.

Luego, llevándome hacia la iglesia cercana donde la misa está a punto de terminar, háblame de la adoración que todas las mujeres del pueblo tienen por la ilustre bailarina. Las ancianas, sobre todo, las buenas ancianas que la vieron con los pies descalzos en las orillas del río, considéranla como una gloria local, y celebran, inconscientemente, con sus labios puros, las aventuras que cuentan los periódicos de la Coruña.

—¿No es verdad que era como un botón de rosa?—pregunta mi amigo a tres viejecitas que salen del templo con sus largos rosarios entre las manos.

—¡Sí lo era, sí!—contestan las tres en coro.

Al mismo tiempo las miradas se dirigen hacia la casita solariega de la cortesana celeberrima.

—Usted habrá visto—díceme mi compañero—que por todas estas comarcas no hay imagen más popular que la de Carolina. La de la misma Purísima de plata de la catedral de Santiago, se encuentra menos frecuentemente que la de la impurísima de París. Esto, como es natural, impresio-

na a la gente de aquí. Pero eso no es todo. La rapaza tiene, además, fama de ser buena gallega y buena cristiana, y de no olvidarse de la aldea, a pesar de sus esplendores. Con lo que ella le manda al señor cura, se embellecen los altares. Ella le envía también collares a la Virgen. Ella socorre desde lejos a los pobres del lugar. Y, o mucho me equivoco, o en sus rezos las buenas viejas de por acá unen a menudo su imagen a la de nuestra patrona Santa María.

Estas palabras me hacen recordar una obra que Oscar Wilde anunció, y no terminó nunca, que se debía titular: *La Santa cortesana cubierta de joyas*. Porque para esta gente no hay duda de que Carolina Otero es una santa mujer llena de collares. ¿Cómo, de lo contrario, habrían de poner su retrato en las capillas... ¿Cómo habría el pueblo entero de adorarla? ¿Cómo habría de tener más perlas que la Virgen de Santiago?... ¡La santa cortesana!

—¿Cree usted que este nombre chocaría aquí?— pregunto a mi amigo.

—De ningún modo—me contesta.

Estas buenas campesinas que salen de la iglesia, olorosas a incienso, piensan tal vez, al pasar frente a la casita de la Otero, lo que las gentes de Egipto pensaban de Thais. «No hay ninguna tan grande, no hay ninguna tan bella, no hay ninguna tan poderosa.» Con orgullo, evocan las imágenes de la leyenda dorada de la divina Carolina. Y es, en sus imaginaciones, un desfile de adoradores

que van hacia ella, como Reyes Magos, llevándola los tesoros de todos los países del mundo. Es el potentado que viene de ultramar con sus galeones de oro, grande cual un ídolo, poderoso cual un rajá. Es el magnate de la India, vestido lo mismo que los emperadores de las barajas, con mantos de púrpura y coronado de torres. Es el príncipe del Norte, rubio y frágil, que deshoja en su litera una rosa de esmalte y que suspira a cada instante. Es el guerrero soberbio, caballero en un corcel negro, que galopa en el estrépito de su armadura pasando por encima de los cadáveres. Es el poeta de luengas guedejas, el poeta cantor de salmos místicos, el poeta cuyos labios sonríen en un éxtasis perpetuo... Y todos ellos van hacia donde está la santa cortesana, dispuestos a entregársela sus bienes por un beso y sus vidas por otro beso. ¡Oh si ella quisiera ser reina! Por sus ojos negros, relucientes como luceros, más de un monarca ha perdido la razón. Las crónicas hablan de un desgraciado príncipe de Oriente que, desesperado de no lograr el amor de la santa cortesana, suicidóse a la puerta de su alcoba. «¡Llevaos esa cosa sangrienta!» - gritó ella cuando vió el cadáver. Y sin el menor movimiento de compasión, volvió a su tocador, donde las esclavas de manos expertas continuaron dándole las uñas de los pies y acariciándole los senos. Mas en cambio, otro día, como un humilde músico ambulante fuera a perecer a sus plantas exhalando una canción de amor, Carolina ordenó

que lo acostaran en su lecho, y que le pusieran sus joyas, y que así, cubierto de piedras preciosas, lo enterrarán. Porque si es soberbia con los soberbios, también es humilde con los humildes. Más de una vez, mientras el magnate que llega de muy lejos para ofrecerle sus tesoros la habla arrodillado, ella torna sus pupilas amorosas hacia el paje que guarda la puerta.

—¿Verdad que no hay ninguna como ella?— pregúntame una de las viejecitas que creen en estas leyendas fantásticas.

Y otra:

—¿Verdad que el rey de París no permite que salga de sus Estados, porque la considera como el mayor de sus tesoros?

Y una tercera:

—¿Verdad que su palacio es grande cual la catedral de Santiago y que su techo es de jaspe y sus muros de pórfido?

—Verdad, verdad, verdad -- las contesto.

Y mientras las tres viejas murmuran un dulce «Dios la lleve a su gloria», las rapazas de grandes ojos negros y de trenzas de seda oscura, bajan la vista, estremeciéndose misteriosamente con vagas esperanzas diabólicas.

Nota final.

—Pero, de verdad, ¿es aquello tan lindo, tan lindo?— me pregunta un madrileño que va todos los

años a París y que nunca ha ido a Pontevedra, ni a la Coruña, ni a Villagarcía.

—De verdad— le contesto.

—Yo creo que usted exagera cuando nos habla de las rías, de las aldeas y de los campos de Galicia.

—No lo crea usted.

—Pero, entonces, ¿cómo se explica usted que los españoles, en general, vayan de preferencia a los Pirineos?... Más aún, ¿cómo se explica usted que aquellos que un verano se deciden a ir a pasar algunas semanas a la Coruña o a Pontevedra, no vuelvan nunca a Galicia? Porque esto es muy frecuente, querido amigo. Usted lo sabe. ¿Cómo se lo explica usted?...

—De una manera muy sencilla le explica a usted todo esto un político ilustre, el señor Prieto Mora, que dice en un discurso reciente lo que sigue:

«Pasaron los años y tuve el honor de ser elegido diputado por un distrito gallego, con la mayor parte de sus pueblos en las imponderables rías de Arosa-Muros. Las molestias de todo género que he sufrido siempre que he ido a esa hermosa región, siquiera hayan sido compensadas con la espléndida y generosa hospitalidad que al llegar he recibido, me hicieron notar que las rías gallegas y todo el extenso territorio necesitaban prontamente de grandes reformas para hacer cómodo, sano y distraído el paso y la estancia de turistas, no de los que se filtran por las fronteras, cifra

insignificante desprendida de los grandes contingentes que pasan por ella, ni de los que vienen engañados para no volver más y desacreditarnos, sino de aquellos que vengan atraídos por las noticias y referencias de las comodidades y ventajas que otros disfrutaron.»

Esta es la verdad, querido amigo. Mientras para ir de Madrid a Vigo es necesario emplear más tiempo que para ir de Madrid a París, la gente seguirá tomando el camino de San Sebastián...

EL ENCANTO PROVINCIANO DE SANTANDER



punto fijo confieso que no recuerdo lo que esto era en la época relativamente lejana en que vine a visitar a D. José María de Pereda, que se paseaba entonces acompañado por el fantasma de Sofileza, por la calle Alta. . Pero, o mucho me engaña la memoria, o era casi lo mismo. Porque los progresos de que hablan los prospectos veraniegos, si han modificado algo no es sino la parte exterior de ciertas calles; y aun eso de una manera bastante discreta. Hay unas cuantas casas nuevas, muy grandes, muy blancas, que el maestro montañés no conocería... Hay algunas vidrieras recientes, pobladas de objetos desconocidos quince años ha... Hay algunos rótulos en francés o en inglés, que don Timoteo Morcajo señalaría con indignación a

su amigo D. Anacleto... Pero fuera de esos detalles decorativos, todo sigue siendo lo que era ayer. El «detestable espíritu innovador y novelero» contra el cual predicó durante su larga e hidalga existencia el biógrafo de Pedro Sánchez, no ha logrado, «afortunadamente», hacer cambiar el alma santanderina. Y en vano Bilbao, situado a tres pasos, trata de influir en ella dándole consejos de liberalismo británico... Y en vano San Sebastián, que apenas está un poco más lejos, la enseña con orgullo su fisonomía parisiense... Santander continúa siendo muy española y muy provinciana...

* * *

Para los que venimos de grandes capitales, encontrarnos «en provincia», sentir la vida de provincia, saborear la dulzura de provincia, es como descubrir, de pronto, un oasis paradisíaco para curarnos de nuestras fiebres y de nuestras neurastenias.

Por desgracia, cada día va siendo menos fácil hallar un pueblo que conserve con orgullo modesto su modo de ser de fines del siglo pasado. El automóvil, el *sport*, el turismo, el *snobismo*, el casinismo y el palacismo, han uniformizado casi todas las estaciones estivales, convirtiéndolas en reflejos de Biarritz o de Trouville. «Ah! Ma chere comme c'est chic!», exclaman las damas que veranean en San Sebastián y que creen

de buena fe que formán parte de la sociedad elegante de Europa... Aquí, no. Aquí nadie habla francés. Aquí el paseo se verifica o bien, en la mañana, por la antigua calzada de San Francisco, entre tiendas llenas de novedades parisienses fabricadas en Barcelona, o bien por la noche bajo las enramadas del muelle, alrededor de un quiosco en el cual una banda de música toca el *Trovador* y la *Traviata*... Aquí, todos los muchachos conocen a todas las muchachas y las saludan por sus nombres muy afectuosamente... Aquí todavía no está de moda hacer alarde de reirse de lo que provoca la cólera de los predicadores... ¡Qué digo!... No hay ciudad tan ejemplar cual ésta, en la que un bando del señor gobernador ordena que las mujeres se bañen separadas de los hombres, y en la que la autoridad eclesiástica prohíbe los bailes rusos, porque las bailarinas enseñan «impúdicamente» las pantorrillas...

—Pero, ¿conoce usted la playa del Sardinero?— me preguntan algunos.

—No les contesto.

Y es que me hallo tan a gusto en la ciudad misma, paseándome por la calle de San Francisco entre familias cordiales y risueñas, tomando sorbetes en las terrazas de las inmediaciones de la Dársena, contemplando las estrellas entre las palmeras del paseo Pereda, viviendo provincianamente, aburridamente, en fin, que no sé cuándo me decidiré a ir hasta el Casino.

* * *

A veces algunos compañeros de fonda, apiadados, sin duda, al verme tan solo en mis paseos callejeros, se ofrecen para servirme de cicerones. Pero yo les doy las gracias, diciéndoles:

—Pereda me acompaña...

Y es cierto. Con los recuerdos de las innumerables descripciones de su ciudad trazadas por el maestro santanderino, me basta para reconocer, no sólo las plazas y las calles, sino también a la gente que las anima. He aquí, entre una iglesia y una casa solariega, el antiguo Palacio Consistorial, hoy desierto, pero no por eso más majestuoso que antaño. Mi guía me dice en un lenguaje que no es común en los que ejercen tal ministerio:

•Ni de los cuatro arcos sobre que descansan sus dos pisos no muy cumplidos, ni de la *solana* del primero, ni de los cuatro balconcillos del segundo, ni aun de los mismos tres dorados escudos de armas que ostenta la fachada, ni de ser ésta de labrada sillería, se puede deducir tan alta jerarquía, dado el lustre que debemos suponer en un Municipio de una capital de la significación mercantil de Santander.►

El nuevo, que se halla un poco más lejos, y que tal vez Pereda no llegó a conocer, es, desde el punto de vista comercial, más digno de un puerto que negocia con Ultramar. Pero, artísticamente, pertenece a esa arquitectura nueva que lo mismo hace un casino o un *palace* que una estación de ferrocarril y un Ministerio. En las capitales nuevas los monumentos de tal género abundan. Aquí

no. Aquí, fuera de dos Bancos, cuatro palacios y tres edificios públicos, lo demás pertenece a épocas anteriores. Pero aunque el pueblo no lo crea, cualquier casona negra de esas que ostentan un escudo de piedra en el portal y que tienen balcones historiados, es mil veces más bella y más digna de respeto que todas las construcciones «europeas» que tanto orgullo inspiran a los montañeses. Así, por ejemplo, ¿dónde hay en las calles nuevas un monumento que con sus altivos torreones pueda disputarle la palma del gusto al palacio de Villatorre?... ¿Qué es este palacio, sin embargo? Nada más que una casa de dos pisos, de líneas rectas, con una puerta cuadrada y unas cuantas ventanas sin adornos. Sólo que en su sequedad, ¡cuánta nobleza de líneas! Todo el carácter de esta tierra hidalga refléjase en esa fábrica severa y armoniosa. Su puerta oscura se entreabre ahora, y unas damas, muy tapadas, salen del zaguán. Luego, todas sus piedras vuelven a sumirse en el sueño secular en que esperan la muerte...

* * *

Fuera, todo es vida y movimiento.

«Estamos en la Plaza Vieja»— murmura con fervor mi docto cicerone.

Y notando que no me doy cuenta de lo que esto significa en labios de un viejo santanderino agrega:

«Tú pensarás, viendo este lugar, que no es sino un trozo de calle un poco más ancho que sus demás contemporáneas. Estás en lo cierto. Sin embargo, en la época en que yo era niño me parecía inconmensurable este espacio. Cuatro casas nuevas, un bazar de modas, un café vistoso, una botica de lujo y algunos otros establecimientos restaurados a la moderna le han quitado el antiguo carácter que le hacía hasta venerable a los ojos de todo buen santanderino. Muy pocos años ha, en esta tienda de la esquina, donde se vendían estampas del *Hijo pródigo* y liga de pescar pájaritos, pudiera yo haberte hecho admirar, cuidadosamente trenzada sobre el cuello de su anciano dueño, la única coleta que quedaba en España (sin contar la de los toreros). Un poco más abajo fabricaba, empapelaba y vendía los mejores caramelos que yo he saboreado doña Marcelina, más conocida por *la Siete-muclas*, aunque yo hubiera jurado que no tenía una sola. En aquella otra esquina vendía géneros *finos* D.^a Juana Barco, cuyo lorito, por charlatán, era en Santander tan popular como su tienda. Aquí, la clásica librería de don Severo Otero, con su sempiterna tertulia de señores mayores. Enfrente, la *Expendición de bulas* y el célebre estanco..., y otros muchos establecimientos y tipos acá y allá que vieron pasar años y generaciones sin dar un brochazo de pintura a los marcos de sus puertas ni hacer la menor alteración en sus hábitos.»

¿Qué ha cambiado en este cuadro?... ¿Qué es lo

que ahí falta de todo lo que Pereda vió en su juventud?... Falta, probablemente, el loro de doña Juana; falta asimismo el hombre de la coleta; falta además la tienda de bulas .. Algo había de desaparecer... ¡Ah! Y también falta la librería con su tertulia, la buena librería en la cual se venden pocos libros, y ninguno de gente extranjera, ni de gente hereje, Dios nos valga, pero donde se comentan muchas actualidades; la suave librería de curas y de magistrados, que no ha desaparecido, no, sino que ha ido a establecerse un poco más cerca de la catedral... Pero lo demás está siempre en su sitio, y si no se nos antoja tan resplandeciente, y tan «vistoso» como al gran novelista, es porque estamos mal acostumbrados con las cosas que hay en otras ciudades. Aquí está el café; aquí está la botica, aquí están los caramelos, no en una, sino en dos casas rivales; aquí están los géneros finos; aquí está el estanco, siempre el mismo estanco... ¿Qué digo? Hasta la casa en la cual la señora de las Barreduras compró su famoso camafeo, la casa bañada por raudales de gas y que tiene en el escaparate «un vidrio mayor que una sábana», está siempre aquí tentando a las herederas de Cipriana, que se pasean ahora con los hijos de Miguel Trabanco...

En realidad, los viejos montañeses que protestan porque Santander cambia, se quejan por puro gusto... No hay ciudad, al contrario, que de un modo más piadoso conserve su aspec-

to, su carácter, sus costumbres y hasta sus encantos.

* * *

«¿Cuánto tiempo durará aún esta calle tal cual hoy es?», preguntábase Pereda hace veinte años contemplando el ir y venir cotidiano de las chicas de su época por la calzada de San Francisco.

La amenaza de las amplias alamedas que entonces comenzaban a engalanar las márgenes de la bahía, antojábansele un peligro mortal para el paseo tradicional. Y pensaba, sin duda: «Poco a poco esta vieja calle se quedará desierta y el nuevo bulevar se llenará de gente joven.» Pero tan no ha sido así, que esta mañana de 1919 apenas puedo dar un paso por las aceras franciscanas. Todas las muchachas elegantes de la población y todas las forasteras se complacen gentilmente en deambular por acá esperando la hora de la comida y formando grupos que el gran novelista reconocería en el acto. Los trajes femeninos, claro está, sorprenderían algo a los antiguos adoradores de aquellas niñas de doña Calixta, que iban «de brujuleo» con una nube arrollada a la cabeza y abrigos de grandes damas. Porque aunque no puede decirse que Santander se arruine en elegancias suntuarias, como juran que se arruina San Sebastián, siempre viste ya con menos perifollos que hace veinte años. Pero

aun dentro de sus nuevas prendas, tan ligeras cual cortas, las santanderinas siguen deliciosamente castizas en sus maneras, en sus sonrisas, en sus coqueterías y en sus galanteos. Un soplo de ingenuidad anima los rostros ardientes. Una franqueza incapaz de esconder los sentimientos inspira las miradas, las sonrisas, los gestos. ¡Ah! Yo no se si las mamás tienen el privilegio de no ver nada... Yo, que apenas me fijo, descubro a cada paso una intringa, un idilio, una novela, un poema. Todo acabará en epitalamios, ya lo sé; y como las señoras madres lo saben también, es natural que no protesten... En provincia, en la verdadera provincia que no ha perdido su inocencia, el amor no se esconde. Hay que ver en esta «perla de la montaña», la franqueza con que los novios hablan desde la acera con sus Dulcineas que se asoman a las ventanas del primer piso... Y hay que ver, sobre todo, este encantador ir y venir de la calle de San Francisco, en el cual palpita el alma santa de la antigua, de la hidalga población episcopal que se confiesa diariamente y que si peca a veces, no es por espíritu de malicia, sino por instinto de fariseísmo...

* * *

—Todo eso —me dicen— lo piensa usted porque no ha ido al Sardinero...

—¿Si? — les contesto hoy — pues vamos allá...

Veinte minutos de coche, no es un viaje difícil...

Y allá vamos... Y como allá no vemos sino una gran playa a la francesa, con un gran Casino, y unos cuantos grandes hoteles, y unos cuantos bares americanos, y un edificio para los baños, todo magnífico, todo creado artificialmente a fuerza de millones y de vanidad, prefiero no decir una palabra a los amigos que me acompañan y que me hablan de los *diners* de moda, de las *courses* de caballos, del *cotillon* de las noches de lujo, de las *belles parties de rulete*... Para eso en verdad, más vale ir a Biarritz donde lo artificial no data de tres días como aquí y está por lo menos patinado por el tiempo y blasonado por los veraneos de los príncipes del arte, o a San Sebastián, que es una parodia burguesa de Biarritz, si no se quiere salir de España...

* * *

Al volver del Sardinero, cuando mis amigos, creyéndome conquistado por los grandes edificios de la playa y por los grandes panoramas del Océano, me preguntan cómo puedo seguir viviendo en una ciudad vieja, ante una bahía estrecha, les contesto suavemente:

—Esas calles irregulares, estrechas, vetustas y provincianas, que suben hacia la catedral o hacia el cementerio, han visto pasar siglos de amor y de dolor, siglos de vida íntima e intensa, callada

y fervorosa... Por eso me interesan más que las alamedas sin alma, en las que sólo se alberga la vanidad durante algunos meses cada año... Aquí, las piedras, ennegrecidas, hablan un lenguaje poético y legendario a los que se quieren tomar el trabajo delicioso de interrogarlas. Y hablan mejor que los personajes de *r'ereda*, porque no tienen miedo ni de la censura eclesiástica ni de la crítica académica. No dicen nada de muy especial, nada muy pecaminoso. No dicen sino lo que dicen todas las piedras en todas las viejas ciudades donde los hombres son apasionados y las mujeres sensibles. Pero en esa eterna y monótona romanza, ¡cuántos idilios y cuántas tragedias, cuántos odios y cuántos sacrificios!... No, en verdad, vosotros, los que podéis vivir en medio de muros nuevos cuando tenéis a algunos pasos tapias viejas, no comprendéis lo que es la existencia espiritual...

* * *

En cuanto a lo que mis amigos llaman «una bahía estrecha» porque la comparan con la alta mar, que desde los balcones del Sardinero se admira, hay que verlo como lo ven los poetas y los marinos, con un poco de inquietud y un poco de recelo, buscando siempre en el reflejo cambiante de sus aguas, cual en los ojos de las mujeres, el secreto de los misterios futuros. ¡Ah! esas aguas que ya

me son familiares y caras! Yo las veo a todas horas desde mi ventana. Las veo al amanecer, cuando se cubren de reflejos de nácar... Las veo en pleno día, cuando son, bajo el sol abrasador del verano, «el vasto cristal azogado» de que habló Rubén... Las veo, en fin, por la tarde, en instantes como los actuales, antes de que el crepúsculo las tiña de rojo, en momentos de suave melancolía, y entonces me complazco en permanecer ante ellas largo rato en silencio, feliz de no pensar en nada. El cielo es de un matiz indefinido, en el cual se mezclan y palpitan, como en la onda del ópalo, luces rosas y luces verdes en un fondo de oro desteñido. Algunas nubecillas se estiran en lontananza con gracias de chales de danzarinas orientales. En la otra orilla, por encima de algunos caseríos blancos y de algunos bosquecillos negros, extiende la montaña su larga crestería. En la linfa misteriosa que un ligero soplo de brisa hace palpar, no se refleja ninguna forma humana, ninguna torre, ningún matiz celeste... Es un agua muy pálida y de un color extraño que no corresponde al del cielo; un agua casi lunar, con cabrilleos de amatista y largos regueros de plata; un agua en la que las velas blancas de las barcas que vuelan hacia el puerto parecen inmovilizarse cual alas fantasmales de grandes gaviotas extasiadas...

* * *

¿Cómo, pues, no estar aquí contento?... ¿Cómo no gozar en paz de estos paisajes evocadores, en los que todo es suavidad, dulzura, alegría sana, paz cristiana y pereza provinciana?...

* * *

Allá, del otro lado de la bahía, los santanderinos muestran las chimeneas de algunos altos hornos y de algunas fábricas. «Vamos entrando en la gran corriente manufacturera», dicen con orgullo. Y es cierto. Pero en la vida del pueblo, esta evolución no ha tenido aún influencia notable (1).

(1) Tan convencidos están los santanderinos de que Santander es algo así como un Biarritz o un Ostende, que mis elogios al encanto provinciano de su ciudad los indignó más que cualquier injuria. El siguiente artículo publicado en el *Pueblo Cántabro* de 13 de Agosto de 1919, hace ver hasta qué punto llegó el enfado contra mí.

«Las crónicas que el señor Gómez Carrillo viene publicando en el prestigioso diario *A B C* acerca de nuestra ciudad han causado el mal efecto y han levantado las justas protestas que era de suponer.

»Nosotros tomamos parte sincera en el malestar del pueblo.

»Creemos que no hay derecho a ocasionar serios perjuicios a los intereses de una población, hablando de sus costumbres y de sus calles y de todo lo que esa población encierra y puede ofrecer al turismo, a los veraneantes con la discutible preparación de una referencia escuchada en la fonda, en la calle o en el café.

»El señor Gómez Carrillo ha estado dos o tres días en Santander, ha visto, por encima, sin el detenimiento necesario para enjuiciar con acierto, lo que en ese corto espacio de tiempo ha podido ver, y esto le ha bastado para consignar inexactitudes que para Santander representan perjuicios considerables.

»Contra eso tenemos que protestar, como seguramente le molestaría al señor Gómez Carrillo que un escritor cualquiera, no sólo señalara de la labor del ilustre literato los peores artículos, los peores libros,

Como ayer y como siempre, la ciudad es pescadora y marinera, y no huele a carbón, sino a sardinas, a brea y a salmuera. Basta salir del centro en donde están las tiendas lujosas y los grandes cafés, y trepar por las callejuelas modestas que se hallan cerca del puerto, para notar la miseria de los trabajadores del remo y de la red. Las casas son, en tales barrios, de una sordidez acon-

sino que aún intentase desviar el concepto público con respecto a la grandeza de la total producción.

Nosotros—creemos—y—lamentaríamos profundamente el equivocarnos— que al señor Gómez Carrillo no puede imputarsele otro delito en este caso que el de la ligereza, indisculpable, desde luego, y menos en un escritor cuya pluma jamás trató cuestión alguna que no fuese precedida de la lógica meditación y el natural conocimiento de causa.

»Muy justo, repetimos, el mal efecto que en la opinión han causado tales cosas.

»Muy justa y muy necesaria sería una rectificación.

»Con respecto a este punto recogemos los acuerdos adoptados en su sesión de ayer por el Círculo Mercantil e Industrial, aunque discrepamos en cuanto al último de aquéllos.

»Con motivo de los artículos que el señor Gómez Carrillo viene publicando, relativos a Santander, en el periódico *A B C*, de Madrid, se acuerda:

Enviar al director de dicho periódico una protesta por las falsedades contenidas en los referidos artículos.

Dirigir atenta carta al muy ilustre señor deán de este Cabildo Catedral, invitándole a poner su docta pluma al servicio de la verdad y en justa defensa de nuestra capital, enviando al periódico *A B C* algún escrito en rectificación de los errores aludidos:

Felicitar al periodista santanderino, que, con la firma Pick, publicó en *La Atalaya* un artículo de rectificación.

«E invitar a las demás entidades locales a enviar uno o dos representantes suyos para, en unión de otros dos de este Círculo, que quedan designados, ir a San Sebastián a pedir personalmente al señor Carrillo una rectificación, sacándole de la ignorancia en que se encuentra respecto de nuestra ciudad.»

gojadora, y las familias que se apiñan en ellas parecen verdaderamente dignas de piedad.

«Puedes asomarte a la puerta de una de esas tristes viviendas me dice mi guía—. Ese grupo que ves en el fondo de una especie de caverna, alumbrada por mortecino candil, es una familia que se dispone a descansar de las rudas faenas de todo el día, quizá sobre el duro suelo del miserable recinto, o a todo tirar, sobre una semidesnuda cama el matrimonio, y sobre un montón de redes los demás. Por esta derrengada escalera se sube al primer piso, en el cual vivirán, por lo menos, dos familias, y continuará la escalera hasta el segundo, allí se cobijarán sabe Dios cuántos individuos, y se ramificará hacia arriba y hacia la derecha, y hacia la izquierda, y en todos los pisos, hasta el quinto, y en todos los cabretes y rincones, y en las buhardillas, y hasta en los balcones habitarán pescadores oprimidos, sin luz, sin aire... y sin penas, felizmente, pues, a tenerlas, producidas por la idea de su condición, no las sufrirán vivos muchas horas...»

¿Ha mejorado la condición de los pescadores desde que Pereda escribió *Sotileza*?... Los tripulantes de los barcos dicen enérgicamente:

—No...

Y es que, en realidad, si algo más caro venden hoy ellos sus redadas, también más caro les cuesta todo lo que compran.

—En el fondo —murmura una vieja simbólica que trata de poner orden en el juego callejero de

su prole—, en el fondo, para el pobre la vida es una rueda de desdichas, y mientras más vueltas da, más daño le hace.

Las palabras y el aspecto de esta mujer, inspiran lástima. Pero no así su acento claro, decidido, casi risueño. Porque, como dice muy bien el gran novelista local, aquí palpita un instinto tan arraigado de resignación, un espíritu tan fuerte de vida, que, en vez de llorar sus penas, dijérase que el pueblo las baila, las canta, las envuelve en bromas un poco groseras y se ríe de ellas. Hay que ver a los innumerables chiquillos que desde por la mañana se adueñan de las calles y hacen en ellas lo que les parece, para notar la resistencia optimista de la raza. Descalabrados por las pedreas, descalzos, medio desnudos y no muy bien alimentados, olvidanse, retozando, hasta de las horas de comer. Los más prácticos se sacan su pan de casa y van a devorarlo en el arroyo. ¡Qué no hacen en el mismo sitio!... El olor sólo basta para advertirnos que más vale no meneallo... Pero palpita tal alegría en este perpetuo y sonoro retozar infantil, que, antes de alejarnos de él lo contemplamos un instante enternecidos.

* * *

¿Y la gente mayor?... Esa, en los barrios humildes, canta sin cesar, día y noche...

Mi docto cicerone, que para todo tiene una son-

risa de piedad, y que no protesta airado ni contra las crueles encerradas que el populacho da a los recién casados, me dice sonriendo:

«¿Te va chocando tanta música popular? Esperaba que me lo dijeras. Pues has de saber que aquí se canta toda la noche y todo el día. Canta la fregona al ir a la fuente y en el fregadero, y canta el *peón* cuando trabaja y cuando deja de trabajar, el aprendiz de zapatero cuando va de «entrega», y el vago que se cansa de serlo y el *motil* o grumetillo que vuelve a bordo, y el oficial de sastre y todos los jornaleros de todos los géneros y categorías en cuanto se echan a la calle..., y no te incluyo en esta música, que es de pura afición, a los *artistas de profesión*, como los indígenas ciegos de vihuela, y los de gaita y lazarillo con panderetas, exóticos, de la provincia, que en ciertos días de la semana, como el sábado, aturden la población. Y si de ella sales ahora, oírás cantar al carretero en el camino real, y al mozo que ronda la casa de su moza, y al sacristán que va a tocar a las oraciones y al enterrador que abre una fosa... y a todo bicho viviente; que aquí, como en ninguna parte, se evidencia la admitida opinión de que los montañeses de todo el mundo son bullangueros y danzarines de suyo.»

* * *

Montañeses .. Yo también los llamo así... Yo digo, como los demás, «la capital de la monta-

ña»... Y, sin embargo, ni un solo instante he sentido aquí el hálito de la sierra, la brisa de las alturas, el soplo de las cimas... A lo lejos distinguense, más allá de la bahía, las crestas secas y armoniosas de unos cuantos cerros. Pero la montaña, la terrible montaña que en las aldeas de los Pirineos y de los Alpes se yergue siempre sobre nuestra cabeza, la montaña que murmura, que se queja y que amenaza, no se ve, no se siente, no se oye... Más que montañesa, en realidad, Santander es marítima con todos los encantos y todas las nostalgias del mar... ¡Pero vaya usted a decir tales cosas a un santanderino!... Porque ser «montañés» aquí, como ser «serrano» en el Levante, no significa sólo haber nacido en la montaña o en la sierra, sino pertenecer a una casta bendita, tener privilegios espirituales, gozar de virtudes que el resto de los hombres desconocen... Y hasta tal punto es esto cierto, que aun fuera de Santander, en Madrid, en Sevilla, más lejos, en Buenos Aires, en Méjico, las tiendas de los santanderinos tienen casi siempre rótulos en los cuales campea llena de orgullo la palabra «montañés»...

* * *

Digámosles, pues, montañeses... No por serlo se confundirán en mi espíritu con los convencionales de *la montagne*. ¡Ah! ¡No! El espíritu de este pueblo se conserva tan puro, tan religioso,

tan tradicional, que los mismos sacerdotes, que, por lo común, se quejan de la influencia impía de los nuevos tiempos, en esta población se declaran muy satisfechos de sus feligreses. Mi ilustre amigo, el canónigo Gómez Adanza, deán de la catedral, exclama entusiasmado, cada vez que tocamos este punto:

—¡No hay en el mundo un pueblo más devoto que el nuestro!...

Aunque él no me lo dijera, yo lo notaría en mis peregrinaciones... A todas horas, en efecto, en la penumbra constelada de puntos de oro de los santuarios, elévase de la masa de fieles que se prosternan, un ardiente murmullo de preces... A todas horas, las campanas llenan el espacio de conciertos anunciando los sacramentos... A todas horas, cuando un sacerdote pasa por las calles humildes, se ve la devoción con que hombres y mujeres le saludan... Aun en las misas mundanas de la Catedral, los domingos, me parece que hay algo en las actitudes de las muchachas y de sus novios, que no se parece al irreverente y distraído manejo de otras ciudades.

—Es -murmura el señor deán—que nuestro templo no inspira sentimientos frívolos...

* * *

A fe mía tiene razón. No hay catedral en España menos florida, menos ornada, menos propicia

a los sueños epitalámicos que este antiquísimo santuario. No hay, además, iglesia más singular en el mundo entero. Exteriormente, mejor que templo, parece, con su hosca torre cuadrada y su arco ojival, una fortaleza colocada como atalaya en el promontorio de San Pedro para defender la costa. Interiormente, también, es rara, puesto que se halla en el patio del claustro de un antiguo monasterio, y resulta así, a pesar de su grandeza, una simple capilla conventual. Su cripta, en cambio, con puertas a una calle, es una iglesia tan amplia cual la de arriba, aunque, naturalmente, menos elevada. «Debajo del suelo y pavimento de la catedral—dice Méndez de Luarca—hay otra con tres naves, obscura, baja de techo y que, por lo tosco de sus antiguos pilares, nichos, ventanas y algunas imágenes que han quedado, se puede decir que es más antigua que la superior; el motivo de su fábrica pudo ser, o para igualar el terreno en aquella parte quebrado y húmedo por las inmediaciones del mar, o para bóveda, panteón o enterramiento de los fieles, que hasta fines del siglo xi nunca se enterraron en las iglesias, a no ser obispos, personas reales o muy señaladas en virtud. En este lugar subterráneo es muy verosímil estuviesen en tiempo de los godos las reliquias de los santos mártires Emeterio y Celedonio, o en otra cueva que hay debajo, a ejemplo de lo que se observa en otras iglesias que desde aquel tiempo aún permanecen. Esta iglesia, conocida vulgarmente por el nombre de «Cristo de Abajo», tiene

bóvedas rebajadas y resistentes que se apoyan en macizos pilares y están recorridas por nervaduras que se reúnen por una primorosa labor en la clave de las mismas.»

En cuanto a la antigüedad de estos templos, el mismo historiador dice: «No falta quien atribuya su fundación al rey Don Alfonso el Santo, asegurando que el antiguo templo en que desde el siglo iv se guardaban las reliquias de los santos mártires Emeterio y Celedonio no había sido monasterio de monjes; otros afirman que, arruinado el antiguo monasterio y martirizados sus monjes por los normandos, no se reedificó hasta el tiempo del rey Don Alfonso VIII; pero contando como ciertas las noticias que suministran los Privilegios concedidos por el rey Don Alfonso VI, no se puede negar que su fundación fué anterior a las épocas de los dos Alfonsos, VI y VIII, igualmente que no hay razón por donde se pueda conjeturar en qué año fué ésta.» Los profanos, incapaces de calcular la edad de las piedras, sólo sentimos en este santuario santanderino la sensación vaga de encontrarnos ante una fábrica de épocas muy rudas, muy adustas, muy poco amigas de adornos, de aquellas en las cuales los frailes de las costas cantábricas eran hombres tan capaces de orar como de defender su feudo contra los piratas escandinavos...

* * *

Al salir de la catedral nos encontramos en la rúa Mayor, que es la que mejor conserva las reliquias de la antigua villa leal y noble que supo, con su heroísmo, resistir al señor de Santillana y llegar poco a poco a ser una gran ciudad del litoral castellano. Era, según todos los cronistas, esta calle costera, la más linajuda, la más rica, la más amplia de antaño. Algunos portalones proclaman su prosapia. Pero lo que para mí le da un aire verdaderamente legendario y romántico es la casa de la Inquisición, que aún está ahí intacta, con sus ventanas cerradas, con sus tapias ennegrecidas, con sus balaustradas escuetas, contando a la gente que la contempla recelosa, siniestras consejas de brujas y de herejes. Tanto prestigio debe de tener aquí este caserón que, después de la Catedral, es lo primero que mi amigo el deán me enseña. Dios sabe, sin embargo, si es pobre, no sólo como arquitectura, sino también como historia. ¡Pero resulta tan relativo eso de los tesoros y de las reliquias!... En Toledo, en Santiago, en Segovia, edificios así pasan desapercibidos. En Santander hay poco que admirar y cuando hemos visto la Catedral, la iglesia del Cristo, la de la Consolación, la casa de la Conquista, la Audiencia y el palacio de Villatorre, ya no les queda a los santanderinos nada que enseñarnos.

* * *

Pero, afortunadamente, a los curiosos de vida siempre nos queda la calle con sus sorpresas, con su alegría, con su encanto sencille. Fuera de la rúa Alta, que Pereda pinta como la más miserable del lugar y que hoy es una vía de barrio burgués ni más ni menos pobre que las otras, todas las demás son, en las cercanías clásicas de la Catedral y de San Francisco, lo que eran hace veinte años.

«Mira bien el espectáculo que tienes ante los ojos — me dice mi bondadoso cicerone —. Mira y escucha. Canta en el balcón de allá un pescador; canta también en el de al lado un muchachuelo; conversa alegremente una familia desde aquella buhardilla con la que vive en la de enfrente; y aunque riñen acá dos mocetonas y se arañan otras tres en medio del arroyo, y en la taberna disputan dos pescadores, y gime un rapaz en esta bodega, ni la riña, ni los arañazos, ni los juramentos, ni los gemidos, reconocen por causa la menor pena; para reñir, arañarse y llorar en estos sitios basta un poco de terquedad contrariada y sobra un exceso de alegría.»

Nos encontramos en la calle del Arrabal, que es, sin duda, una de las más típicas, de las más provincianas, de las más pintorescas que existen en esta ciudad. La vida aquí, como en ciertas vías napolitanas, no cabe en las casitas oscuras y sale a las aceras a ostentar sus misterios sin ningún pudor. En una esquina, unas mujeres pelan una gallina; en otra, unas chiquillas limpian un

pescado; ante una puerta lava una anciana sus trapos, junto a una taberna mezcla el tabernero los líquidos de varias botellas... En los miradores, las muchachas que cosen se hablan de casa a casa en alta voz, contándose sus cuitas y sus alegrías...

* * *

A pocos pasos se halla la rúa la Sal, que dentro de su modestia, es florida, coqueta, limpia, sevillana. Y junto a ésta, la de la Lealtad, adornada por los árboles seculares del palacio de Villatorre; y en seguida, la de Remedios, tan melancólica, y la de la Puerta de la Sierra, tan burguesa, tan blanca, tan pulcra; y la plazuela de los Remedios, con su oficina de Correos, ante la cual se estaciona un coche rojo que, por su enormidad, hace pensar en las antiguas diligencias...

«Todo eso—me parece que murmura Peredera—era igual en mis mocedades...»

* * *

Lo único que el gran santanderino no llegó a conocer tal cual hoy existe, lleno de gente elegante, es el paseo que lleva su nombre, Colocado al borde de la bahía, entre magníficas arboledas, es, en la ciudad, el sitio más propicio para el tra-

dicional ir y venir de damiselas y galanes. Como ya lo hemos visto, la gente continúa por la mañana siendo fiel a la calle San Francisco. Pero por la noche, cuando la banda municipal comienza a tocar en su quiosco los airecillos más de moda, la vasta alameda, antes relativamente desierta, llénase de peripatéticos de ambos sexos, que, alentados por la penumbra y embriagados por la brisa, por la música, por el perfume de las flores, no se contentan ya, como al medio día, con lejanas sonrisas, sino que se murmuran al oído frases apasionadas...

Desde mi ventana contemplo ahora ese espectáculo deliciosamente provinciano. Un rumor discreto, en el cual se mezclan las voces femeninas y los murmullos de las ramas de los magnolios y de los laureles rosas, sube hasta mi estancia. Todo me habla de ventura suave, de galanteo comedido, de alegría sana. No se parece, en verdad, lo que veo ni a San Sebastián, ni a Biarritz, ni a Trouville, ni a ninguna estación suntuosa. No hay ni lujo ni fiebre alrededor del quiosco. Pero hay juventud, hay sencillez, hay suave gozo de vivir...

Por eso esta noche, ante la bahía, me siento tan satisfecho del espectáculo que contemplo, que no creo que el de Biarritz o el de San Sebastián pueda ser más bello. Las hileras de faroles del alumbrado público forman, alrededor del puerto, un hemicycleo de luces que en la sombra se dilatan y palpitan cual luceros de teatro. En el fondo se advi-

nan, entre pálidos reflejos de una luna invisible, las colinas ondulantes de Pedreña, de Guarizo y de Muriedas. Las altas luces de los barcos anclados forman en las aguas de la bahía rayas inmensas de plata. A lo lejos, una lancha que no distinguimos hace correr por la superficie negra la llama aérea de su farol de proa... Todo es idílico, todo es armonioso, todo es tibio, todo es discreto en este jardín que mira sus resplandores en este lago y que mezcla sus galanteos con el rumor de estas enramadas.

EL ALMA COSMOPOLITA

DE SAN SEBASTIÁN



Lo que más me divierte cada vez que vengo a San Sebastián, es la sorpresa de los extranjeros a quienes encuentro en las calles, en los hoteles, en la playa. Todo les parece singular. «¡Extraordinario!»— dicen los franceses. — «¡Colossal!»— exclaman los alemanes.— «¡Increíble!»— aseguran los ingleses. Y es que, para ellos, para todos ellos, una ciudad española no puede ser sino un campo de ruinas suntuosas, poblado por seres violentos y raros. En Biarritz, contemplando los carteles que anuncian excursiones, y en los cuales se ve, por lo general, una muralla almenada, una cabeza de toro chorreando sangre, una maja vestida de luces y una guitarra; en Biarritz, en Pau, en Bayona, en cualquiera de los reposorios que preceden el paso de los montes, las gentes cosmopolitas se forman

su visión. Luego, al llegar a la frontera, la silueta vetusta de Fuenterrabía las hace murmurar:

—Eso, eso...

Eso, en efecto, es lo que ellos esperaban, esa ruina admirable en esa melancolía sórdida, y, por lo mismo, no extrañan la grandeza pintoresca del cuadro.

Pero en San Sebastián, desde que llegan, los clamores de extrañeza comienzan.

—Increíble...

—Extraordinario...

—Singular.

No obstante, lo que tanto les pasma es lo que ellos han visto en otras partes, lo que existe en Ostende, lo que no falta en Trouville, lo que abunda en Niza. Es la playa con su movimiento, es la calle con su elegancia, es el hotel con su lujo, es el café con su suntuosidad, es el escaparate con su *chic*, es el pueblo con su limpieza, es el campo con sus *chalets*.

—Esto—aseguran, al fin, perentoriamente—esto no es España.

Y, en realidad, no es la España que ellos sueñan. No es la ciudad española que se cuelga una mantilla en su corona de torres. No es la belleza de contrastes, de recuerdos y de sorpresas, en la cual un piano de manubrio hace bailar tangos a la sombra de un paredón conventual. No es la española de la navaja en la liga, no; ni la española de labios de clavel y de claveles en el pelo. Pero es española pura. Es la española que viste bien,

que vive bien, que sabe leer y que ha aprendido a trabajar sin olvidarse de sonreír y de soñar.

* * *

¡Pobre extranjero en San Sebastián!... Llega impaciente de matices locales, sediento de novedades algo exóticas, deseoso de percibir ritmos raros, de oír músicas nuevas, de experimentar impresiones inéditas. Lo primero que le inspira una cavilación es el hotel en que ha de hospedarse. En la *gare* le ofrecen fondas innumerables con nombres cosmopolitas. ¿La de Londres .. la de París... la de Roma... la de Mónaco... la de Méjico?.. No... Hay que buscar algo más *du pays*. Y con la idea de ir a un lugar lujoso, pero indígena, acepta un hotel que lleva el título de una reina de España. Inconscientemente, sueña en viejos muebles oscuros, en tapicerías palidecidas por los siglos, en nobles escaleras con rampas de hierro forjado, en mayordomos ceremoniosos... El precio que le han pedido, le autoriza a las mayores ilusiones de lujo. «Ahí van los obispos y los ministros del rey» — le han dicho. Ahí va él, pues... Y cuando llega y se encuentra entre lacayos que hablan francés, que hablan inglés, que hablan italiano y que casi no hablan español, cuando ve los ascensores que suben vertiginosos en los extremos de un hall florido, cuando oye las charlas en que domina el acento pari-

siense, cuando escucha los ecos de las orquestas que llenan el espacio de acordes vieneses, cuando descubre sobre las mesas los grandes diarios de fama mundial, *Times*, *Temps*, *Corriere della Sera*, *New York Herald*, cuando respira el ambiente de elegancia cosmopolita que flota en el aire tibio, cuando admira los trajes de la rue de la Paix y los sombreros de la rue Royale, cuando lee los carteles que ornán la portería y en los cuales se anuncian carreras con nombres de caballos célebres en Longchamps, de jockeys famosos en Auteuil, de *ecurics* ilustres en MaisonsLaffitte, cuando ve anunciado para la misma noche una comedia de Feydeau con mademoiselle Casive, un drama de Rostand con monsieur Le Bargy, una ópera de Terrasse con madame Vix, cuando le ofrecen, en el bar, todos los cocktails yanquis imaginables, cuando cree, en fin, que, por un error diabólico ha ido a parar a Londres, o a Milán, o a Buenos Aires, una gran tristeza se apodera de su alma.

* * *

—¿Es esto España?— se pregunta de nuevo.

Pero como su alma de buen extranjero novelesco y novelero tiene un optimismo muy arraigado, consuélase pensando: «No... esto no es más que un hotel... Los hoteles son todos iguales en todas partes... La calle será diferente.» Y sin sacudirse

el polvo del camino, échase a andar por una magnífica alameda que sombrean y refrescan cuatro hileras de plátanos frondosos. Aquel es el centro, sin duda... ¿Se llama?... En un rótulo áureo, un nombre campea: el Boulevard... «¡El Boulevard!»... Así, en francés está escrito. Así está bién, por lo demás. Así debe ser, así tiene que ser?... ¿Hay, acaso, algo más parisiense que tal paseo?... Sus casas son altas, lujosas y a veces tienen aspecto no de palacios, sino de «palaces». En los escaparates de las tiendas, arreglados con un arte digno de la Avenue de l'Opera, amontónanse, sin desorden, sin ingenuidad, muy sabiamente, los más frívolos objetos de lujo. Todo lo que la vanidad humana puede soñar, ahí está. Ahí resplandecen las joyas de Lalique, ahí se gallardean los tocados de Lewis, ahí brillan los frascos de Coty, ahí se yerguen en maniqués pintados como Tanagras los corsés de Leauty, ahí ondulan los trajes de Paquín, ahí coquetean los zapatitos de Smart, ahí se arrastran, sobre tapices de Persia, las sedas de Liberty, ahí se estiran las medias de seda de Over, ahí abren sus fauces perfumadas los sacos de Popoff, ahí todo lo que es atavío de caballero lleva una marca de Picadilly, todo lo que es adorno de mujer ostenta un título de la rue de la Paix... Español, nada, nada, nada...

Y nuestro extranjero, cada instante más desilusionado, se pasea, sin querer creer lo que sus ojos ven, murmurando:

—¿Es posible?

El recuerdo de Biarritz y de Bayona acuden a su memoria. En ambas ciudades algo de lo que es el alma alegre y violenta de España parece infiltrarse a pesar de la frontera. La civilización no ha logrado quitarles, ni a la *grande plage*, ni a las «arcadas», sus exóticas rotas traspirenaicas. En el aire bearnés suena siempre algo como un aleteo de castañuelas y en las pupilas de las mujeres «du Midi» brilla una negra claridad de sol andaluz.

—¿Es posible que aquí, en España, no haya nada de eso?—repítese el viajero en San Sebastián.

En sillas de hierro, en el boulevard lo mismo que en la playa, las damas y sus galanes gozan de la clemente caricia del aire, charlando de asuntos frívolos. Hay ahí alegría, calma elegante, gracia aristocrática. Todo está bien, y hasta «tres bien».

Pero todo es tan francés, que ni siquiera parece meridional. ¿Dónde están, en efecto, los gestos frecuentes en Marsella, dónde la verbosidad de Pau, dónde las expansiones de Biarritz, dónde la nerviosidad de Burdeos?... Hasta algo de acompañado y de helado hay en las tertulias callejeras. Visiblemente, esa gente se empeña en no pecar por lo meridional, en moderar sus gestos, en mostrarse comedida. Las mujeres jóvenes, vestidas de blanco, sonríen apenas y hablan sin abrir mucho los labios, como si fuera pecado enseñar sus preciosos dientes. Los caballeros se yerguen con un poquito de rigidez y saludan inclinándose

demasiado. Algunos jóvenes snobs se pasean sin sombrero, luciendo sus cabelleras barnizadas.

Y en medio de ese «select» gentío de desocupados, un alud de automóviles pasa, guiado por «chauffeurs» vestidos de blanco. Nunca, ni en París, ni en Dauville; ni en Ostende, ni en Londres, ni en ninguna parte, nuestro forastero ha visto tantos «veinte caballos», ni ha oído tantas bocinas, ni ha sentido un olor tan terrible de bencina. Si hay una ciudad que merezca el nombre de automovópolis, es San Sebastián. Pasa aquí algo de lo que en otro tiempo hacía decir a Blasco Ibáñez que, en Valencia, la gente no come para poder tener tartana. Pero esto, el extranjero que se pasea no lo sabe. Y como no lo sabe, piensa: «La pobreza de los españoles es también una leyenda: todos son millonarios.» Todos, en todo caso, tratan de parecerlo, como tratan de parecer parisienses o londinenses, como tratan, en San Sebastián al menos, de tener un aspecto impasible.

* * *

Yo preguntaría a ese pobre extranjero desencantado:

—¿Y por qué España, regenerada por el trabajo, enriquecida por sus minas, no ha de tener ese aspecto que usted le ve en San Sebastián? Siendo fantástica y aventurera, voluptuosa y cre-

yente, fué, antaño, activa y laboriosa. Hoy vuelve a serlo. Hoy piensa de nuevo en ganar dinero. Hoy siente la necesidad de despertar a la vida moderna. Mas esto no implica la obligación de renunciar a la gracia antigua.

¡Ah, no! San Sebastián nos lo prueba, siendo, como es, muy española y muy europea a la vez. Vedla vivir: es Europa, Pero vedla sentir, vedla pensar, vedla sonreír: es España.

* * *

Esta mañana, un joven argentino que se pasea conmigo, murmura cada vez que encontramos un grupo de muchachas elegantes:

—Son parisenses

Yo mismo, a primera vista, me lo figuro. Esos trajecillos ceñidos bajo la larga «jaquette», esos sombreros coronados de flores, esa gracia discreta en el ritmo suelto del andar, todo lo exterior, en suma, es parisino. Sólo que cuando sigo sus pasos por la Alameda o por el paseo de la Concha, y cuando las oigo hablar, y cuando las veo vivir, noto que no sólo en el fondo, sino en la forma misma, lo español es en tales mujeres lo esencial. Y lo propio pasa aquí con casi todo. Esas casitas lujosas que trepan entre los tilos por las abruptas laderas; esos palacios señoriales que se miran en el mar; esos hoteles magníficos, sonoros de femeniles risas; esos globos eléctricos,

que hacen de la noche día; esas tiendas, en fin, esas tiendas tentadoras, cuyos escaparates no tienen nada que envidiar a los de la «rue de la Paix», todo eso, todo lo que constituye el lujo, el confort, el bienestar, el orgullo y la alegría de la linda ciudad, es, a pesar de su fachada parisiense, o biarriteña, o cosmopolita, muy español. Al cabo de unos cuantos días los extranjeros mismos, si no tienen prejuicios arraigados, lo notan. Y lo notan con gusto, porque hay en el fondo de la vida española, cuando la sordidez no la hace insostenible o cuando el flamenquismo no la encana-lla, una buena crianza campechana, con su poquito de fanfarronería hidalga y su gotita de voluptuosidad violenta, que no puede menos de seducir a los que vienen de fuera sin exagerados ideales pintorescos.

¡Ah! ¡La gracia española sin castañuelas y sin mantones, la elegancia sin chaquetillas, el ingenio sin sal andaluza! Yo, humilde, confieso que a veces estoy a punto de preguntarme si no sería justo cultivar eso de preferencia a lo de fuera. Pero como hay que hablar con franqueza, diré que «eso» no es fácil encontrarlo en toda su integridad, pues, por lo general, alguna afectación lo empaña en Madrid, como en Sevilla, y en el resto de la Península.

* * *

Tal vez sea aquí, en San Sebastián, en esta vida sin pereza y sin fiebre, bajo este cielo que no es meridional, en esta atmósfera algo plácida, algo húmeda y llena de suavidades amorosas; ante este mar de misterio, tan diferente del Mediterráneo; bajo estos arbolitos ligeros de la Concha, que parecen sacados de una estampa japonesa para sorprendernos con sus ramas caprichosas y sus frondosidades espumantes; aquí, en donde la detestable españolería de cromo se reduce a una corrida de toros los domingos y a algunas malagueñas estridentes oídas de noche al pasar por las calles en que hay tabernas; tal vez sea aquí, digo, en esta maceta de plata cincelada a la moderna, donde la flor de la raza se abra mejor, sin afectaciones, sin brusquedades y también sin gazmoñerías...

* * *

— Todo eso que los franceses nos achacan —suele decirme un buen canónigo toledano— es, en realidad, de fabricación extranjera. El mismo fanatismo católico, tan contrario al espíritu del Evangelio, es de fuera y, aunque parezca mentira, es francés cuando no es alemán. Nuestros arciprestes del tiempo de los reyes indígenas sabían, siendo muy buenos cristianos, dar consejos picarescos a las buenas mozas, porque estaban convencidos de que ni el amor, ni la galantería,

son pecados. Lea usted al de Hita... Lea usted también a Santa Teresa, y verá lo que eran los conventos de mujeres antes de que ella los reformara: eran lugares amenos, donde las lindas damas sin marido vivían de un modo agradable. Pero los extranjeros no se acuerdan de esto. Para ellos, la iglesia española es la inquisición, la inquisición, que fue inventada por los franceses en la cruzada albigense, si no me equivoco... Y esto no es todo. Los que buscan nuestra alma en la pintura, estudian de preferencia al Greco y a Ribera. ¡Ah, esos sí que son españoles para Europa! Pero, señor, si el Greco era extranjero y tan extranjero que, veinte años después de haber llegado a Toledo, aún necesitaba de intérprete en sus procesos.. En cuanto a Ribera, tan español, según los parisienses, ya sabe usted que aunque tal vez nacido en España, aprendió a pintar en Nápoles y ahí vivió toda su vida. Lo mismo nos pasa con lo demás. Un rey muy español para el mundo es Carlos V, porque se entierra vivo, porque muere en un monasterio, porque se pone un hábito de fraile sobre la coraza. ¡Carlos V, empero, era tan alemán que no podía serlo más! ¡Luego nos hacen ver a Felipe V en su Palacio con las barbas hirsutas, demacrado, lleno de terrores místicos, errando por los vastos pasillos con un crucifijo en la mano, medio desnudo, jadeante!... ¡Y Felipe V, sin embargo, era un francés nacido en Versalles!... En cambio, nadie habla de nuestros buenos reyes de Aragón, francos, leales, alegres

activos; ni de nuestros reyes de Castilla, espejos de esforzada hidalguía.

* * *

Mi amigo el canónigo tiene razón. Un velo obscuro tejido antaño en el extranjero, empaña el cielo español. Pero hay que confesar que durante tres siglos, España ha ennegrecido ese velo con sus propias manos, entre miserias del pueblo, crueldades de la Iglesia, prejuicios de la aristocracia. Y ahora, que un noble esfuerzo nacional de trabajo y de libertad lo ha rasgado, aún persiste su sombra y aún persiste, sobre todo, su leyenda.

San Sebastián, sin embargo, debiera bastar para hacer ver al mundo lo que la raza puede dar cuando se encuentra en su apogeo. Esta ciudad, trabajadora, alegre, activa, llena de ideas modernas, con vida cosmopolita, lujosa y limpia, está bien situada en donde la vemos. Ese europeo que penetra en la Península, y que tanto se asombra y tanto se entristece el día en que por primera vez se encuentra con su risueña grandeza, comprenderá poco a poco lo que es la verdadera España cuando se quita la capa sórdida, abandona el confesionario, olvida las humillaciones, recobra la libertad y aprende a leer y a trabajar. Hasta ahora, sin duda, aún no han querido los señores extranjeros ver la realidad de este

despertar del alma antigua a la existencia nueva.

—Esto no es España—murmuran siempre.

Esto es España, no obstante; la verdadera España, la España de mañana, la España consciente, fuerte, laboriosa, airosa y bien criada. Es la España vascongada, hermana de la España catalana, que toma de fuera lo práctico y lo útil, sin cambiar de alma...

VERONA, GUERRERA Y LEGENDARIA



ESDE la estación comienzo a sentir que ya no es sólo el balcón de Julieta y las tumbas legendarias de los duques, lo que venimos a ver aquí. La amplia avenida, desierta en otro tiempo, está ahora llena de soldados que pasan, marciales y ligeros, al son de los cantos de triunfo. De las ventanas, penden hojas de laurel y de naranjo. Un gran rumor que viene del centro nos envuelve, nos anima, nos inquieta.

¿Qué sucede en la ciudad, antes tan bellamente dormida?...

Las fachadas, que hasta ayer sólo se enorgullecían de sus escudos de piedra, ostentan ahora trofeos de estandartes.

Pero es en las famosas confiterías de las arcadas Víctor Emanuel, donde mejor se nota el cambio del alma local.

* * *

Vosotros, los que en otras épocas vinisteis aquí en busca de imágenes románticas, acordaos de las tardes de otoño, tan suaves, en el vasto espacio comprendido entre el muro gris del circo y las oscuras puertas del Palacio de la Grande Guardia Vieja. Las mujeres, veladas a la veneciana, pasaban, sin prisa, meciendo sus talles esbeltos y dejándose admirar con una complacencia llena de promesas. Muchas de ellas llevaban en la mano un libro de horas para hacer creer que volvían de orar a los pies de la Madona milagrosa de Santa Anastasia. Otras parecían embriagarse respirando las rosas cárdenas que adornaban sus gargantas. Pero casi todas, al pasar ante las confiterías, después de vacilar un instante, dejábanse arrastrar por la tentación y entraban a saborear los eximios pasteles de las monjas.

Detrás de las damas de ojos de fuego, marchaban los militares y los abates, los unos muy erguidos y muy sonoros; los otros, muy recogidos y muy discretos; los unos, mirando de frente, con miradas voraces; los otros, observando de soslayo, con curiosidades de sibaritas.

Y mientras en la plaza antigua todo callaba, en los rinconcillos de las tiendas, los ojos hablaban más que los labios, y los idilios iniciábanse a espaldas de los maridos o de las madres, sugiriendo ilusorias tragedias futuras de Julietas morenas y de Romeos que ya no eran niños de quince años.

* * *

Como antaño, lo primero que ahora veo es el desfile de los señores militares de bigotes y de espuelas. ¡Pero cuán diferentes me parecen! Ya no tienen aquel aire conquistador, ya no hacen sonar sus espuelas, ya no arrastran sus sables, ya no miran como si quisieran comerse a la gente con los ojos, ya no son terribles, en fin. ¡Ah! La lección de la guerra! Con una dignidad grave, y suave, y cortés, los tenientes y los capitanes pasan bajo las arcadas, se detienen un momento en las tiendecillas, charlan, sonríen, luego saludan y se marchan sin ruido.

—Parecían mucho más guerreros antes de la guerra—le digo a mi compañero.

—Sí—me contesta—, sí... Los militares, por lo general, no tienen aspecto de matamoros sino cuando no han matado a nadie. En cuanto han estado en la guerra y han saboreado el áspero gusto de la sangre, se vuelven muy suaves...

—Yo los prefiero como los veo hoy.

—Yo también... Pero las mujeres parece que no.

* * *

Para encontrar un rincón de antaño que no esté invadido por los militares, me refugio en la Piazza del Signori, siempre tranquila, siempre desierta, siempre desolada. En el centro álzase la estatua de Dante, presidiendo el gran cónclave de los

fantasmas, que, según la tradición, salen ciertas noches de los palacios que habitaron en siglos remotos los señores de la ciudad. «El más suntuoso de esos palazzi—dicen los guías—es el de los Scalliger.» Otras veces, pronunciando este nombre, he permanecido horas enteras ante las arcadas suntuosas de la casa solariega, tratando de hacer revivir la existencia trágica y aventurera de aquellos patricios del Renacimiento que mezclaron de un modo tan pintoresco lo pagano y lo cristiano. Hoy mi mente va más lejos, mis recuerdos vuelan más altos, y en vez de evocar a los humanistas del siglo xv, se remontan hasta la época en que el florentino desterrado vino a este mismo sitio para pedir asilo a un della Scala. «Era hombre ya famoso—dice la crónica—y sabía hablar con elocuencia de lo que había visto.» Al llegar aquí, el divino poeta venía del Infierno, lleno de odio contra la gente de iglesia y lleno de esperanzas patrióticas basadas en el ardor de sus amigos. Una de sus visiones de entonces es la de Pola:

... Pola presso del Quarnaro,
che Italia chiude et suoi termini bagna.

Y yo me siento conmovido al pensar que fué aquí mismo donde el Allighieri soñó en una Italia que tuviese por fronteras a Pola en el golfo de Istria, en las marcas de la Croacia, y que es de

aquí de donde salieron los soldados que realizaron el ensueño dantesco:

O voi ch'avete gl'intellitti sani,
mirate la dottrina che s'asconde
sotto il velame degli versi strani.

* * *

Verona, a pesar de ser la más bella ciudad militar italiana, tiene fama de germanófila y de neutralista. No soy yo quien lo digo. Lo dicen los mismos veroneses. Y luego agregan:

—Es una calumnia.

Sin duda, sin duda... Sólo que no es de hoy la calumnia. En el primer libro de historia que abro en la biblioteca del hotel encuentro estas líneas: «Los godos, en Italia, pasaron sin dejar huellas, en general; sólo Verona ha querido conservar con amor el recuerdo de los bárbaros. Cuando las ciudades, unidas por el lazo pontificio, barrieron a los arianos, Verona, acostumbrada a la esclavitud, volvió los ojos hacia los lombardos. Nunca la veremos, en el curso de los siglos, tomar parte en los movimientos heroicos para libertar a Italia.»

¿Es esto cierto?... En todo caso, hoy, Verona, vencedora, palpita llena de dignidad militar dentro de su coraza de piedras seculares, mientras Roma baila tangos y Milán sueña en futuros negocios...

* * *

Tiene razón Chateaubriand. Por más que uno diga que no es la sombra de Romeo lo que viene a buscar; por más que uno esté convencido de que la tumba de Julieta es una invención; por más que la ventana de la escala de seda, en la vía Cappello, le haga a uno sonreír, no hay medio de dar un paso por las viejas calles veronesas sin olvidar lo presente para revivir el pasado. «¡Y si ese pasado fuera por lo menos una realidad — exclama la sabiduría —, si hubieran siquiera existido los capuletos y los montescos!»... Pero no importa. Hoy, como en los tiempos del autor de «Atala», el canto de la alondra shakespeareana tiene más importancia que los discursos de los modernos príncipes de Metternich...

Una vez la primera impresión de fiebre guerrera desvanecida, todos los esfuerzos que hacemos por mantenernos dentro de lo actual, resultan inútiles. Los periódicos se empeñan en obligarnos a creer que la mayor preocupación de la gente son las consecuencias de la victoria y de la paz recién firmada. En el hotel, los corresponsales «yankees» no hablan sino de la cuestión de Fiume y del problema del Adriático. En los cafés, el himno de Garibaldi nos recuerda que Verona, desdénando sus harapos antiguos, quiere que se la vea siempre «drappeggiata del fin vessillo tricolore». En las esquinas, los patriotas lanzan gritos de entusiasmo. Ahora mismo un ciudadano a quien apenas conozco me detiene y me aconseja que vaya a ver, en el Corso Ca-

vour, un cortejo con banderas, músicas y discursos.

—Due ufficiali—me dice haciendo grandes ademanes - ; arringa rono la folla esaltando la grandezza del l'ora, unodi essi anzi portó à nome della sua rossa Romagna il saluto à Verona, sentinella avanzata d'Italia.

Y la fiesta del triunfo continúa, y yo tendría aún tiempo, según mi mentor desconocido, para escuchar a otros oficiales y para oír otros clamores.

* * *

Sin embargo, lejos de volverme hacia atrás, continuó mi camino lento, silencioso, melancólico, por las calles polvorientas y desiertas de los barrios antiguos, en los cuales nada es tricolor, nada es garibaldino, nada canta las notas de Mameli, nada tiene penachos de bersaglieri... ¡Ah! ¡La grave y patética melancolía de esta ciudad de fantasmas! No es la alondra de la resurrección nacional, no; es el ruiñeñor de la eterna noche romántica... «Sólo veo sepulcros»—decía lord Byron, después de recorrer la población. Sólo sepulcros se ven, en efecto, sepulcros de príncipes, de santos, de aventureros, de amantes y de «condotieri.» Pero cuando nos detenemos ante este camposanto gibelino, es un mundo entero, más brillante que el de los cortejos militares actuales, el que surge: un mundo de teatro, lívido y lumi-

noso, rudo y refinado, cruel y sensible, y tan parlero, tan gesticulador, que nos aturde con sus evocaciones.

* * *

Junto a Santa María l'Antica, el panteón de los soberanos locales aparece en plena calle, expuesto al pueblo cual un espectáculo. Todos los grandes Scaligera están ahí, desde aquellos que, después de conquistar Padua, Feltro y Trevisa, quisieron disputar a los dux de Venecia su poderío, hasta los que, un siglo más tarde, fueron víctimas de las ambiciones de los Visconti. El pueblo venera entre todas estas imágenes de su esplendor antiguo, la de Can Grande, que, en su corcel de guerra, parece contemplar con una confianza absoluta el porvenir de su patria. «Este fué el amigo de Dante» —dicen los veroneses—. Más que Can Grande, sin embargo, me atrae y me interesa el enigmático Signorío, en cuya alma se mezclan y se confunden de una manera shakespeareana los más contradictorios sentimientos. Un día de Septiembre del año de gracia de 1375, asegura la crónica, el duque Can Signorío, sintiendo su fin próximo, hizo llamar a sus hijos y les habló de esta manera: «Os dejo un noble Estado, rico y fiel, y si sois buenos y clementes, podréis gozar de su gobierno en paz. Así, hijos, como padre, os pido que os dejéis aconsejar por los hombres buenos y

que seáis justos, generosos, puros, nobles y, sobre todo, que améis y temáis a Dios, cuya justicia no perdona. De ese modo podréis, dentro de mucho tiempo, morir cristianamente, como yo, e ir a gozar del premio que Nuestro Señor reserva a los hombres de buena voluntad.» Sus hijos lloraban, oyéndolo, y prometieron seguir de un modo exacto sus consejos. Entonces el soberano llamó a uno de sus oficiales más fieles, y le dijo: «Voy a morir, y no quiero que mis hijos puedan tener dificultades durante su reinado, por lo cual te ordeno que vayas en el acto al calabozo en que hemos encerrado a mi hermano y lo mates con mi puñal.» Pocos instantes después el oficial volvió con las manos llenas de sangre, y entonces el dulce duque pudo morir tranquilo.

* * *

Para llegar hasta el balcón de Julieta y sentir la presencia de los montescos y los capuletos, nada prepara mejor el espíritu que un reposorio ante las tumbas de los Scaligera. Todas las pasiones y todos los apetitos, todas las procacidades y todos los rencores, todas las gracias y todos los encantos, todo lo gentilmente monstruoso, en suma, de la cultura italiana de la Edad Media, se encuentra compendiado en la gesta de los duques veroneses. Labrados y dorados, los sepulcros de Mastino y de Signorío son verdaderos joyeles funerarios. Los

demás, aunque no tan finos ni tan suntuosos, también merecen ser admirados como obras de arte. Pero lo extraño, lo significativo, es que en ninguno de ellos hay nada de terrible. Lo terrible está en las memorias que conservan el recuerdo de las aventuras ducales. A la muerte del último soberano, sus hijos Bartolomeo y Antonio tenían catorce años el uno y quince el otro. «Amaos y podréis reinar unidos»—les dijo su padre en el momento de expirar—. Poco tiempo después, Antonio era asesinado por Bartolomeo. «Bartolomeo—dice la crónica—lloró a su hermano tiernamente.» Y los historiadores modernos ponen como glosa esta palabra, que en la Edad Media no tiene sentido: hipocresía.

Hay entre las aventuras italianas una que es más significativa aún que la de los últimos Scalligera. Es la del duque Nicolás de Este y de su esposa Parsina Malatesta. La duquesa, como Fedra, tuvo la desgracia de enamorarse locamente de un hijo de su marido, el bello Hugo, y éste, menos cruel que Hipólito, se dejó amar. Una noche, el duque le sorprendió en su lecho y después de admirar la belleza juvenil de sus cuerpos desnudos, los hizo degollar. Hasta aquí la tragedia es casi vulgar en una época de incestos y de parricidios cotidianos. Pero lo que convierte a Nicolás en un personaje de Shakespeare es su duelo, sus torturas interiores, su perpetuo llanto y su interminable monólogo ante las sombras de sus víctimas. «Sin ellos—decía—no puedo vivir..., no..., y, sin

embargo, ¿cómo me hubiera sido posible vivir con ellos?...»

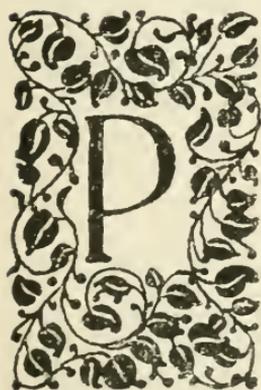
Bartolomeo Scaligera no tuvo tiempo para meditar en su crimen. El pueblo de Verona, indignado, le arrancó el cetro de las manos ensangrentadas y lo hizo huir. En su destierro, el príncipe no lograba explicarse el súbito movimiento de aquella buena plebe que había asistido indiferente a tantos asesinatos y que, de pronto, mostrábase justiciera. «Extraño pueblo» —murmuraba.

* * *

Extraño pueblo, en efecto; extraño y ardiente pueblo, en el cual la vida moderna no ha podido borrar las huellas de la sangre antigua. Por las calles oscuras, silenciosas y cálidas se me figura seguir el cortejo de Julieta y de Romeo. Todas las sombras trágicas que antes han surgido en mi camino contribuyen, cuando me encuentro en la Vía Capello, a hacerme sentir el terrible sabor de muerte que hay, desde un principio, en el idilio shakespeareano. «¿Quién es aquel gentilhombre?» exclama la niña de catorce abriles, al ver por primera vez al adolescente de quince años. Y agrega: «Si está casado, mi lecho nupcial será mi tumba.» Esta marca inicial no se borra nunca más. A cada paso la muerte aparece de nuevo. He ahí a Tybalt, que sucumbe luchando contra Romeo. «¡Tybalt muerto y Romeo desterrado!—grita Julieta—.

¿Desterrado?... Esta sola palabra mata en mí, diez mil Tybalts...» En seguida, dirigiéndose a su nodriza, murmura: «¿Sabes?... Yo creo que no será él, no, sino que será el sepulcro, el que gozará de de mi virginidad.» Y todos estos presagios que, entre las decoraciones de los teatros, nos desconciertan cual un «leit-motiv» demasiado macabro, aquí, en esta atmósfera saturada de muerte, de pasión y de crímenes, se aclara como al resplandor de una llamarada de incendio. Hay algo de devorante, algo de angustioso, algo de febril, en el aire que se respira en los viejos barrios veroneses. Y por más que uno se dice que no ha venido a resucitar fantasmas seculares, sino a ver soldados de carne y hueso, lo único que aparece con vida en la ciudad es lo que surge de los sepulcros...

CLARIDADES VENECIANAS



ORQUE no veía desde la piazzetta las velas rojas palpitando en una atmósfera de oro fundido, esta Venecia no me parecía la verdadera ciudad de los dux. ¿Cómo figurarnos, en efecto, una laguna sin cabrilleos irisados y un Canal Grande sin franjas de claridad púrpura en sus aguas inmóviles? Los techos mismos de los palacios, y las cúpulas de San Marcos, y el duomo de la Salute, y las torres de San Jorge, y todos los campanarios de las iglesias, se nos antojan, cuando los evocamos, perpetuamente bañados por raudales de luces que avivan sus tonos y prenden chispas en sus cruces. Pero es el espacio claro que va desde las «rivas» hasta el Lido, el espacio admirable donde las islas alzan sus arquitecturas y los barcos se mecen; el espacio abierto en el cual se reflejan los tintes azulados

de la aurora y los incendios del Poniente; el espacio en que colocamos con la imaginación a la Regina Maris de las alegorías antiguas con su corona y su cetro; el gran espacio de la gran laguna, en fin, es el que más lleno de sol y de pedrerías aparece en el recuerdo. ¿Cómo aceptarlo, pues, tal cual ahora lo encuentro? ¿Cómo explicármelo así, tan suavemente velado, tan delicadamente celeste por las mañanas, tan exquisitamente rosado por las tardes? ¿Cómo inclinarme ante lá realidad de esas velas que no son de bermellón soberbio, sino de ocre discreto? Viniendo de París, una Venecia así resulta inverosímil.

* * *

Porque París tiene su Venecia, como tiene su Sevilla y su Granada, como tiene su Tánger y su Cairo. Es una Venecia de colores alegres, de tonos fuertes, de contrastes bruscos. En un fondo azul, no de un azul de cielo y de agua, sino de un azul de ensueño (como el de los mantos que Pier María Pennachi le pone a sus vírgenes, como el que Fra Angélico usa cuando quiere vestir de pureza a un santo), en un fondo azul especialmente reservado para las lagunas venecianas, destácase, alta y airesa, cual un ala de águila ensangrentada, la vela del barco. A lo lejos, flotando en el éter de fuego, una torre coronada por una cruz de oro, una cúpula refulgente, un muro de blancura ce-

gadora... Y para el Canal Grande, bajo el puente del Rialto, entre dos palacios góticos cuyas ojivas resplandecen como encajes áureos, las góndolas, que se atropellan. Los remos, al caer, abren surcos de luz en el agua y una pareja de enmascarados que salen de una casa luciente cual un ascua, se destacan en el aire luminoso con sus trapos rojos, como dos apariciones... Y como uno ve a diario estas Venecias, como las ve reproducidas en las revistas, como las ve en los abanicos, como las ve a todas horas y en todas partes, cuando llega aquí se figura que el cielo, de intento, se ha puesto pálido para recibirlo...

* * *

Pero poco a poco una nueva visión veneciana reemplaza a la que uno trae. Es una visión menos violenta, menos azul, menos roja, pero más delicada y más variada. En vez de la monotonía del gran Poniente rojo y del pleno día áureo, vemos las más gentiles claridades matizando cada hora con un reflejo especial, poniendo en cada mármol una nota típica, acariciando cada rincón de cielo con pincel característico. Y luego, para probarnos que así ha sido siempre la bella ciudad, sus pintores indígenas nos hacen ver, en sus lienzos, a través de los siglos, una Venecia sin luces violentas, sin auroras románticas, sin puestas de sol sanguinarias. He aquí, por ejemplo, un cuadro de

aquel Gentile Bellino, que fué, hace cuatrocientos años, uno de los más ardientes patriotas de la serenísima República. En el espacio gris, palpita el agua verde del Canal. Las góndolas se mecen. Las ventanas doradas son las únicas notas claras del conjunto, pues aun los trajes de los gondoleros son oscuros. Otro cuadro del siglo xv, el *Miracolo del Santo Legno*, de Carapacio, nos hace ver una Venecia más gris aún, casi nocturna, en la cual las góndolas negras se confunden con el agua negra. Sólo una nota es clara en esta obra: la mancha blanca de un perrito que duerme en una barca a los pies de un caballero. En los siglos xvi y xvii, la ciudad se convierte en un símbolo. Los grandes maestros no la pintan, sino que la interpretan. Vistiéndole de diosa o coronándole como reina, el Veronés la glorifica, el Tintoretto la exalta, el Tiépolo la canoniza. Pero llega el Canaletto con sus pinceles realistas. La luz suave, dorada como la miel y no como el fuego, envuelve las arquitecturas, ilumina los grupos, anima las aguas. El cielo, de matices infinitos, se tiñe de verde o de rosa, según las horas. En la ciudad misma, la atmósfera es siempre delicadamente gris. Gris también la atmósfera de Bernardo Bellotto, que pinta el espacio inmenso de la laguna, frente al Palacio Ducal, y que lo puebla de galeras, de góndolas, de casas, de torres. La Venecia de Guardi es más pálida aún: es una Venecia de anochecer, una Venecia de figuras que se desvanecen en el fondo de los canales, una Venecia de

tarde de lluvia, con sus grupos de burgueses que se arropan friolentos, con sus barqueros que llaman a las puertas de los palacios dando golpes con los remos. Algo de más luz, algo de más color pone Jacopo Marischi en sus lienzos. Sus plazas son claras. En sus horizontes, el azul es plateado. Y cuando alumbra las escenas mitológicas que se complace en pintar bajo los pórticos de los palazzos en ruina, baña con luces de Oriente sus cuadritos. Mas aun con este fantaseador realista, estamos muy lejos, muy lejos de la Venecia incendiada de los franceses.

* * *

Sin duda en pleno verano el amplio Canale di San Marcos con sus islas pobladas de campanarios y sus riberas floridas de palacios, debe arder en fuegos magníficos. El inglés Turner vió, antes que nadie, en ese espacio claro cuyos confines se pierden en el Adriático, las sorpresas alucinantes del sol que juega con las nubes y se baña en las aguas. Pero no todo el año es un Julio o un Agosto. Ni toda Venecia está en la laguna abierta. Lejos de las cúpulas de la Salute y de los duomos de San Marcos, lejos de la piazzetta y de las torres de San Giorgio Maggiore, hay una ciudad alegre sin violencia, clara sin reverberaciones cegadoras, policroma sin manchas sangrientas. Y esta ciudad interior que ha sido siempre la preferida

de los venecianos, tiene un encanto tan variado y tan sutil, tan tierno y tan novelesco, que ningún pintor, por genial que sea, puede sintetizarla en sus lienzos.

* * *

Tres semanas llevo paseándome por estas calles. No he visto ni un museo, ni un palazzo, ni una iglesia por dentro. No he visto más que calles, canales, techos, torres, puentes, fachadas. He visto diez, veinte veces los mismos rinconcillos, que se esconden entre paredes vetustas como para guardar mejor su carácter de antigua gracia patricia. Los he visto al claro de la luna, los he visto en la alegría de la aurora, los he visto en la paz melancólica del Poniente. Me he perdido por los laberintos de una y otra orilla del Canal Grande, y queriendo ir hacia la Fondamenta Nueve para contemplar de lejos la isla de las Tumbas, me he encontrado, al cabo de dos horas de marcha, en el río de Santa María Maggiore, ya casi en el Campo de Marte. Luego he hecho, en góndola, paseos interminables, que han durado tardes enteras. ¿Qué conozco, sin embargo? Nada, verdaderamente, nada. Con sólo salir ahora sin rumbo fijo, me hallaría a los cinco minutos en un «campo» o en un «río» aún no visto. Porque esta Venecia, que parece en el mapa un islote minúsculo en medio de una inmensa laguna, es una

de las ciudades más grandes del mundo, si se considera su número de calles, de plazas y de canales. Cada veinte pasos, la calle termina y empieza otra, que acaba a los quince metros a la entrada de una plazoleta. Y si me decís que todo eso debe ser bastante minúsculo, os contestaré que no hay tal. En cuanto uno se acostumbra a las exiguas proporciones del conjunto, encuentra en los detalles la misma diversidad que en cualquier otro lugar del mundo. Una avenida que tiene tres metros de ancho, una vía como la Mercería del Orloggio, una calle como San Moisés, una plaza como San Mauricio, producen, al salir de la intrincada red de callejuelas que las rodean, la misma impresión que el bulevar de los italianos cuando llega uno a su entrada por los callejones de la Bolsa. Pero lo que no se siente ni en París, ni en Roma, ni en ninguna ciudad, es la sorpresa constante de los palacios en medio de los más humildes barrios.

* * *

Cada dos minutos, en realidad, debemos detenernos al pie de algún edificio admirable que no tiene ni nombre ni fecha. Muchas veces, convencidos de que ciertos palacios no pueden dejar de figurar en la guía, hojeamos ante ellos el Baedeker. ¡Inútil! Fuera de los monumentos del Canal Grande, los demás diríase que no deben interesar-

nos. Esta magnífica mansión señorial del Campo San Mauricio, por ejemplo, ¿a quién puede pertenecer? ¿Qué arquitecto la edificó? ¿Qué duque vivió antaño en ella? ¿De qué época es?... La guía no nos contesta. Si quisiera hablarnos de cada piedra bella, sería necesario que se extendiera cual una enciclopedia. Bastante trabajo tiene con explicar brevemente las fachadas de la vía triunfal. Yo no me preocupo, pues, sino de admirar las arquitecturas, como admiro a las mujeres que pasan, sin preguntarles sus nombres ni sus edades. ¿Qué necesidad tengo, en el fondo, de datos exactos? Desde que un día, extasiado ante un muro vetusto que el sol de los siglos ha dorado, oí a alguien decirme: «Ese es el Monte de Piedad», trato siempre, en cuanto me hallo frente al Pasado, de no preguntarle por el Presente. Este mi palacio del Campo San Mauricio, con sus altas ventanas ciegas, con sus puertas herméticamente cerradas, tiene la ventaja de no parecer poblado más que de sombras, pero no de sombras augustas, sino de sombras galantes. El señor que lo hizo construir, quería, sin duda, esconder su vida. De lo contrario, siendo rico, siendo noble y siendo artista, habría escogido, para establecerse, una de las plazas bañadas por el Canal Grande, en el barrio de los dux, de las cortesanas y de los embajadores. Frente al palazo Fóscari, su casa no habría hecho mal papel. Pero más que la claridad de la vía triunfal, buscaba el retiro de una calle apartada, entre una

iglesia modesta y un canal casi oculto. Aquí vino, pues, y aquí hizo fabricar su nido, sin balcones, sin miradores, sin nada exterior. En el fondo del patio de mármol, hay, de seguro, un jardín lleno de estatuas galantes y de secretos boscajes. Una escalera amplia conduce a la sala del primer piso, decorada a la moda oriental, que será siempre, con sus divanes profundos, sus pebeteros y sus cortinajes, la moda preferida por los que aman y sueñan voluptuosamente. En el fondo, entre dos palmeras enanas, una luna redonda, en la que apenas cabe una cabecita y un pecho juveniles... La cabecita es rubia, de ese color ardiente de las madonas de Bellini. El pecho es blanco y redondo, y ostenta una cruz de rubies que sube y baja al ritmo de la respiración y de los suspiros. Porque esta bella suspira, lo mismo que todas las bellas que están encerradas. El recuerdo de un galán visto la víspera en San Marcos, la preocupa y la inquieta. Mentalmente lo ve de nuevo con su traje *della calza*, que moldea sus finas piernas juveniles; sus cabellos atados por medio de cordones de seda bajo el *berretino púrpura*; con su blusa de amplias mangas, que dejan ver la redondez pálida del antebrazo; con su capucha bordada, en la cual resplandece un escudo de armas y una divisa galante. ¡Oh, aquel mancebo! La rubia señora le abriría con gusto, a riesgo de morir lo mismo que Desdémona, la puertecilla que da al canal, cuya llave está siempre en la bolsa de cuero de su esposo. Sí; se la abriría... Justamente he allí a su

esposo que entra, envuelto en su manto rojo de senador, con la banda de terciopelo terciada. Trae escondido en la manga un collar de piedras azules que harán resaltar la blancura mate de una garganta redonda y palpitante cual la de las palomas de San Marcos. Con cuidado amoroso se lo pone. Ella no dice nada y no parece siquiera sentir la joya nueva. Lo único que la interesa es la bolsa que se oculta bajo el manto, la bolsa en cuyo fondo hay una llave minúscula...

* * *

Estas menudas soñaciones no son posibles sino en las callejuelas solitarias. En el Gran Canal, que es la avenida donde se encuentra la historia de la serenísima República esculpida en las fachadas de los palazzos y en los atrios de las iglesias, sólo pompas y tragedias pueden entreverse al evocar el pasado. Además, a cada momento, una góndola llena de ingleses hace huir a los duques y a los *bravis*, a las damas tapadas y a las dueñas equívocas. Sólo al claro de la luna se puede ver el desfile de los fantasmas de gala. En el día, hay que confinarse en el laberinto de callejuelas y canales que forman la ciudad.

Por las callejuelas sigo, sin rumbo, sin idea fija, sin deseo ninguno de ver iglesias famosas o palacios históricos. Cuando una calle termina en un campo sin salida me vuelvo atrás y recorro de

nuevo el espacio antes andado. Cuando me siento cansado y encuentro una góndola en un canal, al pie de una escalinata carcomida, me meto en ella y le digo al gondolero que continúe su camino *piano piano*, sin llevarme ni a la piazzetta ni a las *fondamenta*. Lo que quiero es no salir de la ciudad misma, de la ciudad desierta, casi arruinada y tan llena, empero, de intensa vida legendaria. Como en un ensueño, voy por estos laberintos, cual si nunca hubiera conocido otra cosa. En unos cuantos días, mi alma se ha aclimatado. Nada de lo triste, nada de lo sucio, nada de lo incómodo, me choca. En cambio, ¡cuánto me entusiasman las bellezas de las más modestas arquitecturas, los reflejos fosforescentes en el agua, las sorpresas de los callejones, la elegancia de las muchachas que pasan arrebuajadas en sus mantos oscuros!

Mi gondolero es hoy más elocuente y más erudito que en días pasados. Con voz grave, me recita los nombres de los canales por los cuáles pasamos, de los ríos en cuyas quietas linfas nos vemos. Yo le había mandado, sin embargo, que fuera mudo, como un barquero de los que reman en las navecillas funerarias. Pero tal tanta fantasía en sus indicaciones, que no me atrevo a decirle que se calle. En ciertos lugares de noble aspecto y de amplias proporciones, nada me dice. En cambio, me cita los nombres de las vías oscuras y sórdidas. A veces parece olvidarme. Los canales desfilan con sus fachadas, con sus jardines, con sus escaleras, y mi hombre calla. Pero de pronto

se despierta y lanza al aire tranquilo una exclamación, que suena como un sacrilegio en el augusto silencio. Ahora mismo acaba de decirme: «Río San Antonio». Y aunque nada grandioso nos rodea, aunque ningún campanario se ve en el horizonte, aunque no hay frente a nosotros ni siquiera un poético puentecillo de piedra, comprendo la exclamación. Los muros modestos, que no ostentan ni fachadas de piedra labrada ni ventanas floridas; los pobres muros de uno y otro lado del canal; los muros de ladrillos desiguales, con humildes puertas y balcones miserables, tienen, gracias a la luz y a la humedad, que los bañan, un color delicioso de piedra rara, o mejor dicho, de piedra mágica, de gema encantada, con reflejos violáceos y vetas verdes, con tonos que se degradan a medida que escalan el espacio, hasta ser, alla arriba, bajo los aleros negros, de un matiz ideal de flor de malva luminosa. Y como las casas no tienen sino dos pisos, la luz del cielo llega hasta el canal y tiñe el agua de un color de turquesa antigua con manchas amarillas, y manchas verdes, y manchas casi blancas, de una blancura lívida de carne corrompida. ¡Oh canal San Antonio, río estrecho y misterioso, cómo comprendo que mi gondolero no haya podido resistir a la tentación de clamar tu nombre con supersticioso entusiasmo! En tu miseria sin leyenda, en tu tristeza sin historia, hay algo de misteriosamente significativo. Tus puertecillas bajas parecen cerradas para siempre. En tus ventanas, nada indi-

ca la vida. Las góndolas mismas que yacen quietas junto a tus muros, se diría que han sido abandonadas para siempre. ¡Canal San Antonio, canal de sueño o de muerte, qué bien veo ahora la razón de tus livideces, de tus fosforescencias, de tu frialdad! En estos tonos singulares, que mezclan lo violáceo a lo amarillo y lo verde a lo azul; en estos matices húmedos y blandos, que tienen reflejos de piedras preciosas y palpitaciones de sustancia humana, en todo lo que aquí yace, exánime, callado, desierto, hay algo que agoniza y que se descompone, poco a poco, en un tibio abandono, como una turquesa perdida en el fondo de un estanque.

* * *

Tras el canal que se muere, viene el canal que sonríe. Mi gondolero dice: «Río Santa Aponal.» El espacio parece aclararse, el cielo se llena de alegría, la góndola misma avanza más ligeramente. En el fondo, bajo la cúpula fresca de un naranjo, un puentecillo de piedra une con su arco caprichoso las dos orillas: la orilla color de rosa y la orilla color de mar... Porque en ese extraño sitio, dijérase que un decorador fantástico ha querido divertirse en teñir cada uno de los bordes de un matiz especial. La derecha es sonrosada, y con sus ventanas sencillas, con sus puertas en forma de arcos, con sus linternas en cuyos cristales la luz

juguetea, con sus hiedras que se escapan por encima de las paredes, parece un jardín oculto. A la izquierda, por el contrario, todo habla de lujo marmóreo, de ostentación perpetua. Un balcón magnífico divide horizontalmente el espacio. Arriba del balcón se ve el techo labrado; abajo los portales abren sus hojas blasonadas. Las piedras del muro ostentan divisas latinas y cifras gloriosas. Pero no es ni la sencillez fresca de un lado ni la pompa de enfrente lo que me encanta, sino la sonrisa del conjunto. Todo, en efecto, es aquí risueño: la hiedra y la piedra, el agua y el cielo. El azul de Oriente sonríe al rosa del Poniente.

En el canal, los remos hacen estallar, cada vez que hieren la linfa quieta, un minúsculo fuego multicolor, cual si rompieran un cristal irisado. En lontananza, una nubecilla, blanca como un ala de paloma o como una vela perdida, alba, sin mancha, palpita alegremente. Y para que nada falte, de pie en el puente, una veneciana nos sonríe, no con los labios, sino con toda su silueta, en la cual se funden y se confunden, armoniosos, los tonos celestes y los tonos rosados del canal.

* * *

La góndola pasa por un amplio río, en el cual se mira una iglesia. Mi gondolero calla. Luego entramos en un canal muy largo, con fachadas nuevas,

y mi gondolero nada me dice. En el horizonte, las palideces parpadeantes de las primeras estrellas anuncian el anochecer. Todo un lado del cielo está ya cubierto de su manto azul nocturno.

Pero del otro lado la luz persiste, sirviendo de fondo nitido a los campanarios que se destacan como pintados por Canaleto en un lienzo del Tiépolo. El *Avemaría* melancólica llena de repiques el espacio. De pronto, la decoración cambia. Al volver de una esquina, mi buen barquero exclama: «Río dei Lovo». Y, como por encanto, nos encontramos en una ciudad nocturna, en una ciudad trágica, mejor dicho. A nuestro lado pasa una góndola cerrada. De pie, en la escalinata de una puerta, aparece, negro en la penumbra, negro de traje y negro de actitud, un embozado caballero. «Río dei Lovo», vuelve a exclamar mi barquero, con voz que se me antoja cavernosa. Una instintiva angustia me oprime el corazón. Es color de tinta el agua; son color de sangre los muros; es color de plomo el cielo... A mi derecha, las ventanas son redondas como claraboyas y están cerradas por medio de enormes barras de hierro. ¿Son las ventanas de una antigua cárcel, terrible cual la del palacio ducal? Algo de siniestro hay en ellas. Pero más que esas ventanas me conmueven los balconillos y las puertas del otro lado, tan desiguales, tan numerosas y tan estrechas, que parecen, en la obscuridad de este anochecer, la realización de uno de aquellos ensueños medrosos que atormentaban al pobre Poe en sus últimos

años. ¡Canal de pesadilla, este nocturno río del Lovo, canal de agua fuerte fantástica, canal de una Venecia trágica, por la que sólo discurren, dolientes y crispados, los fantasmas de los que murieron de muerte violenta o de los que mataron a mansalva...

* * *

Estos canales y estas callejuelas agonizan gravemente oyendo la única música que conviene a la melancolía y al recuerdo, la música de las campanas.

¡Ah las campanas de Venecia!

Todas las noches, a la hora en que los palacios empiezan a apagar sus ventanas. una voz de bronce rompe, con brusca alegría, el solemne recogimiento de las torres.

— Es el toque de la victoria — dicen los venecianos.

Pero si les preguntáis de qué victoria se trata, es probable que no sabrán daros razón. ¡Es una cosa tan lejana! La primera vez que ese toque interrumpió el sueño de la ciudad, en efecto, fué cuando, hace cuatrocientos años, un mensajero del almirante Venier anunció al Gran Consejo el triunfo de Lepanto. «¡Que la campana de mi iglesia diga de generacion en generación al mundo nuestra gloria», exclamó el dux. Y la campana sigue diciendo la gloria antigua, con su misma voz orgullosa de otro tiempo.

En el concierto perpetuo de los repiques venecianos, este toque se pierde y se confunde. Porque no hay un minuto en que algún acento de metal no palpite en el aire. Desde el amanecer, los campanarios comienzan a hablarse a través del espacio. A las alegrías que San Jorge Mayor en su isla verde esparce, le responden las melancolías de San Zanopoli. Cada hora tiene su toque, Cada pena tiene su ritmo. Para cada alegría hay un sonido. Los niños vienen al mundo oyendo armonías aéreas. Al irse hacia el cementerio, los muertos oyen el doble solemne de algún *campanile*. Y yo no sé si es porque el aire es más propicio, o si es porque las campanas son de un cobre más fino, pero lo cierto es que en el interminable desgranarse de las notas en el éter, nada nos hiere ni nos aturde.

Los venecianos reconocen con facilidad el ritmo de cada campana de la Misericordia, de Santa María del Orto, de San Lucas, de San Casiano, del Rosario, de la Viña o de cualquiera otra de sus parroquias. Yo apenas sé distinguir el campanario de la Salute, tan suntuoso, del humilde campanario de San Salvador. Pero no importa. Cuando los sonidos se mezclan, se me figura que noto sutiles diferencias en el espacio.

Los toques más graves los atribuyo al templo de Frari, en donde los dux tienen sus sepulturas: los sonidos más ligeros se me antojan salir de las torres de San Moisés, tan llenas de ángeles mármoreos y de palomas de pórvido. En cuanto a los

dobles, hondos, lúgubres, angustiosos, de seguro vienen de aquel pobre San Miguel, que se yergue solo y negro en medio de la isla de las Tumbas. Pero ninguna voz de bronce me emociona tanto como el *Ave María* de San Sebastián; *Ave María* suave, lento, que parece decir eternamente al universo la hora en que Pablo Veronés fué enterrado bajo la modesta nave de la vieja iglesia...

ROMA VISTA POR LOS EXTRANJEROS



HAY en el Castel San Angel, entre las innumerables galerías de reliquias arqueológicas, un pabellón de divinas evocaciones que se llama Roma vista por los extranjeros (1). Con manos piadosas, cada uno de los grandes países de Europa ha depositado ahí algunos de los cuadros en que sus artistas más famosos eternizaron sus visiones romanas. El catálogo de la sección se enorgullece con los nombres gloriosos de Velázquez, de Poussin, de Fortuny y de otros muchos pintores. «Sería imposible hacer nada más completo»—dice un crítico. Y así debe ser, sin duda. Pero yo creo que algo falta entre tanto esplendor, algo que no habría costado mucho, algo que apenas ocuparía un pequeñísimo espacio, una simple vidriera con una docena de libros. Porque si se

(1) Durante la Exposición de 1911.

trata de hacer ver cómo los extranjeros han sentido y comprendido las bellezas de la ciudad eterna a través de los siglos, es imposible no confesar que los documentos más importantes son las obras escritas y no las obras pintadas. En los lienzos, en efecto, en estos lienzos llenos de ruinas y de cipreses, de cúpulas y de columnatas, de fuentes y de jardines, no vemos sino la fisonomía de Roma. En los libros, en cambio, encontramos su alma.

* * *

Sin remontarnos hasta la época en que el viaje a la Nueva Jerusalén era una romería, tenemos numerosos documentos para ver la impresión que la metrópoli de la cristiandad produce desde el principio del Renacimiento a los grandes hombres. He aquí, en el siglo xvi, al más sutil, al más profundo, al más admirable de los escritores franceses: a Miguel de Montaigne. Su *Journal de Voyage*, publicado por primera vez en 1774, nos hace ver a un hombre menos preocupado de penetrar los secretos del Vaticano que de estudiar la vida de la ciudad misma en lo que tiene de viva y de profana. Ante todo, la belleza de las mujeres parece preocuparlo. ¡Se ha hablado tanto del esplendor de las matronas romanas! Los cuadros de Rafael, popularizados por los escrupulosos grabados de la época, llevan a los más recónditos pue-

blos del mundo la imagen divinizada de las muchachas transterverinas. En Francia, más que en el resto de Europa, los retratos relativamente auténticos de la Fornarina, de Imperio, de Julia Farnesio, de Victoria Colonna, alucinan a los fervientes de la belleza ideal. Así, apenas instalado en la ciudad pontificia, el autor de los *Ensayos* piensa en no perder la menor oportunidad de contemplar lindos rostros. En las iglesias, en los palacios, en las plazas públicas, en todas partes, en fin, se fija con mayor complacencia en el elemento femenino que en el masculino. De este estudio, ¡ay!, como de otros muchos, el gran escéptico no saca sino una desilusión. Lo que en su mente es único, en la realidad resulta vulgar. «No veo nada— escribe al fin en su cuaderno de notas— que justifique la nombradía de estas mujeres, y debo decir que lo mismo que en Francia la belleza más singular pertenece a las que hacen de ella un comercio. Salvo en tres o cuatro mujeres, ninguna excelencia he hallado. Pero debo decir que el número de feas es menor que en mi país. La cabeza, la cara, es aquí más correcta, pero el cuerpo no, y esto consiste en que nuestras mujeres se cuidan más del talle, aunque se visten con menos lujo de perlas y pedrerías.» Lo mismo que con la belleza femenina le pasa con lo demás. La culpa no es suya. Tampoco es de Roma, sino de los que, ya en aquella época, se complacen en pintar las cosas con exagerados colores. El carnaval, el famoso carna-

val, el terrible carnaval, no le parece digno de su fama. ¿Dónde están las orgías callejeras, las intrigas caballerescas, las fiestas diabólicas, los desfiles soberbios? «Todo lo que logré ver, en un día entero de paseo carnavalesco, son unos cuantos niños, unos cuantos ancianos y unos cuantos judíos desnudos.» «Nos parece—escribe—que no es gran cosa.» Lo que si le parece grande, en cambio, es la atmósfera de la ciudad. Adelantándose a René Schneider, declara que Roma es «la capital de los recuerdos y de las razas.» El cosmopolitismo lo entusiasma tanto como el recuerdo. Después de haber hecho un cuadro sublime de las ruinas, se vuelve hacia el presente y celebra cual la mayor de las conquistas esa mezcla de razas que viven y fraternizan a la sombra del Vaticano recién construido.

* * *

La misma sensación de eternidad y de universalidad es la que domina a Montesquieu cuando, enamorado de las instituciones antiguas, va a buscar, entre los escombros del Palatino, el secreto de la grandeza y de la decadencia del pueblo modelo. «Lo que encuentro en Roma—dice—es una ciudad que siempre será la metrópoli del universo.» Y más adelante agrega: «Cada uno viene a Roma y todos creen encontrar aquí su patria.» Estas últimas palabras en casi todas las

cartas de los jóvenes artistas que van ahora pensionados a Italia se encuentran. Las almas generosas, las almas idealistas, se aclimatan en cualquiera de las colinas sagradas apenas translata-das. La historia de la fuente de Trevi es una demostración popular de tal verdad. Un refrán romano dice, en efecto, que quien echa en la famosa fuente una moneda, volverá a verla. Y es tal el deseo que tienen los forasteros de no morir sin retornar a la ciudad santa, que cada vez que los fontaneros municipales hacen una limpieza general, se encuentran millares de liras en el fondo del «vascone». En la época del autor del *Espíritu de las leyes*, esta ingenua costumbre no existe aún. Pero no por irse sin pensar echar una pieza de cobre en el agua, los viajeros dejaban de llevarse el deseo de volver. Los que no se contentan con un simple «tour» de una semana, sobre todo, tienen y han tenido siempre que confesarse conquistados. Porque el encanto romano no es, cual el encanto parisiense, de los que seducen en el acto, de los que operan como por milagro. No. Los primeros días, por el contrario, algo hay en Roma de poco agradable. Esto se nota lo mismo en Montaigne, en el siglo xvi; que en Du Bellay, en el xvii; que en Montesquieu, en el xviii; que en Taine, en el xix; que en Anatole France, en el xx. Pero una vez el contacto de simpatía establecido, la conquista es cada día más absoluta. El papa León XIII, que era romano de la campaña y que conocía el poder misterioso de Roma, tenía dos

frases para despedirse de los extranjeros. A los que sólo habían pasado unos días aquí, les decía:

—Adiós.

En cambio, a los que habían pasado más de tres meses, les decía:

—Hasta luego.

—¿Por qué hasta luego? - le preguntó un día cierto embajador, que creía abandonar para siempre su puesto.

Porque este pueblo atrae — a los que merecen ser atraídos — le contestó el Papa.

Atrae, seduce, absorbe... Los pintores lo saben por experiencia. En otras ciudades ganan más, tienen mayor fama, viven con mayor lujo. No importa. En Roma se sienten más felices.

—Yo hasta he olvidado mi patria—acaba de decirme uno de ellos, con algo de vergüenza.

—No es usted el primero—le he contestado.

* * *

Con la elocuencia propia de su época, el más grande de los franceses, el olímpico Chateaubriand, a pesar de su patriotismo ardiente, escribe en su carta célebre a madame Recamier: «Poco a poco, la fiebre de esta ciudad en ruinas me penetra, y acabo, como otros viajeros, por adorar lo que antes me dejara indiferente. La nostalgia es la tristeza por el país natal. En las márgenes del Tiber se siente también un «mal

del país», pero de un modo opuesto: se siente uno poseído por el amor de esta soledad y por la repugnancia de la patria». Este, a mi ver, es el mayor homenaje que un gran poeta ha rendido a Roma. Goethe mismo no llega nunca a tanto. Stendhal, aunque declara que su alma es italiana y que adora la ciudad eterna, confiesa que su ciudad preferida es Milán. En cuanto a Byron, su frase es conocida: «Roma—dice—es la belleza clásica: yo me siento más feliz en Venecia.»

Y Chateaubriand no es únicamente el que más ama a Roma. Es también el que mejor la comprende. Hasta él, en efecto, los escritores no han visto, fuera de la ciudad misma, ninguno de los esplendores campestres que hacen un marco sublime a las siete colinas. Las descripciones de Miguel de Montaña, de Joaquín du Bellay, de Montesquieu, de Brosses, del mismo Goethe, son siempre heladas y muy a menudo hostiles, en cuanto se trata de volver la vista hacia la «campagna». «¿Sabéis lo que son estas inmediaciones?—escribe de Brosses,—Son una cantidad prodigiosa y continua de pequeñas colinas estériles, incultas, desiertas, tristes y horribles hasta donde pueden serlo. De fijo, Rómulo estaba borracho cuando pensó en edificar su aldea en tan feo terreno.» Y no puede decirse que quien así se expresa, sea un hombre de mal gusto. Es, únicamente, un adorador de los paisajes clásicos de Claudio Loreno y de Poussin, quienes supieron componer con ciertas vistas de Roma, panoramas tan falsos como deli-

ciosos. ¡Ah! las columnatas medio derruidas, al claro de la luna! ¡Ah! los esbeltos cipreses que suben hacia el cielo como preces! ¡Ah! los vetustos muros cubiertos de hiedra! ¡Ah! las nobles torres que miran turbiamente en las aguas del Tiber sus orgullosas masas negras!... Pero esto que le encanta a Brosses, esto que para Montesquieu es la esencia misma de la belleza real, esto que al propio Goethe le basta para situar sus ensueños magníficos, a Chateaubriand le resulta falso, pálido, incompleto. Chateaubriand no se contenta con admirar los sitios escogidos, sino que contempla toda la naturaleza en su absoluta majestad, sin hacer diferencias de géneros poéticos entre la enormidad épica de las montañas y la gracia idílica de las llanuras. Todo tiene, para su alma sensible la belleza absoluta de la vida. En los mismos sitios desolados donde Miguel de Montaigne no encontrara sino miseria y fealdad, él halla las más sublimes sensaciones. Al pie del sepulcro de Cecilia Metella, escribe la página excelsa que comienza con estas líneas: «Figuraos la desolación de Tiro y de Babilonia, según la pinta la escritura; figuraos un silencio de muerte y una soledad tan vasta como fué vasto antaño el tumulto de los hombres que aquí lucharon. Se diría que ninguna nación se ha atrevido a reemplazar a los dueños del mundo en su propia cuna, y que estos campos están tal cual los dejó el arado de Cincinato a la muerte del último labrador romano.» Hoy mismo, que las viñas cubren de nuevo

las llanuras de los castillos romanos, la visión de Chateaubriand es exacta. La tierra romana es desolada y desierta. Pero lejos de ser «miserable», como dice Brosses, lejos de ser «horrible», como escribe Miguel de Montaña, es sublime en su austeridad febril. «Nada es tan bello—asegura el gran Chateaubriand—como las líneas y los horizontes de Roma, como la dulce inclinación de sus llanuras, como los contornos suaves de sus montañas. A menudo, las planicies toman la forma de un circo o de un hipódromo. Un vapor singular que viene de muy lejos, redondea las curvas y hace desaparecer lo que pueda haber de duro en las formas. Las sombras mismas no son aquí nunca pesadas y negras. No hay masas oscuras en estas rocas; en estas enramadas queda siempre un poco de luz. Un matiz extrañamente armonioso funde la tierra con el cielo, el cielo con las aguas. Todas las superficies, gracias a una gradación insensible de colores, se unen en las extremidades, sin que uno pueda notar dónde comienza una nota y dónde la otra acaba. Las cumbres de los montes sabinos aparecen en el crepúsculo como tallados en lapiz-lázuli y en oro, mientras sus bases y sus vertientes se hunden en un misterioso vapor de amatista. A veces, magníficas nubes teñidas de rojo, al caer de la tarde, hacen pensar que Roma extiende de nuevo sobre el mundo la púrpura de sus emperadores.» Esta página, cuya belleza es digna del asunto, no puede menos, en los albores del siglo XIX, que parecer a todos los escritores de

Europa una pura fantasía de visionario. Pero tal fantasía, poco a poco, conviértese en realidad. Los poetas románticos, con sus ojos ávidos de todas luces, confirman la sentencia redentora de Chateaubriand. La Roma campestre, antes horrible, miserable y lamentable, se trueca en una Roma esplendorosa.

* * *

Volviendo a la ciudad misma, basta con leer un estudio del erudito suizo Gaspard Vallet, titulado *Reflets de Rome*, para ver cuán numerosos son los grandes escritores de nuestro siglo y del siglo pasado, que consagran a Roma obras importantes. El primero de todos, naturalmente, es Goethe, el tudesco helénico, el resucitador de dioses, el soñador de renacimientos marmóreos. Desde el principio de su vida este poeta sufre de lo que uno de sus biógrafos llama el «vértigo romano.» Y eso es, realmente, el sentimiento de aquel hombre: un vértigo, un deseo irresistible, una pasión imperiosa. El, tan ponderado para todo, en esto sólo no es dueño de sí mismo. Quiere ver la ciudad eterna y para conseguirlo tiene que organizar una verdadera fuga. Su primera carta de Italia comienza diciendo: «Apenas me atrevo a creer que estoy aquí.» El cumplimiento de su deseo parecele, por lo bella, la continuación de un ensueño. No se atreve a creer en su dicha. ¡Roma, Roma, ja-

más un hombre se acercó a ti como este enamorado de tu imagen que va a ser tu más glorioso amante!... Cada vez que al hallarse ante una ruina ilustre la reconoce, siente que ha encontrado algo de su patria ideal. Esos templos derruídos, son los santuarios de sus dioses. Esos palacios le hablan de sus héroes familiares. Esos muros le recuerdan sus aventuras ideales. Su alma pagana, su alma olímpica mejor dicho, se aclimata en el acto en el Foro. La fiebre del primer instante desaparece rápidamente y una tranquilidad apolónica invade todo su ser. ¡Ah! éste no es un dionisiaco, ¡no! La calma y la armonía presiden el perpetuo banquete de su vida. Las mismas ruinas enormes y sangrientas que hablan de la tragedia antigua, aparecen ante sus ojos claros bañadas por una claridad ideal. «Cuando consideramos así — dice — una existencia de más de dos mil años, que ha sido removida y modificada de tantas maneras por el tiempo, y que, sin embargo, continúa en el mismo suelo, en la misma colina, nos sentimos como asociados a las grandes decisiones del destino. Al principio es difícil comprender cómo Roma sucede a Roma, y no sólo la Roma moderna a la Roma antigua, sino cada época de cada Roma a la época anterior... Y a pesar de todo, esta enormidad obra en nosotros muy tranquilamente.» La tranquilidad en la pasión, la calma en el éxtasis, he ahí, en efecto, el carácter del amor goethiano. A cada instante la misma frase acude a su pluma. «Vivo

aquí — dice — en una claridad y en una calma que nunca antes había experimentado.» Los Apolos de mármol comunicanle su divina sonrisa. Bañándose en luz, no percibe sino las armonías milenarias. Cada día una nueva imagen, un nuevo espectáculo, un nuevo descubrimiento, un nuevo ensueño, alimentan su quietud feliz. El goce unido a la tranquilidad, la «joie grave» como la califica Gaspard Vallete, le proporciona un éxtasis perpetuo.

El «paganismo místico» que Luis Menard descubriera cincuenta años más tarde, Goethe lo encarna en Roma. La estatua que vemos en la Villa Borghese, no representa al glorioso alemán en la realidad de su vida romana. Si el artista hubiera querido darnos una imagen verídica, en vez de este poeta de gesto orgulloso y elocuente, nos había presentado a un joven austero meditando cual un estudiante ante un pórtico armonioso. En sus notas íntimas, la palabra «estudiante» se encuentra varias veces. «Aquí — dice — estoy en una magna escuela donde cada día me enseña muchas cosas.» Más adelante agrega: «Aquí sería preciso guardar años enteros el silencio de Pitágoras.» Y luego, compendiando todas sus impresiones, escribe: «Así como a medida que nos internamos mar adentro encontramos el agua más profunda, así a medida que más contemplo la ciudad más perplejo me siento. Al llegar, sabía que me esperaba una buena lección; pero ignoraba que me iba a ser necesario un tan largo tiempo de escue-

la. En Roma encuentro mi primera juventud hasta en sus más pequeños detalles.» Es un adolescente, en efecto, un maravilloso adolescente moral el Goethe del *Viaje a Italia*. Su cerebro tiene avideces infantiles. Su curiosidad es insaciable. Sus grandes ojos azules no se cansan de admirar. Con una humildad que desaparecerá apenas haya vuelto a su patria, confiesa a cada momento sus ignorancias y sus descubrimientos. Después de leer una obra de Leonardo de Vinci, declara que hasta aquel día no sabía nada de lo que es el arte en su esencia íntima.

Sus propias poesías parécenle despreciables cuando las relee en la soledad formidable del Palatino. «Mis versitos»—dice hablando de ellos— Y es que todo, comparado con las grandes lecciones que recibe, antójasele pequeño, deleznable, vano. Su Roma es no sólo la capital del mundo, sino también la escuela de los siglos. Así, cuando después de estudiar en ella largo tiempo se dispone a volver a su Germania natal, exclama con los ojos llenos de lágrimas: «¡Oh, piedras, habladme; habladme, palacios altivos; calles, decidme adiós, murallas sagradas, habladme, todo tiene un alma entre tus murallas, Roma eterna!»

* * *

¿Y Stendhal?

Stendhal es el enamorado activo y compla-

ciente que admira sin discernir, sin escoger, sin discutir; que admira todo y a todas horas; que admira lo grande por grande, lo triste por triste, lo miserable por miserable; que admira con adoración ingenua y enternecedora. Las plazas, las calles, los jardines, los palacios, todo le encanta. Todo tiene para su alma embelesada, una poesía infinita y una infinita belleza. Describiendo rinconcillos insignificantes, llega a veces a abandonar su concisión de estilo habitual y, sin darse cuenta de ello, permítese tiernos lirismos de amante. Su excelsitud está en su fe. El, tan incrédulo, tan irreligioso, tan anticlerical, arrodíllase ante la ciudad santa con una sencillez de peregrino. Y es en vano que trate de mostrarse más minucioso que un cicero, más escrupuloso que un guía, más metódico que un magister. El amor llena de delicioso desorden su labor. Hay que ver, en efecto, la diferencia que existe entre el plan y la realización de sus «Promenades». Con una frialdad de matemático, el buen «promeneur» prepara, antes de comenzar a escribir, seis enormes cuadernos y en cada uno de ellos pone un título. El primero se llama «Ruinas antiguas, Coliseo, Foro, Termas, Panteón»; el segundo: «Obras maestras de la pintura», Miguel Angel, Rafael, Carracci, Dominiquino, frescos; el tercero: «Arquitectura moderna»; el cuarto: «Estatuas antiguas, Laoconte, Apolo, etc.»; el quinto: «Escultura moderna, Miguel Angel y Canova»; el sexto: «Gobierno y

costumbres». Ahora bien; abramos los dos tomos de las «Promenades» y los otros tomos de sensaciones italianas, y veremos cuán pocas veces logra el autor seguir las líneas generales de su plan. Olvidando sus cuadernos, paséase por la ciudad con un placer a cada instante renovado, con un amor cada día más profundo. Al regresar de un viaje a París, escribe olvidando su dignidad helada de analista y de funcionario: «Mi corazón desborda y mis ojos se llenan de lágrimas». Luego, ante la campiña romana, evocando los paisajes que ha visto en otros países y comparándolos con los que tiene ante la vista, llega a asegurar que las montañas albanas son más bellas que las montañas suizas. Porque Stendhal no se contenta, como Chateaubriand, con salvar el campo que rodea a la ciudad eterna del oprobio en que los clásicos lo habían precipitado, sino que lo diviniza poniéndolo por encima de todos los demás campos italianos. «Al cabo de un cuarto de hora de camino — dice — el aspecto cambia y el alma vuelve a admirar el más sublime paisaje que presenta Italia: *salve magna parens rerum.*» Y así como el campo romano es el más bello de los campos, así Roma es la más bella de las ciudades. Milán, sin duda, parecele más agradable, más cómodo, más voluptuoso. Su alma es milanese. «Cuando muera — dice — poned como único epitafio en mi tumba: «Aquí yace Arrigo Bayle, milanese», Esto, sin embargo, no le impide declarar que Roma es más bella que Milán. Es más

bella que todo. Es la belleza misma. Aun en sus días sombríos, aun en la niebla, aun bajo la lluvia, es bella incomparablemente. Lo que Taine no podrá nunca comprender, a pesar de su genio todo comprensivo, Stendhal lo siente desde el principio. «Roma—exclama—es la ciudad de las pasiones». Y a renglón seguido escribe: «Desde mi mesa de trabajo veo las tres cuartas partes de Roma y en frente de mí, del otro lado del Tíber, álzase majestuosa la cúpula de San Pedro que, en el crepúsculo anaranjado, tíñese de un matiz puro bajo el cielo que comienza a estrellarse. Nada en la tierra puede compararse con esto. El alma se siente enternecida y elevada: una felicidad divina la penetra. Pero me parece que, para estar a la altura de estas sensaciones, es preciso conocer Roma desde hace tiempo. Un joven que no haya sido nunca desgraciado no comprenderá esta belleza.» Además del hombre que no ha sufrido, Stendhal sólo ve a otro ser en el mundo incapaz de experimentar la seducción romana: es el burgués. «Esto no es para ti»—le dice.—Porque la ciudad eterna no tiene, como París, como Viena, como Milán, atractivos y diversiones. No tiene sino belleza, belleza absoluta, belleza sagrada. Y la burguesía, en 1811, lo mismo que en 1911, está reñida con la belleza.

* * *

Así como los arqueólogos no buscan en Roma sino lo que queda de pagano entre sus muros, otros viajeros se empeñan en no ver sino lo que ahí ha creado el catolicismo. «Las Romas son ciento» — dice Barrés. Si no son ciento, por lo menos son dos bien definidas, bien separadas: la de los artistas, la de los evocadores que lo mismo se complacen en admirar San Pedro que el arco de Tito, y la de los fanáticos para quienes fuera de las iglesias no hay nada digno de verse. Entre estos últimos, el más ilustre es Louis Veuillot. Elocuente, intransigente, ardiente, magnífico e injusto, el famoso polemista católico ignora que haya en Roma nada que no sea eclesiástico. Su viaje, mejor que un paseo, es una peregrinación.

Sus entusiasmos son las más orgullosas oraciones. Arrodillándose ante San Pedro, ora en alta voz para que el mundo entero lo oiga. ¡Y ¡ay! del que no se incline como él, ¡ay! del que se permita la libertad de razonar, ¡ay! del que quiera ser poeta y no devoto! El mismo Lamartine no escapa a sus anatemas a pesar de toda su unción mística. Porque este hombre extraño y admirable, es muchísimo más papista que el papa. Fulminando contra los que no tienen la fe de Torquemada, es el verdadero azote de los impíos y de los tibios. A Roma, según él, hay que llegar arrastrándose. «¡Maldito del que no se purifica antes de entrar en la ciudad santa!» Y en sus durezas, en sus violencias, en sus asperezas, suena, de vez en cuando, una armonía sublime que conmueve aún a los más

incrédulos. «Roma — dice — ha llevado al género humano en sus brazos como un niño enfermo, le ha hecho respirar los celestes aromas, lo ha alimentado con la carne de nuestro señor Jesús.»

* * *

Hay entre los libros sobre Roma publicados a mediados del siglo XIX, uno que debiera ser leído por todo el mundo y que, sin embargo, muy pocos conocen. Se titula *Roma y sus cercanías* y su autor es el alemán Gregorovius. Gaspard Vallette no lo cita siquiera en sus *Reflets*, a pesar de que ha sido traducido al italiano y al francés recientemente. ¿Por qué este desdén? Tal vez por la índole misma de la obra que no tiene nada de artística en el sentido usual de la palabra y que nada dice ni de las iglesias, ni de los palacios, ni de los jardines, ni de los museos. Tal vez porque su autor tiene fama de ser un muy fastidioso historiador pontificio. En todo caso, el olvido es injusto. Porque si hay páginas interesantes, son aquellas en que evoca Gregorovius las figuras admirables de los Colonna y de los Orsini en sus castillos de la campiña romana. ¡Cómo se comprenden las convulsiones de la historia de la Edad Media, viendo las duras estampas de estos varones feudales que consideran al papa cual un capellán de sus ambiciones y de sus odios! La bofetada del condestable de hierro en el rostro de Bonifa-

cio VIII, que conmovió al mundo entero, es un gesto que no choca cuando se acerca uno a las almas atroces de los señores romanos. Además de estas evocaciones hay, en *Roma y sus cercanías* capítulos admirables sobre los conventos de antaño y sobre las antiguas costumbres.

* * *

¿Cómo Taine, nuestro padre Taine, tan sensible a la belleza de Nápoles, tan entusiasta de las evocaciones en Venecia, puede pasar cerca de dos meses en Roma sin sentir el encanto de la ciudad?... Verdad es que en su tiempo Roma no es todavía la magnífica capital, limpia, rica y clara, que todos admiramos hoy. Pero siempre es Roma. ¡Qué digo! Es la Roma ideal de los poetas, puesto que aun tiene su gobierno de cardenales, su papaver, su guardia de frailes, sus carrozas doradas, sus damas veladas, sus noches misteriosas, sus plazas llenas de mendigos, sus palacios callados. Y además de todo esto, Roma tiene, entonces, un aspecto casi medioeval de ciudadela amenazada por tropas cismáticas, ni más ni menos que en tiempos de Bonifacio VIII o de Clemente, «el Grande» Güelfos y gibelinos en efecto, prepáranse para dar la formidable batalla de Mentana. El Castel San Angelo hace alarde de sus cañones, amenazando a Garibaldi, más temible que cualquier condestable de Borbón. Las prisiones oscuras ilus-

tradas por Benvenuto Cellini, por Beatrice Cenci, por el tribuno Rienzi, se llenan de carbonarios. Y su santidad, en medio de tanto peligro, sonríe siempre, seguro de sí mismo, lleno de fe en el porvenir, satisfecho del apoyo de la cristiandad...

Pero Taine no ve nada de esto. Recién llegado de Nápoles, diríase que sufre de una nostalgia incurable de paisajes marinos y de horizontes esmaltados. La melancolía polvorienta de las calles romanas, lo entristece. Ante la realidad, llora su ilusión. «Prefiero la Roma de las estampas de Piranese a la Roma en que me encuentro»—dice. Y luego, tratando de compendiar en una aguafuerte goyesca sus sensaciones, traza estas terribles líneas:

«Esta Roma de noche, sin tiendas, con algunos faroles diseminados a largos trechos, es un espectáculo mortuorio. La plaza Barberini, donde yo vivo, es un catafalco de piedra, en el cual arden algunas antorchas olvidadas. ¡Podres luces que parecen hundirse en lúgubre sudario de sombra! La fuente, invisible, murmura en el silencio su canción de espectro. Es imposible pintar el cuadro nocturno de Roma. De día, la ciudad tiene olor de muerto; pero de noche tiene todo el horror y toda la grandeza del sepulcro.» Con estas impresiones, con este prejuicio mejor dicho, Taine trata de cerrar los ojos ante la belleza inmutable de las colinas sagradas. Nada de lo que es vida, movimiento, pasión, lucha, le interesa. En sus

notas no hay una sola línea que revele la fiebre del combate que sostiene Italia entera contra el Vaticano.

El papa mismo, apenas aparece entre sus páginas cual un vago fantasma blanco. Lo único que lo atrae, es el arte, la pintura, la escultura, las columnatas de ruínas, los domos enormes, los pórticos antiguos, las fachadas prestigiosas. «Aquí — dice — no hay más recurso que el estudio.» Mientras la ciudad palpita a su alrededor, él, encerrado en las bibliotecas y en los museos, estudia. Miguel Angel y Rafael le parecen más vivos que los conspiradores garibaldinos, más actuales que los ministros de su santidad. Las convulsiones del estado milenario que va a desaparecer, no llegan hasta él. El no es sino un sabio, un sabio de treinta y siete años, un sabio que desdeña la vida y que se queja ya de tener los ojos cansados de mucho haber leído...

¡Cuánta razón tiene Barrés al asegurarnos que Taine no ve la belleza de los rasgos sino en las cartas geográficas!

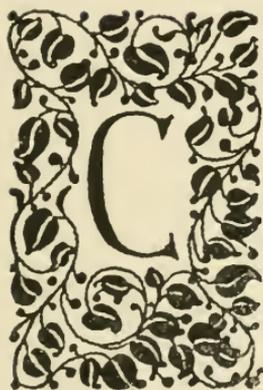
* * *

En su libro antes citado, Gaspard Vallete analiza más de cincuenta «Viajes» a la ciudad eterna. En estos últimos veinte años, sobre todo, el número de gloriosos peregrinos romanos, ha sido infinito. ¿Cómo recordarlos a todos?... ¿Cómo es-

cribir siquiera su nombre?... Con sólo evocar los brillantes paisajes de Goncourt, tan enamorado del cielo italiano; con sólo seguir a Renán en sus paseos deliciosos por el Foro y por las iglesias; con sólo oír la voz soberbia de Castelar en su eterno monólogo; con sólo acompañar a los personajes de Bourget en sus visitas a los salones lijados donde se tramaban las intrigas eclesiásticas; con sólo ver el trabajo enorme de Zola levantando masas humanas para descubrir el secreto del catolicismo; con sólo detenernos al pie de una columnata para oír la voz insinuante de Anatole France, en fin, tendríamos materia para llenar muchas páginas. Y después de hacerlo aún podrían preguntarnos, con razón, los eruditos por qué habíamos olvidado los cuadros graves, sabios y nobles de Schneider, y las páginas pintorescas de Blasco Ibáñez, y las descripciones escrupulosas de Paleologue y de Morel, y otros muchos, muchos libros... Porque, en verdad, si hay una bibliografía inagotable, es la de Roma.

SENSACIONES DE RUSIA

La nieve.



Como las camas del Nord-expresso son excelentes, y como el cansancio es el más poderoso de los narcóticos, nos levantamos cuando el sol lleva ya muchas horas de alumbrar la estepa... Y alumbrar no es un decir. El sol es pálido, pero es luminoso. No tiene forma; es como una custodia desdorada y maltrecha vista a través de lentes opacos. Tiene algo de cómico. Su miseria aumenta la miseria del paisaje. Y, sin embargo, su luz sutil lo ilumina todo, lo aclara todo, lo embellece todo. La nieve, a su caricia, cúbrese de puntos diamantinos.

¡La nieve!

Vosotros, los que no habéis pasado por aquí, no tenéis idea de lo que esta palabra significa. La nieve es la divinidad terrible, la obsesión durable.

Es el sudario que cubre la inmensa tierra muerta. Y es infinita y es todopoderosa. Más allá del horizonte ella reina siempre. Ella es la que convierte los pinos en juguetes de porcelana; la que envuelve en albos algodones los pajares, la que hace techos marmóreos a los altísimos haces de leña; la que le fabrica una corona al pozo; la que oculta la sordidez de los tejados.

¡La nieve!

En donde mejor se ve su augusta y triste grandeza es en los interminables espacios vacíos, sin plantas ni seres, en las llanuras fabulosas que se extienden a nuestra derecha. Allí nada rompe su armonía. Ella sola, orgullosa, va hasta el horizonte en ondulaciones voluptuosas, y suprime hasta la idea de la vista vegetal. Su blancura se matiza de las más finas tintas, de los más tenues reflejos, y se dora, y se ruboriza, y se platea, y cobra luces celestes, y llega, a veces, en sus curvas más pronunciadas, a teñirse de misteriosas fosforescencias violáceas.

¡La nieve! ¡La nieve!

¡Cuán bella es! ¡Pero cuán cruel! Los habitantes de la estepa se la representan convertida en dios con la nariz encarnada y el manto blanco. Lo llaman Moroz. Le adoran con terror supersticioso, y lo mismo que los cartagineses a Baal, le ofrecen, en triste holocausto, sus pobres vidas sin alegría. Todos, en efecto, mueren por él; todos, hasta los osos pesados y rítmicos; todos, todos, hasta los pinos melancólicos y esbeltos.

La llegada.

Petrogrado... De un extremo a otro del Nord expreso, el anuncio de la próxima llegada produce una sensación de placer y de inquietud. Las frentes se apoyan en los cristales de las ventanillas, y la vista busca, a través de la nieve, allá, a lo lejos, el panorama de la ciudad. ¡La antigua San Petersburgo!

Y poco a poco, en el espacio helado, bajo un cielo opaco, van surgiendo los edificios principales que ocupan la acrópolis. Y son cúpulas doradas, y son infinitos domos multicoloros, de estilo bizantino, que, a veces, parecen frutos maduros en la cima de un tallo, y a veces se abren en pétalos áureos, como inmensas flores asiáticas, como lotos monstruosos; domos que seducen y desconciertan, que se ocultan unos tras otros, que surgen de pronto, que dominan el paisaje, y que, tutelares y caritativos, ponen en el ambiente de frío y de bruma un poco de luz, de capricho, de alegría. Petrogrado... Y vemos, ya cerca, en una plaza inmensa, en medio de edificios que aún no se precisan, la columna célebre, en cuyo remate se yergue un ángel de bronce. Vemos las torrecillas agudas del Almirantazgo y del Volkovo, las cruces extrañas de cien iglesias, las columnatas, las estatuas... Todo es grande en el panorama. Las

calles no tienen fin y se pierden en el horizonte. El río helado, por el cual pasan enormes carretas, se ha convertido en una cantera de hielo. Los ojos no pueden cansarse de contemplarlo. Es lo más singular, lo más exótico que pueden imaginaciones meridionales figurarse. Barcos de tres palos están prisioneros en sus aguas; bajo sus puentes, los vendedores ambulantes han plantado tiendecillas de campaña; en todas direcciones los grupos de patinadores pasan rápidos y rítmicos.

En trineo.

Henos aquí, en nuestra troika sonora. ¿Por qué ocultarnos a nosotros mismos la sensación que experimentamos? Como el poeta, vemos complacidos que aún podemos sentirnos «curiosos de todo y de todo admirados». Tenemos curiosidad de ver cómo anda este vehículo, bajo y ancho, sin ruedas; tenemos curiosidad de saborear las caricias del aire helado; tenemos curiosidades de todas clases, infantiles, frívolas, alegres, voluptuosas. Así, en cuanto el mujik de pantalón rojo y de abrigo peludo, empuña las triples riendas, nos arropamos bien en los abrigos de nutria acariciadora y gozamos de una sensación antes nunca soñada. Hay algo de beato en nuestras almas. Ligeras esperanzas, ligeros temores, nos animan. ¿Qué vamos a encontrar allá, al volver de aquella

esquina; allá, en donde comienza la ciudad formidable y enigmática? ¿Asistiremos a un acto de tragedia? ¿Veremos levantarse el sol de púrpura? Junto con estas graves preguntas, otras muy nimias acuden. ¿Será polar, será mortal el frío? ¿Será la vida muy rara? Y, ¿por qué negarlo?, también nos preguntamos: ¿Serán bonitas las rusas; serán como aquellas que, en los bailes rusos, parecen, a veces, ninfas endiabladas, y a veces se yerguen cual iconos, y que siempre tienen ojos glaucos y sonrisas de Jocondas?...

El campanileo de los arneses ha interrumpido las soñaciones. Un riendazo, una exclamación gutural del auriga, y en plena realidad, resbalamos rápidos sobre la nieve. Las calles van abriendo sus perspectivas ante nuestro galope. Porque aquí el paso de los simones es desconocido. Todos los trineos corren dejando nubecillas de hielo en sus huellas, todos, desde el modesto que guía un *ievochchik*, hasta el señorial que, tirado por una cuadriga, lleva a los grandes personajes de paseo. El nuestro es un troika, algo como un carro romano, con sus tres caballos enganchados en forma de abanico, con su cochero casi de pie, vocinglero y gesticulador, con sus arcos llenos de cascabeles y de campanillas que suenan, que alegran, que llenan la calle y que nos hacen repetir mentalmente los versos de Edgar Poe:

Los trineos matutinos,
con sus toques argentinos,
pasan locos entre risas...

Porque, en efecto, hay algo de locura alegre en este resbalar vertiginoso, que deja apenas entrever las tiendecillas bajas, en el fondo de las cuales, en pleno mediodía, arden lámparas de gas, y que da a los edificios que se encuentran, formas alargadas y temblequeantes. Hay locura, sí; pero sobre todo hay, para nosotros los que venimos de muy lejos, sorpresa inquieta. ¡Qué sensación tan penetrante! La nieve del suelo, cortada por los patines de acero, salta hasta nuestro rostro, mientras los copos, más suaves, vienen volando a posar sus alas albas en nuestros abrigos, en nuestras gorras. Todo es blanco. Los caballos llevan las crines empolvadas, como pelucas de marqueses Luis XV. En las barbas del mujik que conduce, el aliento se ha helado y forma estalactitas. Las riendas, a pesar de sus perpetuas sacudidas, se llenan de puntos immaculados. En las aceras nada sobresale. Los bancos, los quioscos, las vidrieras, todo es blanco, blanco. Y ante nosotros, cual una gigantesca vía sacra de mármol nuevo, se extiende a pérdida de vista la Perspectiva...

Por las calles.

Hace dos días que no nieva. Entre hielo que, fundido, forma un lozadal sin orillas, los trineos se arrastran difícilmente. Los techos, despojados

de sus blancas cubiertas, gotean con una monotonía desesperadora. Esta clemencia repentina del clima ha cambiado por completo el aspecto de la ciudad, poniendo a la vista lo que ayer estaba oculto, derritiendo los mantos albos de las estatuas, limpiando los opacos cortinajes de las vidrieras. ¡Y es lástima, os lo aseguro, es una inmensa lástima! Porque así como Nápoles dora sus sordideces con sol, Petrogrado esmalta de nieve sus miserias.

¡Lo que va de ayer a hoy! Ayer había aquí una gran ciudad. Hoy sólo queda una ciudad grande. Los copos complacientes servían de soldaduras a los contrastes, y nada chocaba en la uniformidad virginal.

Era una magnífica metrópoli europea, os digo. Pero ahora que las vidrieras han recobrado su transparencia y que las solapas monstruosas de los abrigos peludos se han bajado, ahora que nada esconde nada, notamos que Europa se quedó allá del otro lado de la frontera, antes de Wisbalen, y que esto no es, realmente, sino una encrucijada por la cual pasan algunas razas asiáticas. «¡Somos tártaros puros!», exclama Dostoyewski.

Y si los otros rusos no lo dicen, ó por lo menos no lo dicen con gusto, poco importa. Todo aquí proclama el exotismo original. Ese lujo vistoso, esa ingenuidad en el amontonamiento de las riquezas, es de Oriente. En esos rostros hay mucho de mongol. Esa novelería ante lo que suena, ante

lo que brilla, ante lo que sorprende es de pueblos jóvenes que aún no han sido gastados por civilizaciones tradicionales. Esa misma lengua, en fin, sin durezas propias del Norte de Europa, sin atropellos de consonantes, esa lengua que gorjea llena de diminutivos y de languideces, es de formación extraoccidental.

No tengo necesidad de ir muy lejos para convencerme de que Petrogrado es una ciudad improvisada, algo como un barrio de Exposición Universal, o mejor aún, como un campamento de palacios. Los historiadores hablan de doscientos años. En realidad, treinta habrían bastado. Lo importante era tener mucho oro, muchísimo oro. Porque en toda esta arquitectura sin belleza, hay un derroche que pasma de columnatas de mármol, de techos áureos, de torres altísimas, de muros de basalto. En cualquier callejuela se encuentra, entre dos casuchas, un palacio de piedra roja de Finlandia con cariátides de ónix y puertas de bronce. Las plazas parecen hechas para que ejércitos enteros maniobren en ellas. En la Morskaja, en la Kazanskaia, en la Vladimirsky, en la Liteiny, en todas las grandes calles, hay edificios maravillosos; Y qué decir de la Perspectiva Newsky! Es el orgullo de la ciudad. No admirarla es cometer un sacrilegio. ¡La Newsky! Empero no hay vía moscovita que haga experimentar la sensación de campamento tan bien como esta maravillosa Perspectiva.

La Perspectiva.

¡La Newsky!

Hela aquí sin su nieve tutelar. Es larguísima... Es muy ancha. Es perfectamente recta. Cada cien pasos ostenta un palacio y en cada palacio hay dos o tres tiendas de lujo. En uno de sus extremos se alza la esbelta torre del Almirantazgo. En su centro está la catedral de Kazan con sus mil columnas. Los guías, al acompañaros, os van diciendo, como los gondoleros en el *Canale Grande*, los nombres de los palacios. Este es el Antichkov, éste el de la bailarina X... éste el de un embajador, éste el de un banquero, aquél el de una cocota... Y luego vienen las iglesias: Santa Catalina, las Holandesas, la de los Armenios, la del convento de San Alejandro... Y en seguida, los teatros, las bibliotecas, los grandes hoteles. ¡Todo muy suntuoso, todo muy rico! Pero colocaos aquí, en la parte céntrica, en la esquina de la Morskaia, y contemplad el conjunto. ¿No es cierto que falta algo? No es cierto que sobra mucho? Esos techos desiguales que sorprenden sin seducir, esos contrastes entre fábricas sin analogía, esos vacíos repentinos, esa grandeza sin ritmo, en fin, choca y entristece y hace pensar con nostalgia en ciertas calles de Italia, que en quinientos metros, con dos capillas y unos cuantos

palacios modestos, producen una impresión de majestuosa armonía que aquí falta.

Y si de lo monumental pasamos a lo elegante, a lo que en París y en Londres es tentador, a los escaparates de las tiendas, igual impresión recibiremos. Hay muchas vidrieras, sí, y en esas vidrieras hay muchas cosas. Sólo que en general están mal presentadas. El ruso, niño bárbaro, quiere enseñar todo lo que tiene, quiere lucir todos sus trajes, quiere amontonar todas sus joyas. En una ventana hay con que llenar diez ó doce. La promiscuidad es corrientísima. En el mismo sitio se exponen custodias de plata para iglesias y marcos dorados con el retrato de la bella Otero. Las tiendas de los fruteros avicinan con los almacenes de encajes. Entre los quesos de bola y las sedas de liberty, no hay más que un tabique.

Pero quizá todo esto sea muy natural, muy lógico, muy bello y a mí no me parezca hoy lamentable sino por efecto del deshielo. Quizá todo aquí esté hecho para ser visto entre la nieve. Cada ciudad necesita su atmósfera, su cielo, su sol. Y hoy los copos no han caído, y el rey del Polo no ha soplado sobre nuestras cabezas. Y esto es como si en Sevilla no saliera un día el sol.

Placeres de grandes señores.

—Esta noche vamos a consagrarla a un viaje por el país de la alta galantería.

Y durante el trayecto uestro bondadoso cicerone nos daba pintorescos datos, hablándonos de las fiestas estupendas del restaurante del Oso y del restaurante Donon, de las mascaradas interminables del concierto de Apolo, de los cortejos primaverales del Acuario y de sus gabinetes particulares...

—Este último —decíanos— es el más característico. Por eso os llevo allí de preferencia. Es al mismo tiempo un *music-hall* y una taberna de lujo, algo como un *Folies-Bergère* que fuese un *Maxims*, un templo de Venus y de Baco al cual acuden los más ricos devotos, dispuestos a todos los holocaustos. Porque en Rusia la borrachera es un mal aristocrático. No hay ni gran almirante, ni gran ministro, ni gran comunista, ni gran general, que haga ascos a las botellas. Lo único que exige la etiqueta es que la borrachera sea cara. Los que beben *voadka* son delincuentes despreciables. En cambio, puede beberse *champagne* sin medida. «En los cafés cantantes —dice Giffar— se ve la universalidad de la borrachera». Y Giffar es de los que no exageran. Ya verá usted... Hoy, justamente, es día propicio. Entremos.

Lo primero que nos chocó fué que la entrada no costase nada. Luego, ya en el interior, sentados ante una mesita de mármol, nos creímos en un concierto alemán. Por todas partes, comiendo enormes chuletas y bebiendo *chopes* espumosos, las parejas idílicas parecían tan ajenas a la poesía como a la perversidad. Eran, lo mismo que en los cafés de Hamburgo y de Berlín, empleados de comercio y costureras, gente apacible, corazones modestos. El espectáculo del escenario parecía preocuparles más que su deseos amorosos. Comían, bebían, oían y veían; y estando uno al lado del otro, amándose probablemente, hubiérase dicho que ni siquiera se conocían. Los oficiales mismos, en grupos reducidos, guardaban la mayor compostura.

- Aquí - nos dijo nuestro cicerone—ahora estamos en el *hall* de las familias. Los que quieren divertirse se encierran en los «salones», como ellos dicen, es decir, en los gabinetes particulares. Una vez allí, se acabó la gravedad. Del fondo de los magnates más demócratas el señor feudal surge, cruel y exigente. Ante su voluntad todo debe doblegarse. Para eso paga. A los camareros los trata como esclavos, y a las mujeres las trata peor aún. ¡Ah, no es fácil formarse idea de lo que aquí les cuestan, a las reinas de Citerea, sus encajes y sus diamantes! Cualquier ricacho puede disponer de las artistas. Los empresarios son galeotos. Y no hay policía que impida el odioso tráfico. En cuanto uno de esos grupos se pone de

acuerdo sobre la belleza de una de las chicas que cantan, ya se sabe: toman un salón y llaman al gerente. «*Champagne* y el número tantos!» Porque para ellos las mujeres no tienen nombre: no tienen más que el número con que figuran en los programas. ¡Y el número tantos, tiene que acudir! ¡Y tiene que beber! ¡Y tiene que prestarse a todos los caprichos! Las rebeldías son raras. Los pobres saben que si disgustan a esos grandes señores, el empresario las echará. Hace apenas quince días una bailarina americana se negó a bailar en la intimidad, ante tres o cuatro personajes borrachos. Los bárbaros comenzaron por maltratarla brutalmente. Luego, la acusaron de haberles robado un alfiler de diamantes. Yo he visto a más de una bella sevillana llorar, con el traje roto y con el cuerpo herido, en estos pasillos misteriosos...

El chtochnikine.

—¡Ya veréis cuán curioso!

Y nuestro trineo seguía su carrera por los márgenes de la Fontanka helada, dejando atrás los barrios ricos, las avenidas palaciegas, las plazas monumentales... Y muy lejos, muy lejos, allá en el fondo de un suburbio sórdido, detrás del monumento de la Gloria, casi al pie de la popular basílica de Ismailof, vimos, al fin, una puerta adornada de iconos.

—Aquí es; entremos.

Entramos. Al principio fué un pasaje, un pasaje pobre, algo como un zoco oriental, una especie de Rastro lleno de puestos de cosas viejas, un bazar de trapos usados, de joyas falsas, de cuadros descoloridos, de armas incompletas, de objetos heterogéneos, atrayentes por su misma miseria.

Nos detuvimos ante cada vidriera. Entramos en muchas tenduchas. Vimos, en montones extravagantes, mezclándose cual frutos de saqueo, cristos de plata y samovares de cobre, dalmáticas recamadas de oro de las iglesias saqueadas, medias de seda color de rosa, Dios sabe de qué pecadoras, mantas de los más humildes lechos, encajes principescos, puñales del Cáucaso, bellos como joyeles, y ruedas sueltas de máquinas de coser, pergaminos historiados y entregas de modas elegantes... Gozamos como exploradores en muchos sitios. Examinamos con desconfianza los objetos que nos parecían hallazgos, y siguiendo el sapientísimo consejo baedekeriano, regateamos a la manera judía, ofreciendo veinte kopeks por lo que costaba un rublo. Los vendedores, ávidos e indecisos, juraban primero que no podía ser; luego hacían una rebaja; en seguida corrían detrás de nosotros para decir que sí... Y sempiternamente la misma salmodia alzábase de sus labios, mientras ataban el paquete:

—Más caro lo pagué yo, caballero; pero los tiempos son tan difíciles... ¡hay tanta pobreza!...

En el fondo de obscuras barracas, mujeres pá-

lidas, de perfil semítico, haciánnos gestos desesperados, invitándonos a entrar. Tenían para ofrecernos pastillas perfumadas, pastas de afeites, pañuelos de seda, flores artificiales, y además, ¡oh! además, misteriosamente, abriendo mucho los ojos, acercando mucho los labios a nuestros oídos, además tenían talismanes amorosos, filtros mágicos, amuletos encantados...

—Es la más grotesca, la más cómica de las ferias.

Pero apenas habíamos acabado de decirlo, cuando nos encontramos en el umbral del inmenso patio que constituye el verdadero *chtockukine*, es decir, el «mercado de los piojos», el antro raro y característico de la miseria, la corte de los milagros moscovita, la ciudad doliente y pestilente.

Comparado con aquello, lo anteriormente visto en las barracas del pasaje, nos pareció rico, cual bazar de *Las mil y una noches*. Porque no hay, no puede haber en el mundo, un igual espectáculo de asco y de piedad. En el aire, los olores de la manteca rancia, de los harapos húmedos y de los pescados podridos, mezclábanse para hacer irrespirable la atmósfera. La nieve misma del suelo, negra, espesa, parecía exhalar un aliento de descomposición. ¡Y qué decir de aquella hormigueante masa! ¡Cómo pintar aquella multitud famélica, aquel populacho de ciudad medioeval en tiempo de peste, aquel rebaño descolorido, sin esperanza, casi sin vida, animado no más que por

el instinto supremo de animalidad y sólo sensible a esos acicates asiáticos, que son el hambre y el frío! ¡Cómo deciros siquiera de qué vestían, con qué se calzaban! Ni aun en las escrupulosas descripciones de los ejércitos hunnos existe un catálogo capaz de servir de guía para tal enumeración. Ninguna prenda era de una sola tela. Había pantalones, que con sus perneras de diferentes colores, cual los de Arlequín, habrían hecho reír, si no hubieran hecho llorar. Las pieles de las monteras, asquerosas, sin un solo pelo, tenían remiendos de paño. Las faldas de las mujeres, muy cortas por lo general, eran a veces pedazos de alfombras o restos de cortinas. En cuanto a los zapatos, ¡oh, miseria de las miserias!, los zapatos para el hielo perpetuo, solían no ser sino trapos que envolvían los pies... Y para ahondar la sordidez, había, entre todo aquello, manchas vivas de color, producidas por alguna pluma adornando un sombrero femenino, por alguna casaca de teatro, cubriendo el cuerpo de un mendigo...

—Entremos hasta el fondo —dijonos nuestro guía — ; verá usted lo que se vende.

Sin dar muchos pasos lo vimos. Lo vimos y nos volvimos atrás. Eran, entre calcetines viejísimos, pedazos de pan, y junto a fragmentos de pieles innobles, pescados secos. Era lo más increíble, lo más horrible. Era aquello que está antes de la muerte de frío y de la muerte de hambre. Era, para evitar la podredumbre de la tumba, la podredumbre de la vida...

Y lo más espantoso es que entre aquellos seres había muchos, muchos, que contemplaban los harapos y los mendrugos con impotente deseo, con vano anhelo.

El jardín de los suplicios.

Después de unos cuantos días de temperatura primaveral, he aquí de nuevo el frío intenso y seco. En el horizonte resplandece, con luces mortecinas, un sol de forma fantasmagórica. El cielo está verde, deliciosamente verde, como un lago, como un *fjord* apacible, con suavidades sedeñas, en su serena transparencia .. Y metidos en nuestros abrigo vamos por las calles, sin rumbo fijo, saboreando la cruel voluptuosidad del soplo polar que muerde el rostro, y que, con sutilezas de aguja, penetra por el cuello, por las mangas. Bajo nuestros pies, la nieve cruje vidriosa. Es la buena nieve que endurece las aguas de los canales y que convierte el Neva en mina de témpanos.

—¿Queréis venir? Es muy curioso.

Allá vamos, llenos de alegre curiosidad, pero apenas comenzamos a contemplar el espectáculo, una inmensa melancolía nos invade. Ante faenas como esta, se comprende la exaltación piadosa del alma rusa. Son infiernos helados los que el poeta tiene a la vista sin cesar. Y hay en esos trabajadores tal tristeza, tal abatimiento, tal mise-

ria, que con sólo verlos, toda dureza sentimental se funde. Metidos entre pieles sucias y peladas, las manos enguantadas en sacos de lana, extraen la nieve en témpanos cuadrados. Al golpe de sus picos saltan, hirientes como cristales, duras como cristales, las heladas astillas. A veces, en las rudadas caras, entre los arreboles del frío, una mancha algo más encendidá aparece: es sangre, sangre que se coagula, sangre que se endurece. Y el pobre trabajador, impasible, sin un gesto, sin una crispación, se detiene un punto. Siente la herida. Con un puñado de nieve se lava. Luego, otra vez a la labor...

¡Los trabajadores del hielo!

El jardín de las caricias.

Una nave muy larga y muy estrecha, iluminada por lámparas de plata que se mecen en el espacio lleno de humo... A derecha e izquierda, entre las columnas que sostienen la bóveda, nichos profundos en cuyo fondo brillan los objetos metálicos... Para entrar, se bajan diez gradas en la penumbra... Una vez dentro, se percibe un rumor de multitud, un murmullo suave y confuso...

¿Una iglesia?

No.

Es, en el centro de la Perspectiva Newsky, el café galante por excelencia entre los modestos,

el refugio tibio donde las pobres vendedoras de sonrisas encuentran la taza de té reconfortante que va a permitirles comenzar de nuevo, un minuto después, su carrera sin fin por las aceras heladas.

Pequeñita, redonda, metida entre trapos oscuros, la chica de Petrogrado se adueña de la calle desde que los mecheros se encienden. Lo único que deja ver, entre el cuello altísimo de su abrigo y los bordes de su gorra, son los ojós. ¡Y cómo los maneja, cómo los esgrime! Para cada paseante hay en ellos un guiño, pero no un guiño insolente cual aquellos que, en los bulevares exteriores de París, animan los lividos rostros de las *momes*, sino un guiño humilde que implora, que pide por el amor de Dios, los rublos indispensables para vivir al día siguiente.

Allí van, una por una, silenciosas. Van de prisa. Ningún escaparate las tienta. Van con los brazos cruzados bajo el abrigo, temblando de frío, medrosas por instinto. Van entre la sombra, y al pasar ante la Columnata de Nuestra Señora de Kazan se santiguan...

¡Pobrecitas!

Y no creáis en un exceso de sensibilidad de mi parte... La carrera del pecado no me conmueve más de lo natural. En Londres, contemplando aquellos rebaños gorjeantes, que, por la noche, animan las arcadas de Regent Street, he sonreído cual ante un espectáculo; y en París, viendo las caravanas de faldas frufrutantes que van, rítmi-

cas bajo los sombreros suntuosos, he tenido visiones de modernas dionisiacas. Pero aquí no hay alegría, no hay pecado, no hay vicio. Lo único que hay, es hambre...

Sí; esas galeotas de la galera de Citerea, están encadenadas por la miseria. Dadlas pan, y las veréis encerrarse en sus buhardillas y pasar las noches oyendo la canción del té que hierve en el samovar, mientras salen de la chimenea, entre chispas alegres, imágenes de cuento azul. Dadlas pan y dadlas fuego, si queréis suprimir su comercio...

Aquí en el café, en la atmósfera caliente, se comprende, con sólo verlas, lo poco que de locas tienen. En cuanto se sientan ante un velador y el camarero las sirve el té, una beatitud animal se apodera de ellas, las apaga las pupilas, y dándolas una ilusión momentánea de bienestar, las purifica...

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
El alma sublime de París.....	7
El encanto de Niza.....	17
La ciudad de las sederías.. ..	25
Los días y las noches de Barcelona.	53
Sevilla y su encanto.....	93
En Galicia.....	107
El encanto provinciano de Santander.....	143
El alma cosmopolita de San Sebastián.....	169
Verona, guerrera y legendaria.....	183
Claridades venecianas.....	195
Roma vista por los extranjeros.....	213
Sensaciones de Rusia.....	235

116260

University of California
SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
305 De Neve Drive - Parking Lot 17 • Box 951388
LOS ANGELES, CALIFORNIA 90095-1388

Return this material to the library from which it was borrowed.

MAY 03 2004

JUN 20 04

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



A 000 706 085 8

